

Anónimo

*Señorita
Tacones Altos*

La sonrisa vertical

La sonrisa vertical

Lectulandia

Impreso por primera vez en forma privada en París, en 1931, *Señorita Tacones Altos*, cuyo autor sigue queriendo permanecer en el anonimato, narra la historia de un joven hermafrodita de dieciocho años, nacido en una familia inglesa de clase alta. A instancias de su hermanastra, el narrador cuenta cómo él, Dennis Evelyn Beryl, se convirtió en Denise, la «Señorita Tacones Altos» del título.

Su padre soñaba con que un día Dennis fuera ministro, e incluso Primer Ministro. Sin embargo, a la muerte de éste, Dennis cae bajo la influencia de su hermanastra, Helen, quien descubre sutilmente sus secretas fantasías. Ésta se las arregla para que Dennis sea enviado a un colegio de jovencitas durante dos años. Allí lo mantienen alejado de los espejos y lo convierten en una hermosa joven.

A su regreso a la mansión familiar, lo visten con delicados rasos y sedas, lo cubren de joyas y lo calzan con zapatillas adornadas de hebillas de brillantes: pasa a ser un «fetichista del pie». Bajo la supervisión de Miss Priscilla, la vieja ama de llaves, nuestro(a) protagonista es iniciado así en los placeres exquisitos del látigo y las varillas de abedul —así como a someterse al ingenioso castigo de la caja de espejos—. Dennis acaba abandonándose totalmente a los caprichos de Helen y de sus aristócratas amigas.

Con el tiempo, Dennis cae en la cuenta de cuán más placentera es su vida desde que es mujer y, por su propia voluntad, entrega su nombre, su fortuna y su vida a Helen, quien, como prueba final de su sumisión, le obliga a escribir estas memorias.

Se trata de un libro insólito que, pese a lo aparentemente escabroso del caso, refleja una inmensa sensibilidad por la delicadeza con que se narran los hechos, y es sin duda una de las obras literarias que mejor describen esas naturales tendencias sexuales —que solemos rechazar y condenar en nuestras mentes inhibidas y abotargadas de prejuicios— que son el transexualismo, por una parte, y el fetichismo, por otra.

Lectulandia

Anónimo

Señorita Tacones Altos

La sonrisa vertical - 15

ePub r1.0

Titivillus 10.11.15

Título original: *Miss High-heels*
Anónimo, 1931
Traducción: José Manuel Álvarez Flórez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ésta es la historia de un joven caballero, rico pero afeminado, víctima de su bella hermanastra y de la tía de ésta; historia que él mismo escribió por orden de su hermanastra y en la que cuenta los castigos que sufrió, los vestidos que se vio obligado a llevar, su sometimiento final y su curioso destino.

Me visten de señorita para la fiesta de cumpleaños de mi hermanastra. Los guantes largos de cabritilla satinada de Phoebe. Mi origen y mi niñez. Quedo al cuidado de una chica. Como «Dennis» se vio convertido en «señorita Denise».

Phoebe, la doncella, pese a ser grande y fuerte como un granadero, tenía manos pulcras y diestras de francesa. Colocó una cinta rosa de satén entre los bucles resplandecientes de mi peinado, abotonó el último botón de mis larguísimos guantes de noche de cabritilla satinada y empolvó ligeramente mis blancos hombros y mi pecho con la borla de la polvera. Luego, me metió un pañuelito de encaje en el corpiño y dijo:

—Bueno, ahora ya está lista, señorita Denise. ¡De pie!

«¡Señorita Denise!». Y «¡De pie!». ¡Qué insolencia! Seguí sentado.

—¡Vaya! —dijo Phoebe con una maliciosa sonrisa—. No le gusta que le den órdenes los pobres criados, ¿eh? Claro, es usted el joven señor de Beaumanoir, el rico aristócrata, el gran terrateniente Dennis Evelyn Beryl —y pronunció mi nombre con burlón menosprecio.

—¡Bah! Me importa un rábano su posición... está usted en su propia casa, es cierto, pero está bajo la autoridad de su bella hermanastra que le privó, con toda razón, de sus estúpidos calzones hace dos años para castigar su impertinencia. Tiene ya dieciocho años, lo admito, pero lleva dos vistiendo encajes y braguitas en un colegio de niñas. Usted es un joven caballero, ¿verdad? Nadie lo diría. El pelo le llega por debajo de la cintura. Tiene usted el talle, la cara, los miembros delicados, los pies, las manos y los pechos de una chica.

Los exabruptos de Phoebe me avergonzaban profundamente. No podía desmentir una sola de sus palabras.

—Es usted una persona muy importante, claro —siguió, burlándose de mí—. ¡Con una gran carrera en el Parlamento! ¡Dios, cómo me torturaba los oídos con su presunción! Puede que acabe consiguiendo todo eso, pero lo que a mí me interesa, es que esté usted bien vestido para la cena que da su hermanastra la señorita Deverel para celebrar su veintitrés cumpleaños. Levántese inmediatamente, porque, si no, le embutiré en un corsé aún más prieto del que lleva ahora.

—¡Oh, Phoebe —grité—, si apenas puedo respirar con éste!

Me sentí alarmado. Su tono era tan amenazador. Era mucho más fuerte que yo. Podía cumplir su amenaza, si quería. Me levanté. Tenía una razón especial para ser obediente aquella noche.

—Eso está mejor, señorita Denise —dijo.

Vestía yo un traje de noche *décolleté*, delicadísimo, de chifón blanco transparente con resplandecientes bordados en plata sobre unas enaguas de suave satén blanco. El corpiño era bastante escotado y las mangas unos simples tirantes de relucientes cañutillos en plata, y los guantes, de cabritilla, prietos y lisos, me llegaban hasta los hombros. Llevaba también ceñidor de blanco satén rodeando mi esbelta cintura, atado en un enorme lazo asegurado con una inmensa hebilla de diamantes a la cadera izquierda, de donde partían las amplias cintas con cenefas de plata que colgaban hasta los pies. A la derecha de la blusa, en la cintura, llevaba prendido un ramillete de rosas. La falda ajustada me marcaba las caderas con sus brillantes satén y chifón, perfilando las curvas femeninas de mi figura y quedaba prieto y cerrado en los tobillos por un pañuelo de tul engarzado en una gran hebilla de diamantes chispeantes en la parte delantera del vestido y atado por detrás en un gran lazo. Me quedaban así las piernas sujetas con unos delicados grilletes de satén y tul. Tenía la falda un ribete de tul y un festón de rosas pequeñas y a la izquierda subía chispeando hasta la rodilla una hilera de botones lisos de diamantes. La falda tenía una larga cola de satén blanco, con pliegues de tul que crujían deliciosamente a cada movimiento. Phoebe colocó la cola en un resplandeciente remolino alrededor de mis pies, y se levantó.

—¡Ahora, señorita Denise, esas lindas manos enguantadas a la espalda!

—¿A la espalda? ¡Como un niño!

—No discuta. Póngalas atrás inmediatamente, palma con palma y los dedos hacia abajo.

Obedecí. ¡Qué humillante era aquello!

—Ahora, levante esa linda carita.

Me cogió la barbilla y me echó la cabeza hacia atrás.

—He de reconocer, señorita Denise, que su instructora ha hecho maravillas con usted en el colegio. Fue siempre una chica muy linda, desde luego, pero ahora es usted un encanto.

Me puse colorado... ¿Sólo de vergüenza? ¿No había un escalofrío de satisfacción y de vanidad femenina en el sonrojo? Oh, aquellos dos años en un colegio de chicas habían dejado su huella en mi carácter.

—Ahora junte los tacones altos de sus chinelas de satén bajo la falda.

Y miró hacia el satén y el tul ondulantes de la falda.

—¿Lo ha hecho ya? ¿Ha puesto la punta de los pies delicadamente hacia fuera?

—Sí, Phoebe.

—Lo comprobaré.

Se agachó y metió la mano por debajo del vestido. Me palpó los pies. Mi rubor se

hizo más intenso y, ¡seamos francos!... me inundó una suave oleada de deliciosa voluptuosidad. Tengo que contar aquí la verdad, por orden de mi tutora y hermanastra Helen Deverel, y ella me conoce tan bien que no puedo intentar engañarla. En consecuencia, seré franco. La idea de estar vestido con la melindrosa pompa de una chica elegante, allí de pie, con las manos dócilmente puestas a la espalda por orden de una criada, que me colocaba los pies embutidos en las chinelas de satén para que pareciese una colegiala, desataba mis pasiones. Había algo extraño y sensual en aquel contraste que me fascinaba. Además, aparte de la extraña impresión mental que me producía aquello, el roce concreto de las manos de Phoebe en mis empeines y tobillos, me proporcionaba una sensación física deliciosa. Porque ella llevaba también largos guantes blancos de cabritilla satinada. Le pregunté por qué, y ella me miró maliciosamente.

—Ordenes de la señorita Priscilla —contestó—. Nadie debe tocarla o vestirla a usted sin llevar puestos largos guantes de cabritilla. ¿Pero por qué me lo pregunta, señorita Denise?

Me puse muy nervioso.

—¿Le agrada el roce de los guantes sobre las medias de seda? Conteste de inmediato.

—Sí, Phoebe —dije, con timidez.

Cabeceó lentamente.

—La señorita Priscilla es muy lista. Ahora estese ahí sin moverse hasta que venga ella a inspeccionarla.

Así que la señorita Priscilla, la solterona a la que en tiempos había cometido la sandez de menospreciar, había previsto que el roce de los guantes de cabritilla estimularía mi sensualidad. Y había decidido deliberadamente provocar ese estímulo. ¿Por qué? Mi viejo temor volvía... el de que ella y Helen Deverel, su sobrina, estuviesen conspirando para anularme, convertirme en un ser insignificante, quizás mediante un sistema de debilitamiento que me redujese a un sometimiento perpetuo. Si era así, tenía buenas razones para echarme a temblar; eran tan listas, habían mostrado conocer tan bien mi carácter y mis defectos. Por otra parte, estaba la firme promesa que me había hecho Helen Deverel hacía dos años, de que al día siguiente de mi regreso del colegio de señoritas me permitiría volver a vestirme según mi sexo, si la directora del colegio me mandaba a casa con buenos informes. Y, en fin, había vuelto aquella tarde con unos informes excelentes. Aquella noche, debía ser la señorita Denise Beryl, prima de Evelyn. Pero al día siguiente recuperaría mi libertad. Sería de nuevo el señor de Beaumanoir.

Cavilaba estas cosas conmigo mismo, cuando Phoebe interrumpió mis reflexiones.

—Ha movido usted los pies, señorita Denise —dijo con aspereza—. Con ese vestido de satén tan ceñido y tan bonito se ve hasta un temblor de las piernas.

—No me di cuenta, Phoebe —dije humildemente—. Lo siento.

Mi tono humilde aplacó a Phoebe.

—La perdono por esta vez —dijo—. Y, desde luego, señorita Denise, está clarísimo que debe usted seguir llevando ropa de chica toda la vida.

—¡Toda la vida! —exclamé mirándola horrorizado.

—Es usted mucho más dócil y más fácil de manejar —contestó. ¡Qué argumento egoísta! Sólo pensaba en su comodidad, no tenía la menor consideración conmigo, con mi posición, con la carrera que me esperaba. ¡No! Como el joven que era ya, debería darle yo órdenes a ella. Pero así, sometido a aquella disciplina y vestido de chica, las recibía de ella. Y a ella eso era lo único que le interesaba.

Procuré no volver a moverme, y Phoebe se dedicó a retirar el vestido del colegio que yo había dejado a un lado para disfrazarme de señorita en edad de merecer con el vestido *décolleté* de larga cola.

Mientras espero así a la señorita Priscilla, permítanme que les explique brevemente las circunstancias que me llevaron a mi situación actual.

Mi padre, que probablemente fuese el plebeyo más rico de Inglaterra, había heredado la gran finca de Beaumanoir, en Hampshire, una casa en Park Lañe y una gran fortuna en bonos del Estado, que, con su habilidad para los negocios, había aumentado considerablemente. Se casó ya mayor y yo, su único hijo, nací contando él ya cincuenta y dos años. Me bautizaron con los nombres de Dennis Evelyn, y a mí siempre me fastidió el segundo, que es tanto de chico como de chica. Me fastidiaba sobre todo porque mi cutis, mis rasgos, mis miembros y mi talle eran, ¡ay!, tal como me aseguraban las burlas de mis amigos del colegio, más de chica que de chico. Mi padre perdió a su esposa cuando yo tenía doce años, y uno después se casó por segunda vez... y de ahí vinieron todos mis problemas. Casó con una viuda de mediana edad, la señora Deverel, la cual tenía una hija llamada Helen, sólo cuatro años mayor que yo. Era una chica muy guapa, de pelo oscuro, rostro pálido y suave y esbelta figura. Era de lo más cautivador en sus maneras, y rápidamente se lanzó a conquistarlos a todos. Y logró conquistar a todos... salvo a mí.

Me sentó muy mal el matrimonio de mi padre, y el que aquellos desconocidos irrumpiesen en nuestro hogar. Me negué a llamar a aquella tal señora Beryl «madre» y a Helen «hermana». La señora Beryl era muy considerada y Helen se esforzaba al máximo por agradarme, pero ni una ni otra me inspiraban confianza. Siempre temí que quisiesen ocupar mi puesto en el cariño de mi padre y arrebatarme la herencia.

Recuerdo sobre todo un día que estaba en casa de vacaciones. Tenía trece años entonces, y Helen diecisiete. Me paró cuando yo salía del salón, se me acercó, apoyó su manita en mi brazo y dijo anhelante:

—¿Por qué no podemos ser buenos amigos, Evelyn? Me duele tanto que me odies.

El nombre de Evelyn me irritaba. La miré zumbón y contesté:

—Supongo que querrás casarte conmigo, para apoderarte así de mi fortuna, ¿no?

Fue una respuesta estúpida. Si no hubiese dicho aquello, quizás no estuviese

ahora con este elegante traje de baile de damisela adinerada, esperando el momento de ocupar mi sitio en su fiesta de cumpleaños, como un vivo tributo y una prueba de su dominio, desde los tacones Luis XV de mis elegantes chinelas de satén, al lazo rosa de mis rizos. Porque a esa respuesta estúpida atribuyo yo el principio de su odio y su resentimiento. Se apartó de mí profundamente herida y jamás volvió a intentar aproximárseme.

Aquel mismo año, en el otoño, murió mi madrastra y la impresión de su muerte dejó postrado a mi padre. Tenía ya sesenta y cinco años. Sentía gran afecto por Helen y tenía gran fe en su capacidad; y, a sugerencia de Helen, fue admitida en nuestra casa como acompañante de Helen y para ayudarla en las tareas domésticas, una tía suya: la señorita Priscilla Deverel. La señorita Priscilla era sin duda una mujer notable. Doctora en medicina, gozaba de gran prestigio entre sus colegas femeninas. Abandonó la práctica médica para venirse a vivir con nosotros. Pero, por entonces, a mí sólo me pareció una inofensiva solterona, un tanto ridícula. Tenía unos cuarenta y siete años cuando llegó a Beaumanoir, y era una mujer desgarbada, flaca y con muchas arrugas; vestía espantosamente, era muy paciente y sumisa y yo la trataba con el más absoluto desprecio. No me afectó su presencia en la casa como me había afectado la de Helen. La consideraba un ser sin importancia. La primera vez que se me plantearon dudas sobre ella fue un año después, cuando me puse malo de un catarro: tenía yo entre catorce y quince años entonces, y Helen la llevó a mi cuarto. Al principio, me negué a que me examinara el pecho, pero Helen me amenazó con decírselo a mi padre y con llamar a un médico de Londres. Esto, no sé por qué, me asustó. Dejé que la señorita Priscilla abriese mi camisa de noche y vi inmediatamente, mi orgullo estaba en juego, un relampagueo de asombro en su rostro. Me ruboricé todo. Tenía un secreto que siempre había procurado ocultar. Mi pecho estaba demasiado desarrollado para un muchacho, y seguía desarrollándose con el crecimiento. No tenía tetillas de muchacho, sino que amenazaban con brotarme allí los blancos globos de unos pechos de chica. La señorita Priscilla los examinó cuidadosamente. Luego se volvió a Helen a intercambié con ella una mirada significativa. Cuando volvió a mirarme, en su rostro había una nueva sonrisa de triunfo. Parecía decir: «Te he cogido», y cuando salió de mi dormitorio, pensé con cierta inquietud en las humillaciones de que la había hecho objeto. Sin embargo, pronto recuperé el valor. ¡Qué daño podía hacerme! ¡Qué tontería!

Al curso siguiente, ocurrió un episodio que me resulta difícil relatar. Pero debo hacerlo, porque afectó tremendamente a mi futuro. Yo era, como ya he confesado, como una niña en mi apariencia, aunque participase en los juegos del colegio; y, debido a ello, fui objeto de muchas chanzas y burlas. También atrajo la atención de los chicos mayores de sexto curso. Uno de ellos, un joven de diecinueve años que se llamaba Guy Kepton, no me dejaba en paz. Una tarde, le aticé y le puse un ojo morado. Él me atacó entonces y un preceptor nos sorprendió peleando. Guy Kepton fue expulsado y mi padre recibió recado de que debía sacarme del colegio. El director

le escribió lo siguiente:

«Dennis no tiene ninguna culpa del escándalo, pero se parece tanto a una linda chica que no creo que deba seguir en un colegio de chicos».

Así que volví a casa y nadie sabía qué hacer conmigo. No podía ir a otro colegio. Era demasiado joven para la universidad. Estuve seis meses en casa. Mi padre había contraído ya la enfermedad que le llevaría a la tumba. No había nadie que me controlase; y yo, claro está, acosaba a los criados, era tiránico y despótico con campesinos, grosero con Helen y altanero y despectivo con la señorita Priscilla. La señorita Priscilla poseía esa pulcritud relamida propia de las solteras y yo disfrutaba mucho ofendiéndola. Me dedicaba a andar por el salón con las botas embarradas, a tirarme sobre los sofás delicadamente tapizados con la ropa sucia de barro de jugar al fútbol... estas cosas me encantaban porque veía cuánto alteraban a la señorita Priscilla y cuánto ofendían a Helen. Helen sugirió por fin a mi padre que me enviase con un tutor un año a dar la vuelta al mundo. A mi padre le encantó la idea. Tenía depositadas en mí grandes esperanzas.

—Hijo mío, no hay motivo alguno para que tengas que ganar dinero. Eso ya lo he hecho yo. Tú tienes que ganar fama. Tienes que casarte y fundar una gran familia que pase a la historia de este país.

¡Ay, cómo me acuerdo de cuando me dijo eso! Helen y la señorita Priscilla estaban junto a su lecho y las dos me miraban con una extraña sonrisa enigmática que no entendía entonces.

—Deberás ingresar en el Parlamento, llegar a ser ministro, quizás primer ministro. Así pues, Dennis, vete a ver mundo y cultiva tu inteligencia.

Lo hice, agradeciéndoselo a Helen, pero después de iniciar el viaje, empecé a preguntarme si Helen no tendría algún otro propósito oculto; si no me habría apartado de mi padre para poder arrebatarme su afecto con calumnias y robarme mi herencia. Así que le escribí previniéndole contra Helen y contra la señorita Priscilla.

«Son dos intrigantes, estoy seguro. Y quieren, con sus intrigas, rebajarme ante ti y hacer que pierda mi posición como hijo tuyo».

Fue una carta fatídica, pues acabó en manos de Helen. Pero al mismo tiempo, influyó en mi padre, y un par de meses después recibí un telegrama anunciando su fallecimiento y comunicándome que me había legado toda su inmensa fortuna, con el ruego de que asignase a Helen la pensión que considerase suficiente para ella y para la señorita Priscilla. Pero aquella rosa, como todas, tenía una espina. Yo no tomaría posesión de mi herencia hasta los veinticinco años, y, hasta entonces, Helen era mi tutora. Me fastidiaba muchísimo la idea de estar sometido a Helen, que sin duda me detestaba y además sólo tenía, por su parte, veinte años. Pensé, sin embargo, que la tenía en mis manos, pues dependería absolutamente de mí y de mi dinero para comer. Volví a Londres, donde encontré una carta de Helen pidiéndome que fuese a ver al señor Willowes, el abogado. El señor Willowes era amigo de Helen y ésta había retirado todos los asuntos de la familia a nuestro abogado de siempre, que los había

llevado veinte años, para ponerlos en manos de este nuevo. Fui a verle, altanero e irritado.

—No apruebo este cambio —dije, tontamente—. Y volveré a poner todos mis asuntos en manos de nuestro antiguo abogado, cuando llegue el momento.

El señor Willowes, un joven de aire sardónico, torció el bigote con una sonrisa zumbona.

—Es usted muy amable, advirtiéndome. De cualquier modo, aquí tiene su billete de tren de primera clase para Beaumanoir. He pagado y despedido a su preceptor. La señorita Deverel le espera esta tarde y, si acepta un consejo, joven, es mejor que cambie de actitud con ella. Tiene usted dieciséis años y medio.

Dependerá totalmente de ella durante los próximos ocho años y me parece que ya está bastante harta de sus groserías. Buenos días.

Ciego de cólera, salí de aquella oficina acompañado hasta la puerta por el abogado. Apenas tenía dinero. Tuve que ir a Beaumanoir, donde, inmediatamente, Helen se quitó la máscara. Llegué tarde, y me di cuenta de que habían sido despedidos todos los lacayos y criados del sexo masculino. Ahora sólo había mujeres, casi todas nuevas, todas grandes y guapas y fuertes.

—Tiene usted el tiempo justo para vestirse para la cena —dijo Phoebe—, si se da prisa.

—Llegaré tarde —contesté—. ¿Cómo es que no hay ningún hombre entre la servidumbre?

—Eso pregúnteselo a la señorita Helen.

Me bañé y cuando volví a mi cuarto me encontré con que Phoebe aún seguía allí.

—¿Qué hace usted aquí? Debe irse —dije, y entonces vi, asombrado que alzaba un delicado corsé de satén blanco.

—Primero he de ponerle esto, señor Evelyn —dijo descaradamente.

—¿Pero cómo se atreve? ¡Qué impertinencia! —empecé a decir, y vi que ella se disponía a tocar el timbre—. ¿Qué va a hacer usted? —grité.

—Tocar el timbre para que vengan más doncellas si usted se pone tonto. Tengo órdenes terminantes de la señorita Helen de ponerle el corsé y vestirlo.

Entonces recordé, descorazonado, el consejo del señor Willowes. No podía luchar con un montón de doncellas. Era algo que debía resolver personalmente con Helen. Un minuto de conversación resolvería el asunto y pondría coto a la repetición de un disparate semejante. Permití pues a Phoebe que me pusiera aquel corsé. ¡Qué extraña y fastuosa sensación! Una sensación cautivadora y debilitante contra la que sentí necesidad de luchar. Tuve de pronto la sensación de estar realmente en poder de una mujer. Aquella prenda delicada, toda encaje y satén por fuera, pero implacable como el acero en su tenaza, me parecía epítome y símbolo de las mujeres. El resto de mi relato mostrará lo acertado de mi intuición. Me había dejado, despreocupadamente, el pelo largo. Phoebe me lo rizó. Me di cuenta de que mis nuevos calzones tenían una hilera de afeminados botoncitos negros de satén que iban desde unos centímetros del

borde hasta arriba del todo, por los lados de fuera de las perneras. Además eran cortos y me dejaban al aire los tobillos, embutidos en unas medias negras de seda muy finas prendidas al corsé, en vez de calcetines, y los zapatos eran zapatos de chica, de charol con pulcros lazos lisos y esos tacones rectos americanos, más altos, por supuesto, que los que llevaban los hombres entonces. Pensé que esto podría disimularlo fácilmente. Helen estaba ya en la mesa cuando bajé, con cinco o seis de sus amigos, el señor y la señora Kivers, el viejo general Carstairs, un sistemático degenerado, y algunos otros.

—¡Vaya, aquí llega el andrógino! —gritó Helen cuando entré en la habitación—. ¡Ven y siéntate! ¿Te gustan el corsé y los zapatitos?

Todos procuraban contener la risa. Me sentí tan confuso que deseé que se abriera la tierra y me tragara. Consumí mi cena sin saber dónde mirar.

—Estábamos hablando de tu futuro, Evelyn querido —dijo Helen.

—Prefiero no hablar de mi futuro con extraños —repliqué altanero.

—No hay razón para que lo hagas —dijo Helen—, ya hemos decidido la cuestión por unanimidad. Aún eres demasiado joven para ir a la universidad. Y, por razones que tú conoces perfectamente, no es aconsejable enviarte a un colegio de chicos.

Me puse muy colorado al oír esto.

—Y eres demasiado arrogante y desordenado y díscolo para dejarte en casa con un preceptor. Sólo queda una salida, querido, y es un colegio de chicas.

Me levanté furioso.

—Esto ya es demasiado.

—Ven conmigo —dijo Helen, con una expresión que me asustó. Dependería totalmente de ella durante ocho años. Me acompañó a mi dormitorio.

—Evelyn, lo que te he dicho lo he dicho completamente en serio —me advirtió, con voz suave—. Es la única salida posible. No sé si te das cuenta de que puedo, si lo considero conveniente, por tu actitud, concederte la mayoría de edad a los veintiuno. Si te portas como es debido durante dos años, como una chica, en el colegio de chicas al que voy a mandarte, quizás haga más corta tu minoría de edad.

Era un buen incentivo. No tenía por qué ofrecerme ningún incentivo, además. Tenía derecho a hacer conmigo lo que quisiera. No vi escapatoria.

—Bueno, si voy como una chica a un colegio de chicas y paso allí dos años, supongo que luego se me permitirá vestir como un hombre.

—Si los informes del colegio son favorables. No pretendo tampoco ser severa.

Tuve que consentir. Durante el día siguiente, estuve muy ocupado con la modista de Helen, la sombrerera de Helen, la zapatera de Helen, la corsetera de Helen. A los diez días vino a buscarme una institutriz. Fui en tren vistiendo el uniforme de verano del colegio: un lindo vestido rosa de ninón hasta el tobillo, un gran sombrero blanco de paja, largos guantes de cabritilla satinados marrones y botas de charol de tacones muy altos. En el colegio, dispuse de dormitorio propio, nadie sabía ni descubrió que no era chica y pasé por el régimen más rígido que pueda imaginarse, todo él destinado a convertirme del todo en una chica, en cuerpo y alma. Me depilaron por

todas las partes del cuerpo, salvo la cabeza, con agujas eléctricas y depiladores. Por la mañana y por la noche me daban una hora de masajes para reducir la cintura y ensanchar el busto y suavizar los miembros. También tuve que hacer ejercicios con el mismo fin, cuidadosamente supervisados. Llevé mascarillas faciales para el cutis, guantes de noche para tener las manos blancas y delicadas. Cuidaron meticulosamente mi piel, trataron mi pelo con lociones y consiguieron así que creciese extraordinariamente tupido y, en dos años, me llegaba ya por debajo de la cintura. Nunca me permitieron verme en un espejo, por miedo, supongo, a que me rebelase contra el régimen, pero me daba perfecta cuenta, claro, de que empezaba a haber curvas donde había habido ángulos, de que se desvanecían los músculos de mis piernas y de mis brazos, ya de por sí redondeados, que mis pechos estaban convirtiéndose en las lindas manzanas blancas y redondas de delicadas venas de una chica. Y, en fin, allí estaba ya, de vuelta en casa, esperando que la señorita Priscilla inspeccionase el resultado. Me hallaba en un dormitorio que había sido todo él redecorado en tonos malvas. Sobre la gruesa alfombra había un cobertor de cabritilla malva muy estirado, que resultaba delicioso pisar. Era la habitación de una chica, con el tocador cubierto de frascos femeninos de perfumes y lociones, de polveras enjovadas y cepillos dorados. ¿Por qué, me preguntaba, si voy a ser de nuevo un hombre mañana ya? A un lado había un hermoso cuartito de baño con mosaico de mármol y al otro un delicado *boudoir*. La cama era un mueble de lo más exquisito, en forma de cisne. Era una suite encantadora, desde luego... para una chica.

«No tendré que dormir aquí mañana», me dije, y entonces se abrió la puerta y entró la señorita Priscilla con varios joyeros de piel en las manos.

La señorita Priscilla me inspecciona. Con medias de seda y chinelas de satén. He de ser castigado. Alegría de Helen ante mi cambio de apariencia. Lo que pueden hacer dos años en un colegio de chicas. Mi pecho y la teoría de la señorita Priscilla. Helen me tienta en vano a que me someta.

La había despreciado dos años atrás. Ahora temblaba de miedo. Ella no había cambiado sin embargo. Era la misma solterona flaca y pulcra y precisa, de aire paciente y sumiso. A una edad en que hasta los jóvenes más pobres empiezan a obtener la libertad, yo, probablemente uno de los más ricos del país, cabeza de una de las familias más antiguas del reino, había sido privado sin más ni más de la mía por aquella solterona y su sobrina; y habían podido hacerlo gracias a su conocimiento de mi carácter. Eso era lo que sospechaba yo entonces. Lo que pronto iba a saber que era cierto.

Vestía la señorita Priscilla un traje de seda gris de cuello subido, liso, y llevaba aquellos zapatones planos de puntera cuadrada que antes me daban risa. El solitario toque de lujo de su indumentaria era el largo par de guantes blancos de cabritilla satinada que le cubrían los brazos. Me echó una ojeada fría y crítica; no había en su rostro expresión y, tanto me habían afeminado mis dos años de colegio de chicas, que sentí curiosidad por saber lo que estaría pensando de mi aspecto y me sentí algo ofendido (sí, he de admitirlo), un poco ofendido, al ver que no se le escapaba una expresión de asombro admirado. Abrió los joyeros de piel e inmediatamente iluminó glorioso mis ojos de muchacha el fuego crepitante de las joyas. Y avanzó hacia mí. ¡Aquellos chorros resplandecientes de diamante, aquellas lustrosas sargas de perlas, eran para mí! ¡Oh, yo amaba las joyas! Colocó un gran collar de diamantes alrededor de mi cuello con un arco diamantino y una pequeña borla de diamante que colgaba de él justo detrás de la oreja izquierda. Pasó dos vueltas de majestuosas perlas, luego, alrededor de mi hombro, que me quedaron colgando hasta la cintura. Colocó a continuación pendientes de grandes perlas engastadas con diamantes en mis orejas, que habían sido taladradas. Fijó después una estrella de diamantes entre mis bucles y un broche de diamantes en las rosas de mi cintura.

—Dame las manos, Denise —dijo, y colocó en mis muñecas hermosos brazaletes

de oro, en que chispeaban diamantes y rubíes rojos como la sangre de un pichón. Me quedaban muy prietos. Fijó luego otro par semejante de brazaletes sobre los codos, alisando cuidadosamente mis largos guantes, antes de cerrarlos.

—Mantendrán tus lindos guantes estirados y lisos —dijo—. Ahora ya puedes poner otra vez las manos juntas a la espalda.

El suave fuego de las piedras preciosas me recorría como agua a cada movimiento. ¡Oh qué ganas tenía de verme! Había un par de espejos de cuerpo entero con tres paneles cada uno, como esos que hay en las sastrerías. Pero los paneles estaban cerrados.

—¿Qué medida de cintura tiene la señorita Denise? —preguntó la señorita Priscilla a Phoebe.

—Cuarenta y siete centímetros y medio, señorita —contestó Phoebe.

—¿Y de cuánto son los tacones?

—De diez centímetros.

La señorita Priscilla cabeceó aprobatoria. Luego se volvió a mí:

—¿Llevas puestas las hebillas grandes de diamantes de las chinelas de satén?

—Sí, señorita Priscilla —contesté, sonrojándome.

—¡Alza la falda que lo vea!

Con una tímida sonrisa de satisfacción (no pude evitar sonreír) alcé en mis dedos delicadamente enguantados la exquisita tela de satén. Aparecieron entonces dos piececitos delicados con unas resplandecientes y blancas chinelas de satén de exquisita hechura, con maravillosos y delgados tacones Luis XV, afiladas punteras bordadas con perlas, lazos de mariposa de elegante tul blanco, y montadas sobre los lazos grandes hebillas de diamantes. Las delicadas chinelas tenían unidos los talones y separadas las punteras, tal como las había colocado Phoebe. La falda se alzó más, y aparecieron un par de arqueados y curvos empeines y torneados tobillitos de un bello rosa que transparentaban las tirantes medias de seda blanca con calados de encaje. Nunca había visto medias como aquéllas, no había soñado siquiera jamás algo tan bello. Eran de una gasa delicada y finísima, transparente como tela de araña, eran tenues y exquisitos ornamentos más que prendas de vestir, con un brillo verde suave que resultaba encantador. Eran las medias y las chinelas típicas de la ruborosa y linda *debutante* de alta cuna y enorme riqueza para ir a hacer su zalema ante su reina. Nadie más podría habérselas permitido.

La señorita Priscilla se irguió y estiró las manos.

—Dame esos lindos pies.

Vacilé, coqueta, como la jovencita que finge modestia para mejor exhibir los que sabe sus mejores tantos.

—Oh, señorita Priscilla —dije.

—Inmediatamente, Denise.

Extendí un pie. Lo cogió en sus manos, comprobó el broche para asegurarse de que estaba firme, tanteó la chinela para comprobar que ajustaba bien y midió el tacón.

—Son muy bonitos —dijo con fría satisfacción.

—Ponlos otra vez como debe ser, Denise. Me desobedeciste.

—Es que me daba no sé qué, señorita Priscilla.

—Querías utilizar conmigo tus pequeñas coqueterías —dijo, con una astuta sonrisa que me sacó los colores a la cara—. Pero yo castigo la coquetería. Te entregaste a tu vanidad jugando con tus lindas chinelas, y yo, Denise, castigo la vanidad. Bajarás a cenar y estarás toda la cena con esa linda boca amordazada.

—Buen castigo para la señorita Denise, si señora —dijo Phoebe contentísima.

Di un respingo, asustado.

—¡Pero señorita Priscilla! Voy a estar allí sentado entre los invitados, en la cena... con este maravilloso vestido... estas chinelas de satén y estas medias... y ¡amordazado!

—¡Sí, Denise!

—Broches de diamantes y tacones altos para los pies y para la boca una mordaza. ¡Oh, oh! —balbucí.

Me estremecían agudas emociones; me atribulaban, despertaban mis pasiones. He de decir toda la verdad. Estaba avergonzado pero anhelaba el castigo con un extraño y secreto estremecimiento de júbilo. Ya desde la niñez me habían asediado de cuando en cuando extrañas fantasías, de las que me había reído al principio, pero que después me fascinaban y aterraban a un tiempo. Vi en ellas un peligro para mi carácter, para mis ambiciones, y un obstáculo para la gran carrera que tenía ante mí. Había soñado, en una palabra, con un mundo en el que las damas me castigaban, me vestían de niña con los más exquisitos vestidos y me ponían zapatos de tacón alto, guantes y corsés y, luego, burlándose de mis sueños de brillante futuro, me mantenían prisionero y sujeto allí como para divertirse a mi costa. Había combatido estas fantasías porque me parecía que me debilitaban, que me afeminaban y que podían destruir mi voluntad. Las había ridiculizado como cosas absurdas. Sin embargo, parecían formar parte de mi naturaleza. Volvían, y ahora... se habían traducido en hechos, y, al traducirse en hechos, me fascinaban y obsesionaban con una fuerza mil veces mayor. Si me había estremecido con extrañas y deliciosas emociones imaginarme vestido con las pomposas galas de una chica elegante, sufrir castigos y humillaciones y exquisitas torturas a manos de una risueña y hermosa mujer sorda a mis súplicas, ¡cuánto más había de emocionarme y excitarme, lógicamente, cuando el sueño se hizo realidad como ya lo era!

Intenté, sin embargo, luchar contra aquel dulce y extraño placer que me invadía. Sabía que Helen me odiaba, que creía que le había robado al heredar la fortuna de mi padre; y temía, además, que ella y la señorita Priscilla intentasen dominarme completamente para recuperarla. Temía que la señorita Priscilla, con sus conocimientos de psicopatología, hubiese adivinado mis fantasías secretas y quisiese, haciéndolas realidad, reducirme a una servidumbre voluntaria. ¿Eran acertadas mis sospechas? Ya lo sabrá el lector. Entre tanto, el placer dominó al miedo, como había

hecho antes. Pues fue el placer debilitante de un sueño realizado lo que me hizo ofrecer tan pobre resistencia a mi primer corsé y a mi destierro a un colegio de chicas. ¡Así es! Ésa es la verdad.

La señorita Priscilla tenía que hacerme una pregunta más, allí, ante el espejo, donde seguía yo con mis marfileños tobillos unidos y con las grandes hebillas chispeando en mis chinelas relumbrantes.

—Había un tercer guante de cabritilla blanco y prieto que debías llevar. ¿Te lo has puesto?, —enrojecí—. Pero si no contestaba me castigaría. Bajé la cabeza.

—Sí, me lo abrochó Phoebe —contesté, en un confuso murmullo. La señorita Priscilla quedó satisfecha.

—Te enseñaré a ser recatada y modesta delante de las mujeres, Denise, y a recordar que estás bajo su autoridad. Lo llevarás siempre.

Me bajó la falda y la colocó de modo que las puntas de mis chinelas y un par de centímetros de sedoso empeine quedaran a la vista. Cuando terminó, entró en la habitación Helen, que estaba bellísima, con un vestido muy amplio y descotado de terciopelo negro y guantes blancos de cabritilla hasta los hombros.

No puedo quejarme, desde luego, de que Helen reprimiera su admiración por mí durante todo este período. Se le iluminó la cara de asombro y de alegría. Lanzó un grito admirado. Corrió hacia mí, me abrazó, me aplastó los labios con besos apasionados.

—¡Denise! Me siento tan orgullosa de ti.

Bajé la cabeza, consciente un instante de la totalidad de mi humillación. Yo era su víctima.

—¡Oh Denise! —Apoyó la cara en la mía con una burbujeante risa jubilosa—. Tienes la mejilla suave y fresca como un melocotón. Eres una chica encantadora.

—No soy una chica —protesté.

—¿No lo eres, querida? Juzga por ti misma.

Y me colocaron detrás uno de los grandes espejos. ¡Qué emoción sentí! Después de dos años, vería al fin lo que habían hecho de mí. Me pusieron el segundo espejo desplegado delante y encendieron las bombillas eléctricas que rodeaban el marco y que estaban orientadas de modo que centrasen toda la luz sobre la persona que estuviese ante ellos. Me vi envuelto en una llamarada de luz. Me contemplé. Lancé un grito, me tapé la cara con las manos.

—¡Oh, lo soy! ¡Soy una chica! —admití, con un gemido.

Vi a una chica, de bello rostro, el mío, pero dulcificado, suavizado, irreconociblemente mejorado. Una abundante y hermosa melena recogida en una corona a la última moda. Frente amplia y blanca y cejas arqueadas, más oscuras que el pelo, grandes y melancólicos ojos de un azul oscuro con largas y oscuras pestañas, delicada nariz, mejillas en que el rubor iba y venía. Unos labios rojos, como pétalos de rosa marchitos en un risueño arco de Cupido (¡ay, sonreían ahora!) que dejaban ver una perfecta hilera de dientecitos blancos, la barbilla chica y redonda, las orejas

pequeñas... Así era Evelyn Beryl al volver del colegio. Así me describió en una carta Violet Hind. Violet y Doris Hind eran primas de Helen. Habían ido a vivir con Helen poco antes de irme yo con mi tutor. Violet era una chica muy guapa de pelo castaño rojizo, seis meses más joven que yo. Doris tenía quince años. Me ahorro la humillación de describirme, citando su carta, que me ha dado Helen para que la utilice. Sigue así:

«La pequeña y delicada cabeza se apoya en un cuello blanco y esbelto asentado en un pecho y unos hombros blancos de muchacha, con encantadores hoyuelos. Tiene los pechos blancos y redondos de una muchacha. La linda vaguada que suele separarlos, los pequeños pétalos de rosa, todo. Tiene el talle esbelto, las piernas largas, pies y manos de los más delicados. Es alto, más que Helen con los zapatos de tacón y de la talla, más o menos, de la señorita Priscilla. Es una chica».

Y esto vi yo allí en el espejo... Vi a esa chica resplandeciente de joyas de pies a cabeza, vestida como para un baile de la temporada londinense. Helen estaba arrobada. Y ya podía estarlo, puesto que era obra suya.

—Has superado todas mis esperanzas, querida —dijo.

Con pequeñas exclamaciones de alegría, me recorrió con manos enguantadas, palpándome y pellizcándome detrás, hasta ponerme colorado.

—¡Oh Helen! No hagas eso —protesté.

—¡No digas tonterías, querida! Soy tu tutora, estate quieta, o azotaré ese gordo trasero de muchacha.

—¡Oh, oh!

Y una penosa sensación me hizo enrojecer aún más que antes.

—Azotarme... con este hermoso vestido —dije tímidamente.

—Ah —exclamó Helen, muy entusiasmada—. Te gusta tu exquisito vestido de satén, ¿eh querida?, —crujía deliciosamente bajo sus manos—. ¿Y te gusta esta banda de tul, con la gran hebilla resplandeciente delante y el gran lazo detrás?

—Me traba los tobillos deliciosamente —tartamudeé.

Oh, ¿era yo quien hablaba?

—Es como una suave caricia en mis piernas.

Helen aplaudió radiante. Pasó sus manos exquisitamente enguantadas vestido abajo, por detrás, palpando a través de la fina tela piernas y pantorrillas.

—Son deliciosas —exclamó—. Blandas como manteca. Y te gustan también tus medias, ¿verdad Denise? Esas medias exquisitas con que te he engalanado.

Aquellas manos pellizcando afectuosas mis pantorrillas, su delicado tono dominante (como si yo le perteneciese) me embriagaban.

—Son deliciosamente frescas —dije.

—Y tus chinelas blancas de satén, con los tacones altos y los lindos lazos y las resplandecientes hebillas, ¿también te gustan, verdad? Álzale el vestido hasta las rodillas, Phoebe. ¿Te gustan tus zapatitos de chica, Denise?

Phoebe me alzó la falda hasta las rodillas, quedando al descubierto las ligas

blancas de satén con sus grandes lazos y hebillas y los pomposos volantes de los calzones de batista.

—¡Mírate en el espejo, Denise y sé agradecida y dime que te gustan!

—Ya que tengo que llevar zapatos de chica —contesté, ruborizándome intensamente—, mejor que tengan tacones altos y hebillas de diamantes.

Algo más fuerte que yo me impulsó a hablar. En medio de su alegría, Helen intercambió una rápida mirada con la señorita Priscilla. Era una mirada de triunfo y me puso en guardia.

Phoebe dejó caer mi vestido y Helen me abrazó por la cintura.

—Eres deliciosa, Denise. Eres una chica completa ya con un lindo pecho blanco.

—Así es, señora —dijo Phoebe—. Le han salido unos pechos maravillosos. Creo que la señorita Denise debería estar muy agradecida a la señorita Priscilla por las molestias que se ha tomado preparando los ejercicios y los masajes y las medicinas.

—Oh, fue fácil —dijo la señorita Priscilla—, desde que descubrí que Denise tenía receptáculos lácteos de mujer, no tuve duda alguna de que podría proporcionarle un par de pechos como los de cualquier jovencita.

—Vaya, los receptáculos lácteos —gritó Phoebe entre risas—. ¿Entonces la señorita Denise es un bicho raro?

—Nada de eso —dijo tranquilamente la señorita Priscilla—. Los hombres de las tribus primitivas tenían casi todos receptáculos lácteos. Puede que la señorita Denise represente una posibilidad de vuelta al tipo primitivo. O puede ser que en principio la naturaleza pensase darle a Evelyn una hermana gemela y que sus embriones se entremezclaran. Sucede con frecuencia.

Helen se echó a reír.

—De cualquier modo, Denise tiene un pecho de chica... para toda la vida —y me tocó los pechos con manos enguantadas, y los acarició muy suave y cosquilleó un poquito los pezones, que lanzaron oleadas de delicia a mis venas—. Son un auténtico castigo, querida, por lo mal que nos lo has hecho pasar. No puedes librarte de ellos como de esos zapatos de chica y de esas medias si te dejáramos. Son para ti una prueba permanente de que lo más sabio es ser amable y obedecer a las mujeres.

—Pero mañana me dejarás quitarme los zapatos y las medias de chica. Me lo prometiste en serio, Helen —dije yo.

Helen me abrazó fuerte, me acarició, aplastó mis labios con ardientes besos.

—Pero si tú no quieres quitártelos, Denise. ¡Si a ti te encantan! Te encantan tus lindos vestidos. Serás mucho más feliz de chica.

Me suplicaba, su voz, el perfume de su aliento, el roce de sus miembros con los míos a través del vestido, me tentaban. Me sentía tentado a entregarme en sus brazos, a decir: «Te pertenezco Helen». Pero recordé mis ambiciones.

—No, no, me diste tu palabra —grité—. He de ser un hombre. He de casarme y fundar una gran familia.

Las tres mujeres se echaron a reír y eso me desconcertó muchísimo.

Helen gritó:

—Oh. Denise, me encantaría ver la cara que pone tu esposa cuando descubra que tienes pechos de muchacha. No, no, querida mía, acabarás encantada con tus lindos vestidos, tus elegantes corsés, tus largos guantes y esas encantadoras chinelas de tacón tan alto.

—No, no —insistí obstinado, y Helen me soltó con un gruñido de irritación. En realidad su afecto era fingido, aunque hubiese estado a punto de engañarme. Su expresión se hizo dura, colérica. Me miró con ojos amenazadores.

—Muy bien —dijo—. Pero te advierto, Denise, que vendrás a pedirme de rodillas que te deje volver a ponerte tu ropa de chica. Ahora vamos a bajar al salón, mucho cuidado al andar. Estira los dedos de los pies, arquéalos. ¡Toma tu abanico!

Y me dio un maravilloso abanico de marfil y oro. Me volvía ya hacia la puerta, cuando me llamó la señorita Priscilla.

—Olvidas que tienes un castigo pendiente, Denise —dijo muy tranquila; y le habló luego a Helen de mi coquetería y del castigo que pensaba aplicarme.

Humillante introducción al castigo. Amordazado en la cena de cumpleaños de mi hermanastra. La opinión de Lady Hartley sobre las señoritas. «Habría que vestirlas con hermosos vestidos y tratarlas como a melindrosos convictos». Me atan, me ponen grilletes y me apalean con mi vestido de noche y mis chinelas de tacón alto. En el rincón de cara a la pared, como una niña, vigilado por la señorita Priscilla.

—Ha de ser castigada, desde luego —dijo Helen. Y empujó hacia mí una silla dorada con asiento blanco de satén.

—Alza la falda con cuidado, Denise, y arrodíllate en esta silla —dijo con dureza.

Obedecí inmediatamente, un poco asustado, aquella orden humillante, Helen mojó una pluma en el tintero que había en el escritorio.

—Es norma en esta casa, Denise —dijo—, que un castigo implique siempre la aplicación de otro más tarde; y para no olvidarlo, lo apuntamos en la suela de uno de los zapa titos de la culpable.

—¡Oh! —protesté—. Seré castigado dos veces por la misma falta.

—Ésa es la norma. Así, las lindas señoritas aprenden a portarse bien y procuran evitar los castigos.

Cogió mi peine y se agachó sobre mis pies. Mi posición era, claro, extraordinariamente humillante. Pero el roce de su mano enguantada en mi torneado y cálido peine embutido en la seda de las medias, y la visión de ella en el espejo escribiendo con letra muy pequeña en la suela blanca flamante de mi delicada chinela de satén el castigo que debía aplicármese, grabando sobre mí el testimonio de mi desdicha, desencadenó en todo mi ser un voluptuoso estremecimiento.

—Ahora quédate quieta donde estás, Denise, hasta que se seque la tinta —dijo, y, dejando la pluma, colocó mis pies, procurando, con su habitual amor a la pulcritud, que los tobillos quedasen unidos y también los tacones, y que las punteras estuviesen perfectamente a nivel.

Entre tanto, la señorita Priscilla estiró y enrolló en una bola un pañuelito de encaje que había empapado antes en colonia. Se acercó a mí con la bola en la mano.

—¡Abre la boca, Denise!

Obedecí. Me embutió el pañuelo en la boca.

—¡Ahora ciérrala ya, querida!

La colonia me quemaba la lengua y el paladar y me causaba un gran dolor. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ay, ay! —grité con voz ahogada, agitando las manos.

La señorita Priscilla sonreía al ver mis sufrimientos.

—La colonia te mantendrá la boca fresca y dulce, querida —dijo, y sacó un gran pañuelo del linón más fino y lo plegó cuidadosamente. Lo colocó luego sobre mis labios y lo ató muy prieto en la nuca, con lo que me quedó la boca tapada y no pude ya pronunciar palabra.

—¡Ahora levántate, Denise!

Lo hice, y la señorita Priscilla arregló meticulosamente mi resplandeciente falda. ¡Qué extraño espectáculo contemplaron mis ojos en el espejo! Vi una chica, ya crecida, con un exquisito vestido de noche de satén blanco, amordazada, el pecho y el cuello chispeando de joyas, las manos enguantadas jugueteando con un lindo abanico, los delicados lazos y las resplandecientes hebillas de las lindas chinelas atisbando entre deliciosas masas de tul blanco.

Pero lo que hacía que el espectáculo me resultase tan emocionante y seductor era el saber que aquella linda joven era yo, un joven afeminado que llevaba corsé y que tenía sus enguantadas manos completamente libres. Podría haber arrancado aquella mordaza de mi boca en un segundo. Sólo había dos damas para impedírmelo. Pero no el joven no se atrevía. Se sometía al castigo vestido de muchacha, con aquellas chinelas de satén con perlas bordadas. Ellas estaban castigándole. Estaba sometido.

—Ahora al salón, Denise —dijo Helen—. Ya no tardarán en llegar los invitados.

Y los invitados iban a verme en aquella situación ignominiosa. Me sentía avergonzado. Miré suplicante a Helen. Pero su rostro era implacable. Afortunadamente, pensé, los invitados no me reconocerán. Seré sólo Denise, sólo verán a Denise amordazada y Denise desaparecerá para siempre mañana. Cogí la cola del vestido y salí cabizbajo de la habitación. Cuando me volví para cerrar la puerta, oí preguntar a Helen:

—Bueno, ¿qué piensas tú?

Y oí la respuesta de la señorita Priscilla:

—En unas cuantas semanas, será la *fétichiste-du-pied* más linda del mundo —y ambas se echaron a reír a carcajadas.

Aquellas palabras me inquietaron. ¿Qué era *fétichiste-du-pied*? Tenía que enterarme. Intuía que la frase era el secreto del enigma, era la clave de la conjura que aquellas dos mujeres habían tramado para anularme y destruirme. Pero no tenía tiempo para pensar en ello entonces. Los tacones eran tan altos y tan finos, la falda me quedaba tan prieta, que tenía que tener muchísimo cuidado al bajar las escaleras. En el vestíbulo había dos doncellas tan corpulentas como Phoebe para recibir a los invitados y las dos se echaron a reír a carcajadas al verme. Sabían claramente quién era y me puse coloradísimo de vergüenza.

Aún no había nadie en el salón, pero me sentía descorazonado ante el calvario que me esperaba.

Oí fuera unos pasos rápidos y leves y entró corriendo en la habitación Doris Hind, convertida ya en una encantadora muchachita de quince años, que vestía un elegante vestidito corto de muselina de soie color rosa claro con medias de seda negras y chinelas de charol. Ardía en la chimenea un vivo fuego; me volví hacia él, para ocultar la mordaza el máximo posible.

—¿Quién eres tú, cosa linda? —preguntó.

No podía contestarle.

—¿Qué pasa?

Me dio la vuelta y vio la mordaza que me tapaba la boca. Me contempló atónita un instante. Luego, lo comprendió todo de pronto, y se puso a dar palmadas de gozo.

—Eres Denise. Y Helen te ha amordazado. ¡Qué maravilla! ¡Eres ya una chica perfecta, Denise!

Enrojecí hasta las raíces del pelo e, inconscientemente, coloqué un pie sobre el guardafuego, para calentarlo, alzando unos centímetros la falda. Doris lanzó un grito arrebatado.

—¡Qué pies adorables! Y, oh, Denise, esas chinelas de satén son divinas. ¡Déjame verlas bien!, —me ruboricé de nuevo, pero esta vez de gozo.

—¡Qué hebillas tan maravillosas, y esos lazos parecen de cuento de hadas! ¡Y las punteras con perlititas bordadas! Y qué tacones tan finos. ¡Enséñame los tobillos!

Alcé un poco más la falda y aparecieron los torneados y delicados tobillos, con su chispeante cobertura de tenue seda y encaje. Doris pareció entrar en éxtasis.

—Me gustaría ponerte tacones aun más altos, querida, y conservarte en una urna de cristal para enseñarte a mis amigos. Eso habría que hacer contigo, sí. Pasea un poco por Ja habitación, encanto, y déjame ver la elegancia con que te mueves con esos maravillosos zapatos de tacón.

Me emocionaba su admiración, pero me negué con un gesto a hacer lo que pedía.

Entonces, dio un fuerte pisotón y dijo perentoriamente:

—Rápido, o te castigo. Levanta la cola y déjame ver cómo chispean esas hebillas sobre esos delicados lazos de mariposa. ¡Venga!

Me sometí. Empezaba a darme cuenta de que una de las consecuencias inevitables de dejar que me vistiesen como a una chica era que todo el mundo, hasta las jovencitas como Doris, todos los que sabían el secreto, me trataban como a una criaturita, pese a mi vestido largo *décolleté* y a las maravillosas joyas. Paseé, pues, muy melindroso por la habitación. Doris me aplaudió, riéndose.

—No habrá chica, Denise, que no envidie tu talle y esos pies y esos tobillos. ¡Tú tendrías que llevar zapatos de tacón toda la vida! Sería ridículo que ahora que Helen ha conseguido hacerte tan elegante y tan guapa volvieses a los estúpidos pantalones.

En aquel momento, entraban en la habitación Helen y la señorita Priscilla. Y empezaban a llegar los invitados. La señora Dawson, la esposa del clérigo, Lady

Hartley y su linda hijita que acababa de ser presentada en sociedad; el señor Charles Rivers y señora; unas veinte personas en total, la mayoría jóvenes y todos ellos vecinos a los que yo había conocido de niño. Me presentaron como Denise Beryl, una prima, y Helen explicó el motivo de que se me castigase amordazándome. Tuve que escucharlo todo sin protestar, pero me ardían las mejillas de vergüenza.

—Denise es, por desgracia, muy vanidosa —dijo Helen—. Tuve que castigarla porque enseñaba los pies de un modo impropio de una señorita.

—Ha tenido mucha suerte si queda despachada sólo con eso —dijo Lady Hartley con serenidad y mirándome a los pies a través de sus gafas—. Yo no sólo la habría amordazado, sino que le habría quitado para siempre esas lindas chinelas.

Y luego, ante mi asombro y mi horror, anunciaron al «Señor Guy Repton» y entró en el salón mi viejo condiscípulo.

Había sido expulsado del colegio por mi causa. ¿Cómo le habría conocido Helen? Pronto lo explicó:

—Éste es mi nuevo administrador y mi agente —dijo, para presentarle. Quedé horrorizado. Iba a ser el nuevo administrador de mi fortuna. Era un joven de veintidós años, de lindo bigote. Helen le había proporcionado una posición excelente, unos buenos ingresos. Sin duda le había buscado a posta, por haber sido yo causa de su desgracia. Quería rodearme de mis enemigos, estaba convencido de eso. Me di cuenta así de una de sus tretas sutiles. Guy Repton le estaría agradecido a ella y ya me odiaba a mí. Helen no pretendía ocultar siquiera el motivo de su elección. Me lanzó una mirada de triunfo. Me sentía cada vez más indefenso en sus manos.

Mientras esperábamos que anunciaran la cena, Lady Hartley, una guapa matrona de cuarenta y tantos, se acercó a mí, me cogió del brazo y me llevó hasta un saloncito contiguo al grande. Me indicó un sofá.

—Échese ahí boca abajo, señorita —y, al ver que vacilaba, me dio un doloroso pellizco en la oreja—. Inmediatamente.

Me eché en el sofá a regañadientes. Oh, ¿qué querría hacerme?

—Cuando paseaba usted por la habitación, vi algo escrito en la suela de su chinela —dijo—. Un castigo, supongo.

Tanteó bajo la falda de satén buscando mi pie y lo alzó; leyó la nota de Helen. Parecía desconcertada.

—Me pregunto qué significa —dijo—. Ya puede levantarse.

Volvimos al salón grande. Acababa de bajar Violet, la hermana mayor de Doris.

—Lamento mucho mi retraso —balbució jadeante y asustada, dirigiéndose a Helen. Estaba guapísima con su vestido de chifón de nattier azul, que destacaba su piel blanca y su hermoso pelo. Helen la miró con dureza, pero no contestó.

Y anunciaron que estaba servida la cena.

—Señor Repton, se pondrá usted junto a Denise —dijo Helen—. Lamento tener que adjudicarle una compañía tan silenciosa.

Y me senté amordazado a aquella mesa llena de flores, entre aquella gente

elegantemente vestida, sin poder comer, sin poder hablar. Me sentía terriblemente humillado. Era cruel el solo hecho de obligarme a bajar a cenar. Apenas podía respirar siquiera. Además, tenía mucha hambre. Era cuanto podía hacer para no echarme a llorar. Para empeorar aun más las cosas, los comensales empezaron a hablar de mí, de Evelyn Beryl.

—Qué lástima que vuelva mañana a casa —dijo la señora Dawson—. Hemos estado tan bien aquí con él en ese colegio de chicas.

Todos parecían de acuerdo. Para mí, era una auténtica revelación el comprobar lo impopular que era. Me sentí avergonzado de mi anterior conducta.

—Creo que todos van a encontrarle muy cambiado, muy mejorado —dijo Helen con una sonrisa—. Su tutora dice en el informe que es de lo más dócil y elogia muchísimo su comportamiento. Dice que es el propio de una auténtica dama.

Cómo me ruboricé yo. Por suerte, sólo Helen sabía que yo estaba presente.

—Estoy seguro de eso —dijo Guy Repton, con una odiosa risilla—. Y creo que son todos ustedes algo injustos con el pobre Evelyn. No creo que sea malo en el fondo. Lo que pasa es que como chico se veía en una posición muy difícil. Debía darse cuenta de que vestido con ropa de hombre estaba ridículo, y debe ser duro de aceptar, supongo, y probablemente se comportase de aquel modo arrogante y despótico por eso. Pero vestido y tratado como una chica, ya no tendrá esa sensación desagradable. Lo más probable es que resulte encantador.

Habría abofeteado a Guy Repton por su impertinencia.

—Es muy probable que tenga usted razón —dijo Lady Hartley—. Pero, entonces, lo mejor sería que siguiese siendo chica toda la vida.

—Oh sí —exclamó la señora Rivers volviéndose muy entusiasmada a Helen. Yo le había tirado una piedra al ventanal del salón de su casa, poco después de que se casara con Charles Rivers. Nunca había podido perdonarme aquello. Helen movió la cabeza.

—Le prometí que después de estos dos años, si se portaba bien, no tendría que llevar más ropa de chica.

Y luego hizo una señal a Netta, una de las doncellas. Netta me quitó la mordaza y el pañuelo que tenía en la boca. Quedó entonces mi cara al descubierto y la señora Rivers gritó entusiasmada: «¡Oh, qué linda chica!».

Me ruboricé de gozo, y luego sucedió un acontecimiento desdichado. Yo estaba sentado con la servilleta en el regazo, aunque no cenase. Me consumía la curiosidad de saber qué extraño castigo era el que Helen había anotado en la suela de mi zapato. Así que, mientras los demás hablaban, me saqué discretamente la chinela izquierda. Luego dejé caer la servilleta y me agaché a recogerla, recogiendo al mismo tiempo la elegante chinela de tacón. La coloqué cuidadosamente en el regazo y leí sobre la blanca suela nueva de elegante diseño estas palabras: «Las cajas de cristal».

Estaba preguntándome qué extraño castigo sería aquél, con un estremecimiento de pavor, creyendo que nadie había visto mi maniobra, cuando la señora Rivers lanzó

su grito de admiración, pero Lady Hartley había estado observándome y dijo inmediatamente con severidad:

—Sí, una chica preciosa que se ha quitado una de sus elegantes chinelas.

Bajé la cabeza, muy nervioso.

—¿Es cierto eso, Denise? ¡Déjame ver! —dijo Helen.

—Sí, Helen —dije humilde y alcé la chinela. Helen llamó a Netta.

—Cálzale la chinela a la señorita Denise.

Netta giró mi silla, me puso la chinela y volvió a colocarme a la mesa. Luego, me quitó los brazaletes de las muñecas, me desabrochó los guantes, me los sacó de las manos, les dio vuelta.

—Sí, una chica muy linda —dijo Lady Hartley con severidad—. Pero si fuera hija mía, le ataría las enguantadas manos a la espalda y la pondría en un rincón de cara a la pared, con los talones juntos.

Me puse rojo de vergüenza. Pero, por debajo de la vergüenza, percibí de pronto un apasionado anhelo de que me castigaran de aquel modo infantil y humillante ante todas aquellas personas distinguidas. Intenté librarme de aquella obsesión. Era peligrosa, debilitaba, afeminaba. Pero tenía aquel veneno en las venas. Procuré pensar en mis ambiciones, en mi carrera. Pero sólo podía pensar en aquellas chinelas nuevas de satén que tan delicadamente aprisionaban mis pies bajo la mesa, en aquellos lazos de cuento de hadas, en las grandes hebillas resplandecientes, en las punteras con perlas bordadas. Sentía cómo se hundían deliciosamente en la gruesa alfombra los altos tacones Luis XV. Ay, si me obligasen a estar de pie sobre ellos, allí, en público, en un rincón, de cara a la pared, con las enguantadas manos atadas a la espalda como un niño díscolo. ¡Convertido además en una damisela, ataviado con un largo vestido de satén, los blancos hombros y el enjoyado cuello brotando del encaje y los frunces del resplandeciente corpiño! Froté las piernas una con otra en un espasmo de deseo. Y entonces Netta me sirvió la cena y me llenó la copa de champán, y Helen dijo, con una carcajada:

—¡Pero querida Lady Hartley, si eso es exactamente lo que voy a hacer con Denise!

Los hombres me miraban compasivos, pero las damas estaban encantadas. En cuanto a mí, tuve que agachar la cabeza sobre el plato para ocultar una sonrisa de gozo. El señor Rivers llegó a pedir que se me perdonase, pero Helen no quiso saber nada.

—Yo creo que Helen tiene mucha razón —dijo Lady Hartley—. Creo que es muy interesante y muy conveniente castigar a las jovencitas. La gente les concede unas libertades tan absurdas hoy en día que resulta confortante encontrar a alguien como Helen. Hay que vestirlas con hermosos vestidos y tratarlas como a melindrosos convictos. Es la única manera de mantener a raya a esas criaturas estúpidas —dijo con dureza.

Devoré rápidamente la cena, mientras el ansia de que me castigasen me

cosquilleaba las venas. Ya sentía los diestros dedos delicadamente enguantados de Helen atándome las muñecas a la espalda con cintas de satén, colocando mis pies con una delicadeza exquisita. En cuanto terminó la cena, repartieron cigarrillos y sirvieron café. Encendí un cigarrillo. Hacía dos años que no fumaba. ¡Cómo disfruté de aquel cigarrillo! Me retrepé en mi silla, con una sonrisa de gozo.

Después de la cena había un baile para los habitantes de la localidad en el salón del pueblo. Íbamos a ir todos. Helen se levantó.

—Señor Repton —dijo—. Acompañe usted a estos caballeros al salón del pueblo en cuanto estén dispuestos. Hay dos automóviles. Puede volver a por nosotras. Si ustedes son tan amables de iniciar el baile, nosotras llegaremos dentro de un ratito. Luego, podemos volver todos aquí, a celebrar un pequeño baile privado y a tomar un pisco.

—De acuerdo, señorita Deverel —dijo Guy Repton, muy respetuoso.

Las otras dos damas se levantaron y Helen les dijo: «Traigan cigarrillos; tú no, Denise. No puedes estar castigada en el rincón de cara a la pared con un cigarrillo en la boca».

Dejé, ruborizándome, el cigarrillo en el plato, y seguí a las damas, saliendo con ellas del salón. Cuando cruzaban el pasillo, oí que Lady Hartley le decía a Helen:

—Me pareció leer en la suela de la chinela de Denise que estaba usted pensando en un castigo distinto para ella.

—Sí —contestó Helen—. Lo de ponerla en un rincón de cara a la pared lo considero una especie de introducción. El verdadero castigo se le aplicará más tarde, cuando volvamos del baile.

—Es una cosa un poco rara... «las cajas de cristal».

—Me parece un sistema muy interesante e ingenioso. Ya verá.

También yo tenía curiosidad por saber en qué consistiría el castigo... curiosidad y miedo.

Entramos todos en el saloncito, un cuartito encantador decorado en blanco y oro con suelo de parquet barnizado cubierto de gruesas alfombras blancas de seda persa. Estaba brillantemente iluminado con lámparas eléctricas de pantalla y ardía un alegre fuego en la chimenea. Las damas se acomodaron en confortables sillones junto al fuego con ansiosa expectación, fumando cigarrillos. Helen me colocó en medio y entregó un pequeño abrochador de plata a su joven prima, la del elegante vestido corto color rosa.

—Doris, vuelve a abotonarle los guantes con mucho cuidado a Denise —dijo.

Extendí las manos hacia Doris, que volvió a embutir mis dedos en los prietos guantes blancos de cabritilla, que abrochó mientras Helen se acercaba al buró. Abrió un cajón y volvió con una gran caja de piel y una serie de tirillas resplandecientes de satén blanco en las que chispeaban grandes hebillas ovales de diamantes. Colocó la caja de piel en la repisa de la chimenea y las pequeñas cintas en una silla. Estaba radiante, le bailaban los ojos de emoción.

—Ahora, Denise, te ataremos fuerte y bien —dijo con un temblor de júbilo en la voz. Sacó de mis brazos los brazaletes de oro que yo llevaba por encima de los codos para mantener estirados los guantes y en ambos brazos, justo donde había estado el brazalete, colocó, muy prietas, dos cintas blancas de satén. Ni las hebillas de diamantes ni los ojales quedaban a los extremos de las cintas, así que, después abrochadas quedaron colgando dos anchos rabos en cada brazo. Ató estos rabos en grandes nudos y volvió a pasarlos por las hebillas ovales que quedaron chispeando así delicadamente en medio de los lazos. Lazos y hebillas estaban por la parte exterior de los brazos, y por la interior tenían las cintas un pequeño anillo de acero cada una, firmemente cosido. Helen cogió entonces una pequeña barra de acero bruñido con un gancho de muelle a cada extremo. Metió los ganchos en los anillos de acero obligando a los brazos a unirse con una fuerza de la que jamás la habría creído capaz.

—Así —dijo—. Ahora puedo atarte cómodamente las muñecas —y se sentó.

—Quédate quieta así, de espaldas, Denise —mis codos casi se tocaban en la parte baja de la espalda. Tenía los hombros tan tirantes que me dolían. Me abrumaba una extraordinaria sensación de desvalimiento, deliciosa e inquietante al mismo tiempo. Lentamente, vacilante, obedecí a mi cruel tirana. Me quedé ante su silla, de espaldas, y crucé las muñecas delicadamente enguantadas para que las atara. Había espejos en las paredes y podía verme con mi resplandeciente vestido blanco, que reflejaba las luces, desde las hebillas y las perlas que chispeaban en mis chinelas de satén a los rizos de mi cabeza exquisitamente peinada, en aquella humillante postura de sometimiento. ¡Cómo excitaba mis pasiones el espectáculo, sin embargo! ¡Me sentía sobrecogido y emocionado!

—Ahora estate quieta, Denise —dijo Helen con una carcajada—. ¿Nunca te habían atado las manos a la espalda por portarte mal?

—Nunca, Helen.

—Es una lástima que tengas que tenerlas atadas esta noche que estás tan guapa y tan elegante.

Mi vanidad femenil me hizo contestar con una sonrisa nerviosa.

—Si he de tener las manos atadas a la espalda, prefiero estar bien vestida para la ceremonia a no estarlo —las damas se echaron a reír, yo me ruboricé, y Lady Hartley exclamó:

—Qué detalle más encantador, el tuyo, Denise.

Sentí los dedos de Helen y de pronto (¿era el pánico o era el deseo de prolongar el gozo que sentía?) empecé a forcejear. Pero tenía ya los brazos atados y la lucha poco duró. Vi en el espejo cuatro manos enguantadas que se entrelazaban súbitamente y aleteaban como cuatro palomas. Dos manos fuertes, pequeñas, rápidas, nerviosas: las de Helen; dos manos delicadas, desvalidas: las mías. Las cuatro manos se separaron. Las de Helen sujetaron los extremos de una cinta blanca de satén que rodeaba mis muñecas y tiraron fuerte, muy fuerte. Las mías quedaron pegadas, los dedos temblorosos y desvalidos. «Oh, oh, me haces daño, Helen», protesté. «No deberías

obligarme a hacerte daño, querida», contestó ella, e hizo el lazo y lo pasó a través de la hebilla oval de diamantes igual que había hecho con las otras cintas.

—Así está bien —dijo, levantándose bruscamente. Mis brazos quedaron colgando atrás, con los delicados y largos guantes de cabritilla, inertes, inútiles. Helen me cogió por el codo.

—Mucho cuidado ahora al andar, con esos zapatos de tacón alto, Denise. Será más difícil con las manos atadas a la espalda. ¡Estira las puntas de los dedos de los pies, arquea esos lindos empeines!

Me llevó hasta un rincón, junto al fuego, y me puso allí de cara a la pared.

—¡Mantén la cabeza alta, querida! ¡Así!

Los tacones juntos, las punteras separadas. ¡Déjame ver!

Se agachó y, alzando la cola de mi vestido, me la enrolló en las piernas, trabándolas con los pliegues y dejando tobillos y pies al descubierto. Fijó luego la cola a la altura de las rodillas con una tira de satén.

—Ahora quieta, no te muevas —dijo, y me dio un brusco papirotazo con el abanico en mi blanco hombro desnudo.

—¡Cuidado! Si veo moverse esos lazos de mariposa o chispear las hebillas de diamante de tus lindas chinelas, te colocaré un buen par de grilletes bien apretados sobre esas medias de seda tan finas, alrededor de esos tobillos delicados, que los sujetarán tan fuerte que no podrás mover ni un dedo de los pies.

—Oh Helen —suspiré. Pero no era un suspiro de alarma. Era un suspiro de lánguido y voluptuoso deseo.

Aunque parezca raro, era delicioso estar allí de pie en el rincón, con los brazos y las manos cruelmente atados a la espalda; allí, con aquel exquisito vestido de satén, aquellos largos guantes de delicada cabritilla blanca y aquellas joyas; una linda víctima llena de cintas y perlas y encaje esplendoroso. ¡Pero qué delicia que además me colocasen fuertes grilletes sobre aquellas medias blancas caladas de seda, lustrosas, transparentes! ¡Estar allí en un rincón, los mis femeniles pies inmovilizados, con aquellas chinelas de tacón alto y de exquisita hechura, aquellas chinelas de blanco satén y de elegantes lazos, de hebillas de diamantes y perladas punteras, ver mis torneados y rosados empeines brillar tan primorosamente a través del encaje de aquellas medias que sólo las herederas más ricas podían llevar a un baile en la temporada de Londres! La sola idea de aquello casi me hacía desvanecerme de placer. Era lo que yo había soñado. Podía hacer realidad el mundo de mis sueños con un solo movimiento. Me invadió un impulso irresistible de hacerlo.

—No veo qué sentido tiene llevar unas hermosas chinelas de satén con valiosas hebillas de diamantes si tengo que ocultarlas en un rincón —dije, fingiendo quejarme.

—No diga disparates, señorita Denise —contestó la señora Dawson, que era una mujer vulgar y práctica—. Para nosotras es una delicia ver a una señorita tan elegante, con un calzado tan lindo, quieta en un rincón, tan obediente.

Sus palabras evocaron en mi mente una imagen de mí mismo que me arrastró.

—¿No puedo ni siquiera hacer esto? —pregunté con impertinencia y estiré un pie hacia delante y volví a colocarlo otra vez. De entre todas aquellas damas tiránicas se elevó un grito indignado ante mi obstinación.

—Helen, pon esos grilletes inmediatamente a esa muchacha díscola —gritó Lady Hartley.

—Pues claro que lo haré —contestó Helen—. Vamos, Violet, señora Hartley, ayúdenme, por favor.

Con la ayuda de las dos damas, me sacó a rastras del rincón, me subió a una silla y me colocó de pie sobre ella.

—Sujétenla, por favor —dijo Helen. Estaba absolutamente indefenso, con la cola de satén enrollada a las piernas y las manos y los brazos atados a la espalda. Helen abrió la caja de piel y sacó un par de brillantes grilletes de fino y bruñido acero.

—Oh, son demasiado pequeños —grité—. No me cabrán en los tobillos.

—Calla la boca —dijo Helen, y se agachó sobre mis pies. ¡Oh momento de maravilla y gozo! Sentí cómo se cerraban aquellos grilletes fríos y crueles alrededor de mis tobillos. Repiqueteó en la habitación un agudo clip clip. Ya estaba. Me habían encadenado. Y recorrieron mi cuerpo cálidamente, de los tacones altos a los bucles, estremecimientos de voluptuoso y delicado gozo. Miré hacia abajo... ¡Oh espectáculo extraño y embrujador! Vi las brillantes argollas de acero brillar sobre mis tenues medias de seda, encadenando mis tobillos. Vi aquellos piececitos en las chinelas de blanco satén resplandeciente con perlas bordadas, doblemente elegantes con aquellos temblorosos lazos de mariposa y las resplandecientes hebillas de diamantes... chinelas con las que una hermosa chica podría ir a bailar a un baile de la Corte, una hermosa chica que está encadenada y no puede moverse. ¡Oh, qué oleadas de placer sensual sentía yo! Helen alzó las manos y me alisó la falda de la cintura a las rodillas. Oh la visión, el tacto de aquellas manitas diestras y ágiles con los guantes de cabritilla, que me habían atado brazos y muñecas a la espalda y encadenado mis tobillos, y se entregaban ahora a la femenina tarea de alisarme el vestido. El rubor me asomó a las mejillas. Una punzada de increíble gozo me estremeció.

—Oh, oh —murmuré. Y allí me quedé quieto, todos los nervios tensos. Era como si las manos de Helen entreabriesen una puerta que daba a un insospechado paraíso. Alzó los ojos y miró malévolamente mi rostro extasiado. Luego, en un murmullo triunfal, dijo:

—Querías que te encadenara los pies, ¿eh, Denise?

Sus palabras me hicieron recuperar el juicio. Aquello era parte de su plan, estaba seguro, su plan de crear en mí un ardiente deseo de aquellos castigos exquisitos. Parte de su conjura para someterme.

—Bajad a esta deliciosa criatura —dijo despectiva Helen; y cuando me pusieron de nuevo en el suelo, añadió con lenta y malévola sonrisa—: Creo, Denise querida, que, ya que eres tan díscola y desobediente, antes de ponerte otra vez en tu rincón, de

cara a la pared, voy a darte unos buenos palos en esas manitas enguantadas que tienes atadas a la espalda.

—Oh, por favor, no —grité, aterrado.

Helen se volvió a Lady Hartley.

—¿No cree usted que tengo razón, Lady Hartley? —preguntó.

—Ciertamente. Le hará un verdadero favor a Denise.

—Entonces. Doris, tú misma irás a buscar a Phoebe y a pedirle que traiga un buen palo grueso para la señorita Denise, ¿quieres?

—Oh, por favor, Helen —murmuré—. Nunca me han pegado con un palo. Oh, te pediré perdón de rodillas.

—No puedes, querida —dijo Helen—. Tienes los lindos piecitos muy bien encadenados. ¡No seas imbécil!

Me dio la vuelta y tanteó las palmas de mis manos atadas.

—Me temo —dijo, con hipócrita pesar, pues se reía de emoción y placer—, me temo que, a pesar de los guantes, el palo hará daño y te dolerán terriblemente, cariño. Tienes las manos tan deliciosas y suaves.

Me debatí y forcejeé en vano. ¡Oh qué tonto había sido dejándola que me encadenase y me colocase los grilletes! Ahora estaba desvalido, completamente a su merced.

Phoebe llegó con una gruesa y larga caña de bambú, un arma terrible. Helen la hizo silbar en el aire. Me encogí tembloroso.

—Oh, no me pegues —imploré—. Soy ya demasiado mayor para que me peguen.

Helen soltó una implacable carcajada ante mi abyecta conducta. Las otras damas se agitaron ansiosas en sus sillas, taconeando en el suelo, alzando rumor de roce de hermosas telas. Todas anhelaban ver cómo me administraban una buena zurra, así, como estaba, con aquellas ropas maravillosas.

—¡Vamos, Denise, no estropees esas chinelas de satén por tu cobardía! —dijo Helen.

Me sujetó. Metió el brazo izquierdo entre los míos atados y mi espalda y me alzó las manos en el aire.

—Mantenías bien altas, querida.

Y alzó la caña bien alta sobre la cabeza.

Yo no podía moverme.

—¡Uno!

Y lo descargó con fuerza implacable. Me mordí los labios, reprimiendo un grito.

—¡Dos!

Y la terrible caña de bambú cayó sobre mis manos por segunda vez, cruel, hiriente. Pese a los grilletes, salté en el aire.

—Quietos esos pies —gritó Helen furiosa—, o te azotaré en las suelas de tus elegantes chinelas de satén también. ¡Tres!

Sin poder evitarlo, lancé un grito de dolor cuando cayó el palo en mis manos por

tercera vez. Helen lanzó un largo suspiro de placer y la caña de bambú volvió a alzarse en el aire.

—¡Cuatro!

—¡Oh, oh!

—Abre bien las manos, querida, para que los guantes estén tensos sobre las palmas, y retira hacia un lado los pulgares, porque si no, te daré en ellos. ¡Cinco!

El dolor era horrible. Me ardían las manos. Mi blanco pecho se alborotó en estertores violentos. Me estallaron los sollozos en la garganta.

—¡Seis!

Rompí a llorar. Las damas empezaban a aplaudir a Helen. ¡Qué cruel puede llegar a ser una mujer! La propia Helen derramaba satisfacción y júbilo. E iba poniéndose más seria a cada golpe.

—¡Siete! ¡Oh, cómo me gusta verte llorar, Denise! —dijo. Pero ella no pensaba en *Denise*. Era a *Evelyn Beryl* a quien castigaba por haber heredado la fortuna de su padre. Me debatí y chillé. Sí, chillé.

—¡Ocho! —gritó triunfante y la caña cruel quemó mis manos como un alambre al rojo. Me retorcí y gemí.

—¡Estate quieta, Denise! Y a ver si no rozas las rodillas debajo de la falda de ese modo indecente. Si lo haces, te arrancaré los volantes de encaje de los pantalones.

—¡Oh, Helen! —gemí—. Déjame ya.

—¡Nueve! Y no roces las chinelas una con otra. Destrozarás los lazos de mariposa. ¡Diez! ¡Y tienes que bailar con ellas toda la noche y lucirlas! ¡Once!

Me estremecí de la cabeza a los pies, grité.

—¡Ahora el último! ¡Doce!

El último fue un golpe terrible.

—¡Oh, desátame las manos! —supliqué—. ¡Quítame los guantes! ¡Déjame meter las manos en agua fría! ¡Oh, cómo me arden las palmas!

Helen dejó el palo.

—Estate quieta —dijo—. ¡Violet, señora Hartley!

Me alzaron entre las dos y me llevaron retorciéndome de dolor al rincón, y otra vez me pusieron allí de cara a la pared.

—¡La cabeza bien alta! ¡Las puntas de las chinelas separadas!, —se agachó y colocó mis pies encadenados.

—Y no llores, que ya sé que te gusta mucho, mientras estemos en el pueblo. La tía Priscilla estará aquí sentada mientras nosotras estemos fuera, para vigilarte, por si te mueves —me susurró al oído—. ¡Piensa en tus lindos pies! Piensa que te he pegado con ese bastón, Denise, y que tenías puestas esas lindas chinelas de satén de tacón alto y hebilla —me murmuraba esto con un tono acariciador, tentándome con imágenes seductoras.

Las damas se pusieron los abrigos y se fueron. Y me dejaron allí en el saloncito, en el rincón, de pie, de cara a la pared, gimiendo amargamente, mientras la señorita

Priscilla, sentada ante el buró, desde donde podía ver cualquier movimiento mío, escribía cartas imperturbable.

Mi cautiverio y mis miserias no despertaban en ella la menor piedad. No paraba de pincharme. Me decía, por ejemplo:

—No estires los hombros de ese modo violento. ¡Mantenlos quietos y llora en silencio!

O, luego:

—Veo que estás moviendo los dedos, Denise. Abre las manos y déjalas quietas, apoyadas en el vestido.

Y otra vez dijo:

—Te están temblando los pies, Denise. Estate quieta ya. Las hebillas de las chinelas chispean y atraen continuamente mi vista. Tendré que arrancártelas.

Se acercó al rincón con unas tijeras en la mano. Toda mi vanidad, todo el amor que tenía a aquellas lindas chinelas, se sublevaron alarmados.

—Por favor, no me corte las hebillas. ¡Por favor, señorita Priscilla!

—Pues entonces, ten cuidado —dijo, y me pegó en el empeine, sobre la tenue seda y el encaje de la media, con el abanico, hasta que se me saltaron las lágrimas otra vez.

Al menos, disminuía el dolor de las manos. Más que gemir jadeaba ya. Por último, dije humildemente: «¡Señorita Priscilla!».

—Sí, ¿qué hay? —contestó ella irritada.

—Tengo las manos atadas. ¿Sería tan amable de limpiarme la nariz?

Lo hizo. Yo tenía dieciocho años, era un joven caballero, el amo de aquella casa, una persona de gran fortuna y posición. Sin embargo, allí estaba, en un rincón de cara a la pared, con un vestido de noche de chica blanco de satén, guantes de chica, medias de seda y zapatos de tacón alto de chica, un prieto corsé de chica y pantalones con volantes de batista, y pendientes de chica y collares y el largo pelo lindamente peinado como el de una chica, con las manos atadas a la espalda y grilletes en los tobillos, y tenía que limpiarme las narices una solterona a la que un año o dos atrás despreciaba. ¡Qué extraños contrastes nos ofrece la vida!

Me quejo de los tacones altos y el corsé prieto y me abofetean enérgicamente. Una buena paliza. Vuelta al rincón. Una hora deliciosa. Un maravilloso baile. El castigo de las cajas de cristal y un ataque de histeria. Termina agradablemente la velada. Me siento casi contento de seguir siendo chica.

Pasaban lentamente los minutos. Un relojito que había en la repisa de la chimenea dio el cuarto; dio después la hora.

—Señorita Priscilla —dije, de nuevo.

—¿De qué se trata?

—¿Podría soltarme ya? Me duelen los pies mucho, así arqueados, con estos zapatos de tacón.

—Si vieses lo guapa y lo elegante que estás, Denise, ahí de pie en tu rincón, jamás querrías moverte de ahí —dijo tranquilamente.

—Pero me molesta el corsé, porque me está muy apretado, y los grilletes me destrozan los tobillos. Oh, señorita Priscilla, me siento muy desgraciado —dije, quejumbroso.

La señorita Priscilla lanzó un grito furioso. Se acercó a mi rincón, me examinó las manos, se agachó para tantearme las piernas.

—Las manos pueden seguir como están —dijo—. Pero tienes los pies congestionados y los grilletes te oprimen. No podemos permitir que se hinchen estos lindos tobillos.

Y cogió la llavecita de la repisa de la chimenea y abrió los grilletes. ¡Qué alivio sentí! Soltó la cola del vestido que me habían atado a las rodillas y la dejó caer al suelo.

—Siéntate allí.

Señaló el sofá. Crucé tambaleante la habitación y me senté. Tenía dormidas las piernas.

—Dame esos pies.

La señorita Priscilla se arrodilló frente a mí y con manos diestras y hábiles, habituadas al trabajo clínico, me dio un masaje en los tobillos disolviendo la rigidez de mis articulaciones en unos instantes.

—¡Así! ¡Ahora estos lindos tobillos no volverán a hincharse! —dijo.

—Oh, gracias, señorita Priscilla —dije agradecido.

—¡Levántate, Denise!

Obedecí. Me desabroché el traje por detrás, quitándome primero el ceñidor. Tanteó luego debajo del sobrecorsé, y me aflojó las cintas. Oh, qué alegría sentí al poder respirar libremente, al sentir aliviada la presión de la cintura, la dolorosa presión en las caderas.

Luego sentí, desolado, que se me caían los pantalones. Al aflojar las cintas del corsé, la señorita Priscilla me los había desatado, por error, pensaba yo. Me daba vergüenza indicárselo. Apreté pues los muslos y los sostuve por encima de la rodilla. Era muy incómodo. Pero pronto me desatarían las manos, esperaba, y entonces podría subir furtivamente a mi cuarto y resolverlo. Mas, ay, sentí de pronto un violento tirón.

—¡Toma aliento y expira luego, Denise! Así está bien —y la señorita Priscilla me apretó el corsé aún más que antes y ató las cintas.

—Oh, está peor que antes —gemí.

—Modera esa lengua —contestó con su tono tranquilo y pacífico—. Porque si no te ataré del cuello a las punteras de esas chinelas de satén.

¡Qué terrible amenaza! Me alzó el vestido, volvió a colocarme el ceñidor a la cintura y luego me metió la mano por dentro de la falda.

—¿Dónde están los volantes de tus pantalones?, —los cogió.

—Abre las piernas, Denise —me bajó los pantalones hasta los tobillos. Así que no los había desatado por error. Lo había hecho a posta. ¿Por qué?

Pronto lo sabría. La señorita Priscilla se sentó en el sofá y se alisó la falda de seda sobre las rodillas. Luego, se acercó y se abotonó los largos guantes blancos y resplandecientes de cabritilla.

—Acércate a mí, Denise.

Avancé torpemente, avergonzado, los calzones trabándome los tobillos y los volantes de encaje espumeando alrededor de mis chinelas de satén, hasta la señorita Priscilla. Entonces, ella me agarró y con un súbito tirón me echó sobre sus rodillas boca abajo.

—Oh, señorita Priscilla —grité, fuera de mí—. ¿Qué va a hacerme?, —me alzó la falda, con su larga cola, y amontonó sobre mi espalda los lindos pliegues de satén. Quedaron así al aire mis nalgas, mi trasero.

—¡Oh, oh! —protesté, coloradísimo.

—Voy a zurrarte en este blanco y suave trasero gordo de muchacha —dijo la señorita Priscilla, con la misma tranquilidad que si tuviese por costumbre hacerlo todos los días—. Te enseñaré a no quejarte cuando te ponen en un rincón de cara a la pared, Denise.

—Pero señorita Priscilla, usted misma admitió que lo de los grilletes de acero era demasiado cruel.

Empezó a pellizcar con sus dedos enguantados la carne blanca.

—Oh, señorita Priscilla, recuerde que tengo ya dieciocho años —protesté.

—Eso has de recordarlo tú antes, querida. No portarte como si tuvieras seis.

Y alzó la mano enguantada y la bajó con un resonante chasquido sobre mi trasero tembloroso. No podía soportarlo. La mano enfundada en piel de cabritilla hirió mi carne tierna, pero, además, el carácter infantil del castigo me hería en el alma. Pataleé intentando liberar mis pies de los delicados grilletos de mis pantalones de batista. Pero los volantes quedaban enganchados en las punteras y en los tacones y en las hebillas de diamantes.

—Esto es abominable —grité—. Tratar me como si fuera una niña.

Pero la mano enguantada se alzó de nuevo implacable y cayó pesadamente sobre carne desnuda e indefensa. Gemí, cabrioleé, me debatí sobre las rodillas de la señorita Priscilla. Pataleé, tensé impotente las cintas que ataban mis manos.

La señorita Priscilla soltó una leve risilla al contemplarme tumbado allí, sobre sus rodillas.

—Realmente, Denise, tienes una piel suave y tierna, una piel deliciosa. En ese colegio de chicas hicieron un buen trabajo. No te reprocho que patalees así, como una niña díscola, pero he de tomar precauciones para que no estropees tus lindas chinelas de satén.

Y me alzó y me hizo sentar después en el sofá.

Luego, se agachó a mi lado, sobre una rodilla, y me alzó el vestido casi hasta los muslos.

—Estira esas lindas piernas y vete apoyándolas acá, en mi rodilla, Denise, voy a atártelas con los pantalones. Si no, en tus pataleos, romperás las hebillas de las chinelas contra un mueble. Me las engancharás en el vestido y entonces tendré que coger una férula y darte una buena zurra.

Me ruboricé, oculté las piernas bajo el sofá.

—Muy bien —dijo la señorita Priscilla, poniéndose de pie tranquilamente—. Tendré que azotar esas lindas y suaves piernas con una fusta.

—Oh, no —grité, lleno de pánico, estirando los pies hacia ella.

—Demasiado tarde, querida —dijo la señorita Priscilla—. Y cogió de una mesa una fusta terrible, pequeña y fina, de barba de ballena, con mango enjovado.

—Pero las medias de seda son tan delgadas y tan finas —gemí—. Oh, señorita Priscilla, me dolerá muchísimo. Siento mucho haberla desobedecido.

—Bueno, entonces sólo te daré dos fustazos en las pantorrillas, querida. Te ayudarán a recordar en el futuro que mientras lleves esas medias tan delicadas y esas ropas propias de una elegante damisela, habrás de obedecer las órdenes que se te den de modo inmediato. ¡Estira las piernas!

Con la cara crispada de miedo, extendí mis piernas temblorosas.

—¡Junta los tobillos y arquea el empeine como es debido!

Obedecí y, con dos rápidos golpes, la señorita Priscilla me marcó las piernas, arrancándome alaridos. La fusta de barba de ballena se curvó al golpear rodeando las

piernas, dejando su huella en las pantorrillas, y torturándome horriblemente.

—Supongo que ahora pondrás sobre mi rodilla tus chinelas de satén —dijo, arrodillándose de nuevo ante mí.

Obedecí y enrolló los pantalones de batista sobre las chinelas haciendo un prieto cojincillo con los volantes de encaje para proteger las hebillas de diamantes y luego, con una cinta de satén, me ató los pies en un paquete.

Volvió a su sitio tras esto y me colocó sobre sus rodillas, boca abajo. Alzó la mano enguantada y empezó a zurrarme de nuevo con todas sus fuerzas. Yo temblaba y rezaba pidiendo piedad, pero en vano. Tenía los ojos llenos de lágrimas. No sólo sufría por mi dolor y mi desgracia. Mientras me zurraba iba adoctrinándome, y cada palabra parecía elegida para inflamarme y desatar mis pasiones.

—Qué digna postura —zas— para una joven vestida a la última moda —zas, zas—. Tumbada así en mis rodillas, los blancos hombros surgiendo de un exquisito vestido descotado. Las manos enguantadas atadas a la espalda, la falda de satén alzada, los pies, con las elegantes chinelas, tapados y atados con los pantalones —zas, zas, zas, zas— mientras una vieja a la que desprecia —zas— azota su carne desnuda —paf, paf, paf—. Qué desgracia —zas...—. Ay, si supieses lo ridícula y lo guapa que estabas con tus tacones altos brotando de los volantes de encaje de tus —paf...— elegantes pantaloncitos —zas, zas.

Yo tenía la cara cubierta de lágrimas. Me trataban como a una niña. Y gemía como una niña. Sin embargo, sabía continuamente que no era una niña en absoluto.

Terminó al fin, me puso de pie, me alzó los pantalones y ató las cintas a la cintura, aflojando antes el corsé y el vestido. Oh, qué avergonzado me sentía. Qué colorado me puse al sentir sus manos vistiéndome como a un niño pequeño.

Ató luego muy prieto el corsé y abotonó el vestido, y me ató los tobillos con una cinta blanca de satén que fijó en un gran lazo y pasó a través de una de las hebillas de diamantes. Luego, sujetándome, me obligó a volver al rincón saltando, del modo más humillante.

Eran las nueve en punto cuando me pusieron por primera vez en el rincón. Cuando la señorita Priscilla volvió a ponerme allí, en el reloj daban las diez. Me alzó la barbilla, me echó hacia atrás los hombros, me colocó los pies, separando las punteras todo lo que le permitía la cinta que aprisionaba mis tobillos.

—¿Te estarás quieta ahora, querida? —preguntó.

—Sí, señorita Priscilla —dije humildemente, sollozando aún.

—Eso está muy bien, Denise. No puedes imaginarte lo guapa que estás ahí de pie, engalanada con tan lindas ropas. Pero recuerda un consejo: tienes que pensar en tus empeines torneados bajo las medias de seda t aladas, en tus piecitos dentro de esas encantadoras chinelas con perlas bordadas y delicados lazos, en las hebillas resplandecientes, en esos tacones tan altos, asomando en un nido de blancos volantes de tul y satén. Piensa cómo has sido castigada con ellos puestos.

Moví las rodillas.

—Ah, veo que estás pensando en esas lindas chinelas —dijo con una sonrisa.

Ésa era su política... una política doble. Someterme a una esclavitud abyecta y luego hacerme amar el castigo y desearlo, asociando con él en mi mente imágenes voluptuosas que provocaban mis pasiones, y halagando mi vanidad femenil con suaves palabras que me debilitaban y afeminaban. Y estaba consiguiendo muy bien sus propósitos. Yo la obedecía a pesar de todo.

Pensaba esto, sí, mientras estaba allí de pie en el rincón, de cara a la pared, mis delicadas chinelas de tacón alto brillando y resplandeciendo bajo mi vestido de satén. Pasaban volando los minutos. A mí me entusiasmaba lo de sentirme sobre aquellos tacones tan altos, captando el vislumbre de las hebillas y las punteras perladas y sabiendo que no debía moverlos, que había una mujer castigándome. Ante mi asombro, el reloj dio las once. Llevaba dos horas en el rincón. Se abrió la puerta. Entraron Helen, Lady Hartley y Violet Hind. Oí música y rumor de voces en el salón de baile. Sentí deseos de estar libre.

—¿Cómo se ha portado Denise, tía? —preguntó Helen.

—Al principio, fue algo díscola. Se puso a hablar. Así que le bajé los pantalones, le até los pies con ellos para que no pudiera romper las hebillas de las chinelas, la puse sobre mis rodillas y le di unos buenos azotes.

Enrojecí lleno de vergüenza.

—Espléndido —dijo Violet.

La señorita Priscilla continuó:

—Pero estas dos últimas horas se ha portado muy bien, ha estado ahí en el rincón de cara a la pared sin decir ni palabra.

Helen se acercó a mí.

—¿Has pensado ya en lo que te dije, cariño?

—Sí, Helen —contesté, más ruborizado que nunca.

Oh, que decididas estaban aquellas dos mujeres, por debajo de todas sus cariñosas palabras y sus exquisitos modales, a corromperme y convertirme en una nulidad a su modo siniestro.

—Entonces te dejaré libre como premio —así lo hizo, y añadió—: Ahora, ve al salón de baile y baila y diviértete.

Me puse muy contento.

—Pero no olvides, querida, que sólo puedes bailar con chicas —dijo, advirtiéndome con un cabeceo; luego le explicó a Lady Hartley: Es parte del castigo de Denise.

A mí me encantaba tener una excusa para no bailar con hombres, aunque fuese una excusa tan humillante como aquélla. Entré en el salón de baile, que quedaba pasado el salón grande. Era una estancia muy hermosa, con un suelo perfecto. Había bastante gente, a la que Helen había traído del pueblo. Por suerte había más mujeres que hombres, con lo que tuve una excusa aún mejor. Podía decir que dado que yo estaba hospedada en la casa, era deber mío procurar que los visitantes tuviesen pareja.

Bailé con Violet, con la señorita Hartley y con otras chicas... me gustó muchísimo. Me habían enseñado a bailar maravillosamente y sabía que lo hacía muy bien. También Violet bailaba bien. Oh, qué delicia girar bailando el vals con ella al ritmo de una música lánguida, nuestras chinelas chispeando y desapareciendo, tejiendo y entretejiendo los pasos sin tocarse nunca... era delicioso. A medianoche fuimos todos al comedor a tomar un tentempié, y hubo mucha animación y alegría. Luego fumamos cigarrillos. Oh, qué tristeza me entró cuando los invitados empezaron a irse. La señorita Priscilla me llamó aparte. Llevaba en la mano un nuevo par de guantes, largos y blancos.

—Debes ponértelos, Denise. Los que llevas los has ensuciado —los alisó y ajustó en mis brazos, los abotonó.

—¿Has manchado las chinelas?

—No, señorita Priscilla. El suelo del salón de baile está tan limpio como un mantel nuevo.

—¡Veamos!, —alcé el vestido y le enseñé los pies—. Sí, no necesitas cambiártelas —dijo.

Me había olvidado por completo de mi castigo. Vi que Helen despedía a un grupo de invitados a la puerta del salón. Me pregunté si también a ella se le habría olvidado. Pensé que si pudiese escurrirme sin que me vieran y subir a mi habitación, quizás escapase al castigo que tenía pendiente. Intenté hacerlo, pero Helen me vio entre las cabezas de las chicas a las que estaba dando la mano y gritó alegremente:

—Aún no debes irte a tu cuarto, Denise querida.

Continuó despidiendo a sus amigas, pero introdujo entre sus palabras de despedida una orden para castigarme por intentar escapar, una orden humillante que yo tenía que obedecer en presencia de todos. Éstas fueron, más o menos, sus palabras:

—Adiós, Dora... Ven y estate aquí a mi lado, Denise... ¿de verdad tienes que irte, Iris?... Así no, Denise, de cara a la pared, por supuesto, y con las manos a la espalda. La veré mañana, señora Rivers, ¿verdad? ¿Tienes bien juntos los tacones de las chinelas de baile, Denise?

Al fin se fueron todos. Helen me cogió de la mano.

—Ven conmigo —dijo—. Sólo quedaban en el salón Lady Hartley, la señorita Priscilla y la hija de Lady Hartley. Helen accionó una palanca en la pared y se abrió un panel a otra habitación cuya existencia yo ni siquiera sospechaba. La casa había sido objeto de numerosas reformas durante mi ausencia.

—Este cuarto, Denise —dijo Helen con una sonrisa emocionada— es el cuarto de castigo.

Lady Hartley se volvió a su hija. «Espera aquí, Phyllis», dijo. Y nos siguió a Helen, a la señorita Priscilla y a mí al cuarto de castigo. Era una habitación pequeña que disponía de una chimenea en la que ardía un alegre fuego. Helen cerró el panel en cuanto entramos todos e inmediatamente me di cuenta de que la habitación no tenía puerta alguna. Estaba amueblada en caoba y satén blanco. Cubría el suelo una gruesa

alfombra, cubierta a su vez de satinada cabritilla blanca, que hacía de cada pisada una delicia. Las paredes estaban todas forradas de grueso satén blanco y la luz entraba sólo por una claraboya que en aquel momento cubrían gruesas cortinas de terciopelo blanco. Nadie habría sospechado a primera vista la finalidad de aquel cuarto. Pero mirando con detenimiento podían percibirse ciertos detalles siniestros. Chuzaba el techo una rueda dorada acanalada que corría por una sólida guía. Del canal de la rueda colgaba una soga dorada gruesa y sólida. Se accionaba la rueda mediante una palanquita que había en la pared y, en aquel momento, estaba en un rincón del techo con la soga atada a un gancho. Percibí en las turcas y en las sillas un brillo de aros y barras de acero, y al extremo de un sofá largo y liso había un par de varas. Había también cajas con tapas de cristal fijadas a las paredes y miré en una y vi una colección de bastones de bambú, y en otras férulas delicadamente atadas con cintas de satén azul y rosa. Y en una tercera vi esposas y grilletes y toda clase de objetos de bruñido acero. Sentí miedo. Pero lo que más me aterró fue una silla de caoba que estaba alzada unos cinco centímetros del suelo sobre una sólida plataforma. Estaba espléndidamente almohadillada y tapizada en satén blanco. Pero su aspecto me aterró.

—Siéntate, querida —dijo Helen empujándome hacia la silla. Avancé tímidamente, con mis chinelas de satén, y me senté en la silla. Helen me ató por la cintura con una cinta de satén que fijó en el respaldo de la silla. Luego, me ató por los hombros, quedando así con el cuerpo y el busto firmemente inmovilizados. La silla tenía unos brazos pequeños almohadillados de satén blanco y, a unos cuatro o cinco centímetros de las extremidades de los brazos, había dos extrañas cajas cuadradas de cristal sobre pedestales de acero fijados a la estructura de la silla. A los lados de estas cajas, orientadas hacia los brazos de la silla, había agujeros almohadillados en satén blanco para las muñecas, y la parte superior del cristal se corría hacia arriba formando como dos cepos para colocar las manos. Los otros lados y el fondo de las cajas eran de espejos y tenían en las esquinas bombillas de luz eléctrica, que iluminaban intensamente el interior. Las superficies superiores de las cajas, y los lados que miraban hacia la silla, eran de cristal. Helen alzó las partes correderas del cristal.

—Pon las manos extendidas sobre los brazos de la silla, Denise, querida, de modo que queden dentro de las cajas, y las muñecas en las ranuras de cristal —dijo con su tono más meloso—. Las palmas hacia arriba, cariño.

Obedecí aterrado. Lady Hartley miraba con gozosa curiosidad, mientras la señorita Priscilla me ataba codos y antebrazos con cintas de satén a los brazos de la silla, con lo que mis manos quedaron inmovilizadas dentro de las cajas. Helen corrió entonces las partes superiores de cristal y las fijó pasando una barrita de acero por arriba. Mis muñecas quedaron entonces herméticamente aprisionadas en aquellos cepos de cristal. Podía mover mis enguantados dedos dentro de las cajas, y lo hice, y la luz brillante jugueteó sobre los suaves y blancos guantes de satén. Pero no podía hacer otra cosa.

Ante mí, al final de la plataforma en que se asentaba la silla, apoyada también en

pedestales de acero, había una caja mayor de la misma hechura que las de las manos. Sólo que en esta caja mayor había agujeros para los tobillos, un poco separados, y alzados, de modo que con los pies en las cajas formarían estos una línea recta con las rodillas de quien se sentase en la silla.

—Alza las piernas, querida, y mete aquí tus piecitos —dijo Helen. Y me alzó la falda, descubriendo mis piernas, las medias de seda, las ligas, los volantes, incluso, que me adornaban las rodillas. Alcé luego yo, tímidamente, las piernas y metí los pies en las cajas, apoyándome en los cepos, mientras Helen alzaba el panel superior de cristal. En cuanto mis piernas estuvieron colocadas, lo bajó y lo fijó, dejándome aprisionada en aquel extraño par de cepos de cristal.

Mis piernas quedaban estrechamente encajadas en los agujeros, justo por donde se inicia el ensanchamiento de las pantorrillas, de modo que no sólo los pies quedaban encerrados en cajas de cristal, sino también los tobillos. Helen encendió entonces las luces de las cajas, e inmediatamente una riada de brillante claridad chispeó sobre chinelas y hebillas, medias y guantes, lanzando reflejos deslumbradores y fascinantes. Luego, Helen, por medio de un pequeño manubrio plateado que había en la parte exterior de cada caja, corrió unos cuantos centímetros los cristales que formaban la parte inferior, dejando al descubierto unas cavidades poco profundas. Inmediatamente, brotó de aquellas cavidades un polvo marrón que se extendió por las cajas como arrastrado por el viento. Aquel polvo marrón se posó en mis relumbrantes guantes blancos, en mis elegantes y chispeantes chinelas, en mis resplandecientes medias de seda. Yo podía mover los dedos de las manos. Podía también mover los de los pies y los empeines, pero no podía desplazar los pies hacia los lados. Agité pues manos y pies dentro de mis posibilidades para sacudir aquel polvo, pero fue en vano. Y, de pronto, sentí dos o tres agudas punzadas en los empeines, y después en las palmas de las manos, por las pequeñas aberturas de los guantes. Agité con más fuerza manos y pies, y entonces empecé a sentir las punzadas por todos los tobillos y los pies, por el calado de las medias, y también en las manos. Y las nubecitas de polvo marrón seguían girando en las cajas.

Y de pronto sospeché la verdad. Cada vez que el polvo me tocaba la piel sentía una terrible irritación. No podía inclinarme hacia delante, pues estaba firmemente atado a la silla. Pero fijé la vista en los dedos y en los pies, sin dejar de moverlos. Y descubrí la verdad.

—¡Oh, oh! —grité—. Helen, esas motitas de polvo marón son pulgas. ¡Me castigas con mis guantes nuevos y mis chinelas de satén y mis lindas medias! ¡Me castigas con pulgas! ¡Oh! Qué tortura. Es horrible.

Moví frenético los pies y retorcí y encogí los dedos. Pero, por supuesto, todo era en vano.

Mis tobillos, mis empeines y mis manos estaban a merced de aquellos obscenos insectos que sencillamente me devoraban.

Lady Hartley estaba arrobada.

—¡Qué delicioso castigo para una linda chica! —exclamó—. ¡Atarla a una silla con su maravilloso vestido de noche y luego entregar sus pies calzados con chinelas de satén, sus delicados tobillitos a las pulgas para que los devoren y castiguen! Creo, señorita Deverel, que es usted extraordinariamente inteligente.

Helen sonrió agradeciendo la alabanza.

—No hay duda de que es un castigo muy apropiado —contestó con modestia—. Denise recibe este castigo por su vanidad al presumir como una frívola coqueta de sus chinelas y sus lindos pies. Entregar esos pies a las pulgas me pareció el mejor modo de enseñarle a ser humilde.

Y allí seguían contemplándome muy satisfechas, mientras yo me debatía prisionero. Las pulgas estaban volviéndome loco. Se me metían por debajo de las medias, por dentro de las chinelas, se concentraban en los tobillos, me picaban horriblemente. Parecían rabiosas. Tenía también las manos indefensas. Las pulgas habían entrado por dentro de los guantes, estaban entre los dedos, por todas partes. Retorcí pies y manos en sus cárceles de vidrio. Los espejos me mostraban irónicos mis resplandecientes hebillas, mis lazos exquisitos, los delicados tacones y los elegantes guantes largos y tirantes.

—¡Oh, oh!, Es una tortura insoportable —grité—. ¡Ay, qué cruel eres, Helen! Me están devorando. Sus picaduras me enloquecen.

Y rompí a llorar, haciendo toda la fuerza posible con piernas y brazos para romper el cristal y liberarme. Sentía la cara congestionada. Estaba hundiéndome en un delirio.

—Es un castigo repugnante —gemí.

Helen se echó a reír.

—¿De veras, Denise? No me parece bien que una damita como tú utilice ese lenguaje para calificar un castigo que me veo en la obligación de aplicarte. Si las pulgas resultan repugnantes para tu delicada sensibilidad, ¿qué vas a decirme de esto?

En la parte superior de las cajas de cristal había otras cajitas de plata insertadas, una sobre cada mano enguantada y otra sobre cada pie, sobre mis pies calzados con chinelas de satén. Helen accionó la palanquita que había en cada una de las cajas y el fondo de cada una de ellas, que daba al interior de la caja grande de cristal, se abrió sobre un gozne. Y, ante mi repugnancia indescriptible, cayó de cada caja un horrible gusano, gordo, grande, viscoso. Había cuatro. Cayó uno en la palma enguantada de cada mano y uno en la punta de cada chinela, en aquellas punteras con perlas. Lancé un grito agudo de horror. Supongo que fue una reacción muy femenina, pero no pude evitarlo. La visión de aquellos gusanos gordos y repugnantes sobre mis lindos guantes y mis zapatos me llenó de náuseas. Me estremecí. Tuve la sensación de que me ponía malo.

—¡Oh, quítamelos! ¡Quítamelos! —grité. Y moví aterrado manos y pies. Y entonces los gusanos empezaron a arrastrarse. Ay, cuán repugnante era aquello. Se deslizaron sobre las punteras de las chinelas dejando una repugnante estela marrón de

baba en el brillo deslumbrante del satén blanco. Subieron hasta las hebillas, hasta los lazos. Y siguieron hacia el calado de las medias. Oh, iba a sentirlos en mi piel. Quizá fuesen venenosos, además, pensé en pleno terror. Y se arrastraban también sobre mis dedos. Toqué uno con las yemas al cerrar espasmódicamente una mano y la sensación blanda y fofa me estremeció, me hizo gritar de nuevo.

—¡Oh Helen! ¡Déjame libre por favor! —gemí—. Es un castigo espantoso.

Tenía el rostro cubierto de lágrimas. Las hebillas de las chinelas chispeaban en un millar de rayos multicolores al arquear y doblar los pies para sacudirme los gusanos.

—Es un castigo maravilloso —dijo Lady Hartley—. Apela a la imaginación, y no sólo al cuerpo ¡Uf! ¡La baba sobre las delicadas chinelas y los relumbrantes guantes blancos de cabritilla! ¡No te da vergüenza de ti misma, Denise!

La interrumpí con un grito. Uno de los gusanos había penetrado por el interior de mi guante izquierdo y lo sentía agitarse en la piel de la palma. Era insoportable. Luego sentí que algo húmedo y blando reptaba por mis empeines. Los gusanos estaban ya en mis medias, devorando la seda y el encaje. Redoblé los gritos. Estremecí la silla con sacudidas frenéticas. ¡Y mientras tanto, las pulgas seguían picándome y torturándome!

Helen me contemplaba muy satisfecha. Estaba encantada del éxito de su extraño experimento. Oyó mis gritos y gemidos, contempló mi rostro cubierto de lágrimas y disfrutó de mi humillación y mis sufrimientos. Luego, con su amabilidad hipócrita, dijo:

—La lección que tienes que aprender, querida, es ésta: Si llevases botas altas y calcetines gruesos, no tendrías que preocuparte tanto de los gusanos. Y, en consecuencia, cuanto más elegante vayas más debes procurar ser obediente y recatada.

Interrumpí su sermón con un grito. Uno de los gusanos se había introducido por el calado y estaba dentro de la media, pegado a la carne. Era la última gota. Me dio un ataque de histeria. Reía, aullaba, lloraba... todo al mismo tiempo. Tenía la cara congestionada y era presa de convulsiones. Estaba enloqueciendo. Hasta a Lady Hartley le asustó mi aspecto.

—Ya ha sido castigo suficiente, Helen —dijo.

Helen cogió un tubito que tenía en un extremo una bolita de caucho. Apretó el tubo contra un pequeño agujero que había en el cristal cerrado con caucho, y que sólo se abría apretando por fuera. Llevando la bolita hasta el extremo del tubo, descargó en una caja tras otra un polvo insecticida muy potente que mató de inmediato a pulgas y gusanos. Luego, Phoebe me quitó las medias. Helen me liberó de los cepos, me quitaron los guantes, las chinelas y, junto con las medias, los colocaron en las cajas de cristal para destruirlos. Yo seguía sollozando amargamente, presa de convulsiones y escalofríos y torturado por la irritación producida por las picaduras de las pulgas.

Lady Hartley dio las buenas noches y se fue, con su hija, y Phoebe trajo una

palangana de agua caliente en la que habían echado ciertas yerbas y me lavó las manos hinchadas e inflamadas y los tobillos, y los pies.

—No hay razón alguna para que se ponga histérica, señorita Denise —dijo, con tosca cordialidad, mientras se arrodillaba a mis pies para lavarme—. Esta infusión le refrescará en seguida las piernas y le quitará la irritación, y mañana por la mañana no quedará ni una marca en su linda y blanca piel.

Hasta Helen estaba esta vez algo alarmada. Me trajo una gran copa de champán y me dijo:

—No comprendo cómo has podido hacerte tan blanda y tan femenina, cariño.

—Pero tú querías que me volviese blanda y femenina —dije entre sollozos—. Tú y la señorita Priscilla me mandasteis dos años a un colegio de chicas, y sabíais el sistema que aplicaban allí.

—Oh sí, cariño —dijo Helen, dándome una afectuosa palmada en los hombros—. Por supuesto, queríamos castigarte dándote, para siempre, el talle y los lindos pechos y la linda cara de una chica y para disfrutar nosotras luego vistiéndote con ropas elegantes que te sienten bien. Pero no esperábamos que el sistema resultase tan eficaz y consiguiese cambiar hasta tal punto tu carácter díscolo y altanero por esta actitud tímida y recatada de muchacha. En fin, así es, no hay duda. Te prometo que no volveremos a castigarte con las cajas de cristal, a menos que nos obligues a hacerlo y no tengamos más remedio.

—Gracias, Helen, gracias —dije agradecido.

Ya entonces advertí un cambio extraño y significativo en mí. No estaba furioso ni resentido porque me hubiesen castigado y hubiesen provocado mi ataque de histeria. Parecía reconocerle el derecho a hacer conmigo lo que quisiera.

La infusión de yerbas medicinales calmó la irritación; se desvaneció la histeria. Cesaron los sollozos. Phoebe me secó las piernas y me puso unas medias de seda nuevas y unas chinelas de satén y me levanté.

—Estoy muy cansado —dije—. Me voy a la cama.

—Antes de irte a la cama, Denise —dijo tranquilamente la señorita Priscilla—, tendrás una larga charla conmigo en mi gabinete.

—¡Oh, por favor, esta noche no! Estoy agotado.

La señorita Priscilla fue implacable.

—Mañana vestirás otra vez de caballero. Es necesario que hablemos mientras estás vestida de señorita.

Yo estaba exhausto por los castigos y las experiencias del día.

—Entonces llevaré ropa de chica un día más —dije.

Helen soltó una carcajada.

—Vamos, querida, no estás en condiciones de obligarnos a aceptar lo que propongas. Si llevas ropa de chica mañana, porque quieres, la llevarás todo el tiempo que quiera yo.

—¡Oh, Helen! —grité quejumbroso. No sabía qué hacer. La larga conversación

que debía tener con la señorita Priscilla me aterraba. Estaba demasiado cansado, no estaba en condiciones. Diría todo lo que ella quisiese que dijera. Por otra parte, si aceptaba que la charla se aplazase para el día siguiente, Helen podría tenerme vestido de mujer otro año más. Y tenía que ser un hombre. Tenía ante mí un futuro. Pero ante mis ojos se alzó la visión de la jovencita que había visto en el espejo, con su lindo rostro, sus bucles, su blanco cuello, su talle, su lindo vestido, sus manos enguantadas, sus pies con aquellas chinelitas de satén de tacones muy altos y hebillas de diamantes. Oh, no debía importarme que Helen me obligase a vestirme de chica un año más, y dije: «¡Muy bien! Acepto. La señorita Priscilla me dirá mañana lo que tenga que decirme y tú me obligarás a seguir vistiendo de chica hasta que quieras permitirme volver a ser un hombre». Me ruboricé. Helen resplandecía de gozo.

—Verás qué feliz vamos a hacerte, cariño —exclamó, besándome—. Esta misma noche, empezarás a darte cuenta de los privilegios de que disfruta una linda damita. Tendrás un libro para leer en la cama y podrás fumar un cigarrillo antes de apagar la luz.

Phoebe me llevó arriba, me desvistió, me bañó, me puso un camisón de encaje de batista con cintas color rosa de satén y me arropó en la cama. Luego, puso en la mesita un vaso de limonada y unas pastas, un paquete de cigarrillos y cerillas y mi novela.

—Tenga cuidado no prenda fuego a la casa, señorita Denise —dijo—. Y apague la luz antes de que se duerma.

Y así me dejó solo en mi lujoso lecho. ¡Qué cambio delicioso frente a los duros colchones y la disciplina estricta del colegio! Fumé el cigarrillo y leí la novela. Oh, no era tan malo, en realidad, ser una señorita.

Un día feliz, Mis botas nuevas. Humillado en una zapatería. Un catecismo con castigos intercalados. Me azotan, me esposan, me abofetean y me ponen en el cepo. La señorita Priscilla castiga mis pies calzados de satén. Cedo... una rendición abyecta. Me cuelgan en el aire y me azotan las piernas. Termino la jornada con Violet. Me apalean, con bastón y férula, y me vendan los ojos.

Desperté a la mañana siguiente, y el sol entraba a raudales por la ventana abierta, y Phoebe me traía una taza de té a la cama. Qué deliciosamente distinto era todo de la rígida severidad de mi vida en el colegio de chicas. El baño de suelo de mármol parecía un paraíso aquella mañana de verano. Se me permitió elegir vestido y Phoebe me vistió, a mi elección, una falda corta de paseo y chaqueta de seda blanca lisa con una blusa blanca de encaje de cuello bajo y redondo que dejaba el mío al aire. Con este traje fresco me puse unas medias de seda rosa claro y unos zapatos grises de ante con unos tacones cubanos moderados. Completaban el atuendo el cinturón de satén rosa, un gran sombrero de paja y guantes grises de ante hasta el codo. Bajé y di una vuelta por el jardín hasta que bajaron los demás. Luego, iniciamos un delicioso desayuno con fruta y panecillos tiernos.

Todo el mundo, desde Helen a Doris, fue amable conmigo en lo que pudo. Helen, claro está, seguía la política que se había marcado. Quería que yo disfrutase de mi vida de chica, que llegase a gustarme.

Después del desayuno, se llevaron a Doris en uno de los automóviles al colegio, que quedaba en una ciudad próxima. Yo me había liberado ya de aburridas lecciones y de tediosas horas en las aulas. Cogí el periódico y me senté en un mullido sillón del mirador con un cigarrillo. Violet, que era unos meses más pequeña que yo, se sentó a mi lado. Helen se nos unió con una sonrisa.

—¿Qué queréis hacer por la mañana, chicas? —preguntó—. No creo que queráis quedaros en casa, y me gustaría mucho, pues estoy muy ocupada, que bajaseis las dos en el coche al pueblo y me hicieseis unos recados.

—Será estupendo —exclamó Violet, y me miró sonriente—. Me encanta salir con la linda Denise.

—Entonces diré que preparen el coche para las once —dijo Helen—. Supongo

que no querréis que os acompañe una sirvienta. Ya encontraréis a alguien en el pueblo que os sostenga el caballo.

¡Qué cambio para mí! Durante dos años, sólo había salido con una tutora que nos hacía pasear de dos en dos y nos prohibía hablar. ¡Ahora, Violet y yo nos íbamos solas en coche! La libertad estaba mermada, desde luego, por cierta delicada tiranía que ejercía Violet.

Pero tan dulce era y tan encantadora, que a mí me entusiasmaba que me tiranizase. Por ejemplo, justo en el momento que íbamos a salir, vino y me dijo:

—Me gusta tu chaqueta y me gusta la falda, querida, muchísimo, pero tienes sombreros más bonitos que el que llevas, estoy segura, y, aunque imagino que esos zapatitos de ante gris y esos guantes deben ser muy cómodos, no me parecen lo bastante elegantes para que los lleves saliendo conmigo.

—Está bien, Violet —dije sonriente, y corrí a mi cuarto. Elegí un sombrero muy grande, con una cinta ancha de terciopelo blanco atada en un enorme lazo, y una hilera de rosas color rosa a juego con el cinturón. Me puse unas medias de seda transparentes blancas con unos zapatitos blancos nuevos de cabritilla satinada, con resplandecientes hebillas y tacones muy altos. En vez de los guantes de ante gris, me puse unos muy largos y finos de cabritilla satinada blanca que desaparecían bajo las mangas hasta el codo de mi chaqueta de seda blanca. Cogí también una sombrilla rosa y bajé corriendo con Violet.

—¿Estoy bien así, Violet? —pregunté.

Me examinó.

Alcé uno de los zapatos de cabritilla. Violet sonrió aprobatoriamente.

—Sí, las hebillas y los tacones altos te van muy bien, Denise. Ahora estás preciosa —me echó los brazos al cuello y me besó emocionada—. Eres una tonta, Denise, si quieres volver a ser hombre, porque, como chica, eres encantadora.

A la puerta había una doncella sujetando el caballo. Subimos. Violet cogió las riendas. Abrí la sombrilla y recorrimos el hermoso paisaje camino de las verjas. ¡Cómo disfrutaba yo de la luz del sol y el aire fresco y el campo tras llevar encerrado tanto tiempo!

El pueblo quedaba casi junto a las verjas de la finca, pero la finca misma tenía más de tres kilómetros de largo. Entramos en el pueblo y dejamos el caballo al cuidado de un chico.

—Cuidado con esos zapatos tan bonitos, Denise —dijo Violet cuando salí del coche—. ¡No los manches!

—Oh, el suelo está seco —dije.

Hicimos los recados de Helen y en cada casa que entramos fui recibiendo pruebas de lo mucho que a mí, a Evelyn Beryl, se le detestaba y temía. Estaban todos encantados con lo que Violet les dijo que yo iba a seguir más tiempo internado en el colegio de chicas.

Hubo una casa sobre todo, que recibió esta noticia con especial alegría. Una

viejecita llamada señora Pettigrew y su corpulenta y rolliza hija Lucy llevaban una lavandería en la que trabajaban seis chicas del pueblo, y en la que se lavaba toda la ropa blanca de nuestra casa (no la ropa interior de las damas, claro está).

Tiempo atrás, poco antes de irme al extranjero, debido a un comentario mío sobre la actitud insolente de Lucy hacia mí, mi padre les retiró el encargo de lavarnos la ropa. Y la señora Pettigrew estuvo a punto de arruinarse por ello y se habría arruinado del todo si Helen no hubiese vuelto a darle aquel trabajo. La señora Pettigrew me odiaba, naturalmente, y cuando Violet le dijo que yo iba a seguir en el colegio de niñas, se rió con malévolamente satisfacción: «Ése es el mejor consuelo que puede dárseles a todos los pobres de este pueblo» exclamó. «Es una santa la señorita Deverel por seguir teniéndole encerrado en ese colegio».

De pronto, abrió una puerta y nos mostró un horrible cuartito oscuro que había al fondo de la sala.

—Pero aquí es donde me gustaría tenerle vestido de chica —exclamó con fruición—. Me gustaría tenerle ahí toda su vida atado a una silla a pan y agua. Podríamos hacerlo además. ¡Dígaselo a la señorita Deverel, por favor, señorita! Yo y Lucy y las chicas de la lavandería, podríamos tenerle aquí vigilado, no se movería. No podría, con esto en las piernas.

Con una horrible risa alzó un cruel par de grilletes unidos por una cortísima cadena de hierro terriblemente gruesa. Me quedé aterrado. Había tal amenaza en su rostro, su voz era tan apasionada. Parecía una terrible bruja.

Miré asustado el cuartito oscuro.

—¡Oh! Eso sería un castigo espantoso —dije.

—Ah, usted no le conoce, señorita —contestó la señora Pettigrew—. Es su primo, según creo y no es tan bueno como usted, y perdóneme. ¡No hay señorito más cruel y retorcido! Ahí debiera de estar, en ese cuarto oscuro.

Entretanto, Violet había cogido los grilletes y me miraba malévolamente.

—Me gustaría verlos puestos en alguien —dijo, y los sopesó en las manos.

—Póngaselos a la señorita Denise en los tobillos, señora Pettigrew.

—Oh no —grité aterrado. En cuanto tuviese puestos los grilletes, a Violet podría ocurrírsele encerrarme en el cuarto oscuro. Retrocedí. Violet soltó una carcajada.

—¡De prisa, Denise!

—¡Oh, Violet!

—¡Obedéceme! Ven aquí.

Alcé la falda, con mis temblorosas manos enguantadas, pero la señora Pettigrew vino en mi auxilio.

—Estos grilletes hay que limpiarlos, señorita. Ensuciarían las lindas medias de seda de esta dama. Sería una vergüenza cerrarlos en pies tan delicados. Estoy segura de que esos zapatitos blancos nunca han pisado corazones de pobres.

La vieja vino hasta la puerta con nosotros.

—¡Dígale a la señorita Deverel lo de mi cuarto oscuro, señorita Violet! —nos

recordó—. Lucy, las chicas de la lavandería y yo podemos guardarlo aquí perfectamente vestido de chica.

Cuando salimos, Violet se echó a reír.

—Por poco no te escapas, Denise. Tenemos que procurar que sigas de chica. Ya lo ves. A todo el mundo le caes bien de chica, y de chico te odian todos.

—Pero Violet —dije—. Ahora seré completamente distinto. He recibido una buena lección.

Tan arrepentido y pesaroso parecía, que Violet, de pronto, me besó dulcemente en los labios.

—Pero ahora resultas deliciosa en todo, Denise —dijo—. Y, además, Helen quizás te tenga vestida de chica mucho tiempo. ¡Subamos!

Subí al coche y me senté frente a Violet. Cogió ella las riendas.

—Supongo que no querrás abrir la sombrilla, Denise —dijo—. Así que pon las manos a la espalda y junta tus lindos pies, con esas lindas hebillas al mismo nivel. Así.

Enrojecí, sonreí y obedecí. Volvimos luego a casa a almorzar, y allí Violet le explicó a Helen lo del cuarto oscuro y los grandes grilletes de la señora Pettigrew. Todos se rieron a carcajadas salvo yo. Empezaba a preguntarme si no sería más feliz de chica, al final. Después del almuerzo, Helen nos dijo a Violet y a mí:

—Quiero que vosotras dos vayáis al pueblo y compréis unas cosas para Denise. Hay una exposición de floricultura a la que podéis ir después si queréis tomar el té. Así que, hale, a ponerse guapas que yo diré que preparen el automóvil grande. Yo tengo que resolver unos asuntos de las casas nuevas.

—¿No puedo ayudar yo? —pregunté. Dado que la hacienda era mía, debía mirar por ella yo. Helen sonrió.

—¡Claro que no, querida! Corre a ponerte guapa.

Subí a mi cuarto humillado por sus palabras, pero la humillación no duró mucho. Violet y yo íbamos de compras. Íbamos a tener el coche grande para nosotros solos. Té en la exposición floral. Una deliciosa perspectiva. Me puse un vestido de cola precioso, de espumilla de seda de un rosa apagado, que me llegaba bien por debajo de las rodillas, con un pañuelo de tul y un sombrero azul coronado de rosas color rosa. Violet llevaba un traje de ninón gris oscuro con sombrero gris de satén. Y salimos en el lujoso automóvil al pueblo vecino.

—Enséñame los pies —dijo Violet. Alcé la falda.

—Lo que suponía —dijo—. No prestas atención suficiente a los pies, querida.

Protesté. Llevaba unos zapatos de charol preciosos con hebillas y unas cintas de seda negras atadas en grandes lazos sobre el empeine y medias negras de seda.

—Son unos zapatos preciosos —dije.

—Para la mañana, puede. ¿De cuánto es el tacón?

—No creo que tenga ni siete centímetros.

—Es poco.

—Pero Violet, no está bien llevar tacones tan altos.

—Tonterías —dijo Violet—. Para la tarde no hay nada mejor que unas botitas elegantes, limpias, bien ceñidas, de tacones muy altos y bien brillantes, de las que se abotonan en los tobillos en un momento. ¡Mira las mías!, —y estiró los pies y mostró unas botas elegantísimas—. Afortunadamente, vamos a recoger ahora unas nuevas que te han hecho para ti y te las pondrás para ir a la exposición floral, aunque no sé si debiéramos ir ya.

—¡Oh, Violet! —supliqué.

—No sé de dónde voy a sacar tiempo para castigarte por lo descuidada que eres con los pies, Denise. Procura que no vuelva a verte después del almuerzo sin unas elegantes botas.

Violet compró unos sombreros para ella y para mí y luego fuimos a ver a Binot, el zapatero de Helen.

—Venimos a recoger unas botas encargadas para esta joven. La señorita Denise Beryl —dijo Violet a la chica que nos atendió.

—Oh sí, señorita, unas botas muy bonitas de elegantes tacones. Por aquí, por favor.

Nos llevó arriba, a la sala de exposición de calzado de señora y sacó unas lindas botitas nuevas y relucientes de cabritilla satinada negra hasta el principio de las pantorrillas, y con los bordes rematados alrededor de los ojales. Me las puso y me las abotonó. Eran de una delicadísima hechura y me quedaban muy ajustadas, pero sin apretarme.

—Pero los tacones son demasiado altos.

—Me gustan —dijo Violet.

—Tienen poco más de diez centímetros —dijo tranquilamente la dependienta—. Póngase de pie, señorita, por favor —me levanté—. Pero si le quedan preciosas.

—No puedo llevarlas, Violet, de veras —gemí.

La dependienta me miró con acritud.

—Yo creo que a las señoritas perezosas que protestan por los tacones de unas botas tan lindas como éstas, habría que castigarlas.

—Y se la va a castigar —dijo Violet resueltamente.

—Ponte de pie encima de tu silla, Denise.

—¡Violet!

—¡Inmediatamente! Y alza el vestido hasta los tobillos.

Obedecí.

—Se la dejo aquí a su cargo, en esta posición —dijo Violet a la dependienta—. Volveré a por ella dentro de media hora. ¿Vigilará usted que no se mueva?

—Desde luego —dijo la dependienta, colocándome los pies con los tobillos juntos y las punteras separadas. Tuve que estar allí de pie en aquella silla media hora, y mientras entraban las clientes y se probaban botas. Todas preguntaban, naturalmente, qué hacía yo allí de pie en aquella silla, y la dependienta explicaba mi

falta.

Por fin volvió Violet y me llevó a la exposición de flores. Tomamos el té en una mesita del recinto.

—Enseña tus lindas botas, querida —dijo Violet—. Cruza los pies y adelántalos para que todo el mundo los vea. Ya puedes estar agradecida de que te haya llevado a esa zapatería.

Me ruboricé y dije: «Sí, Violet».

Era lo suficientemente femenina como para apreciar la admiración de los hombres y las miradas envidiosas y los comentarios despectivos de las mujeres. Volvimos en el coche a Beaumanoir, y jugamos al tenis hasta las seis con otras chicas que vinieron. Luego, Helen mandó recado de que me llevaran a su gabinete.

—¿Has pasado un día agradable, Denise? —preguntó afectuosamente.

—Oh, Helen, fue un día encantador —exclamé, besándola.

—Me alegro, cariño —dijo—. Ahora, corre a bañarte y a vestirte para la cena. Phoebe está ya esperándote. Yo saldré sola a cenar, pero antes de irme quiero verte vestida, lo más guapa posible. Phoebe te traerá a mi habitación.

Phoebe me bañó y me secó, deslizó en mis pies desnudos un par de chinelas de satén y me condujo de nuevo a mi dormitorio. Allí me puso y abrochó unos guantes nuevos de cabritilla, blancos y ceñidos, que eran maravillosos. Me llegaban realmente hasta los hombros y tenían botones a todo lo largo, hechos con brillantes pequeños, mientras que las costuras de atrás iban bordadas en plata. Me puso una ropa interior de lo más delicada, toda con muchas cintas de satén azul. Una tenue enagua, ajustados corsés de satén azul pálido y un vestido encantador de satén blanco cubierto de bordados en plata y diamantes. Sobre este vestido llevaba una túnica de chifón azul a través de la cual el satén bordado en plata espejeaba como agua. El corpiño era extraordinariamente descotado, las mangas simples tirantes de lentejuelas y diamantes, y a la izquierda del corpiño iba un ramillete de grandes rosas de té. La túnica me llegaba poco más abajo de la rodilla e iba allí recogida con un ramillete de las mismas rosas y terminaba en una cinta de satén azul que mantenía sujeto el vestido con una gran hebilla delante y atada atrás en un gran lazo. La falda quedaba tan prieta y se ceñía tanto a mi figura que era como si llevara las piernas atadas. Donde terminaba la túnica, seguía la falda de satén blanco que, con sus chispeantes bordados me llegaba casi hasta los pies. Llevaba con esto unas medias blancas de seda transparentes, delicadísimas, que permitían ver mi carne rosada, con encajes y bordados que, dado como era la falda se veía fácilmente. Las chinelas eran de satén blanco liso, de puntera afilada y de una hechura exquisita, sin lazos, pero con hebillas ovales de diamantes y tacones de unos diez centímetros. Ceñía mi pelo una cinta de satén azul. Y completaban aquel atuendo encantador pendientes de perlas y diamantes, una sarta de perlas por los hombros, un collar de diamantes con un medallón también de diamantes, al cuello, brazaletes de diamantes en las enguantadas muñecas. Phoebe me dio un abanico pequeño de encaje y marfil en que chispeaban

brillantes.

—Ahora ya está lista —dijo—. Y estoy muy orgullosa de usted, señorita Denise, he de confesárselo. Estese quieta.

Me echó uno de sus vigorosos brazos a la cintura y el otro por debajo de las rodillas y me alzó en el aire como si fuese una criaturita.

—¿Pero qué haces, Phoebe? —grité indignado, debatiéndome en sus brazos—. Ya no soy un niño. Déjame inmediatamente en el suelo.

Pero ella me sujetó más fuerte.

—Estese quieta, señorita Denise, y no diga tonterías, o la castigaré —dijo con dureza—. Yo obedezco órdenes. Ponga las manos atrás inmediatamente.

Manoteé con mis manos lujosamente enguantadas protestando, pero ante el tono perentorio de su voz, la obedecí.

—Eso está mejor —dijo—. ¡Ahora ponga los tobillos y los pies juntos! Arquee el empeine. Que se vean bien sus lindas chinelas con hebilla.

Volví a obedecer, rojo de vergüenza. ¡Y me contemplé en un espejo así, cogido en brazos, una damisela engalanada con un lindo vestido de noche! Sí, vi los pies de aquella chica, con sus chinelas de satén de tacón alto, obedientemente unidas, con los empeines arqueados y las piernas colgando del brazo de Phoebe. Y Phoebe me llevó por el pasillo hasta el dormitorio de Helen y llamó a la puerta con el pie. Abrió Leonce, la doncella francesa de Helen. Helen vestía un traje largo exquisito de chifón verde claro y satén blanco. Se volvió con una sonrisa e indicó una franja de cabritilla blanca entre dos espejos.

—Coloque a la señorita Denise de pie allí.

Phoebe me posó allí. Oh, nunca había estado tan elegante. Mi túnica azul con el vestido blanco de satén con bordados de plata, favorecía muchísimo mi piel blanca y mi hermoso cabello. Además, me sentía feliz. Tenía las mejillas sonrosadas, me chispeaban los ojos. Había pasado un día maravilloso de aire fresco, ejercicio y libertad y ahora estaba vestida para la cena, con mi delicada ropa interior y mi hermoso vestido. Tenía una sensación voluptuosa de bienestar y gozo. Mi vestido era lo bastante corto para que pudiesen verse los rosados empeines con las medias de seda blanca, tenues como telas de araña, y para mostrar mis pies que, con aquellas chinelas resplandecientes, sin bordados ni lazos, sólo con las grandes hebillas ovales de diamantes por adorno, parecían más finas y elegantes que nunca.

—Estás preciosa, querida —dijo Helen—. A ver que te vea lo bien que te mueves con ese vestido.

Leonce extendió en el suelo una franja de cabritilla blanca.

—No te salgas de esa franja —dijo Helen. La recorrí, di vuelta, la recorrí de nuevo, moviendo las punteras y haciendo chispear las hebillas. El vestido crujía de modo delicioso alrededor de mis tobillos y sólo podía dar pasitos muy cortos.

—La falda me queda tan ceñida que es como si tuviese atadas las piernas —dije, sonriendo a Helen—. Y los tacones Luis XV tienen un par de centímetros de más.

—Lo sé —contestó Helen—. Pero son preciosos. Y tampoco vas a ir a jugar al tenis con ese lindo vestido. Además, cariño, voy a atarte aún más fuerte.

Sonreía, radiante. Tenía en la mano una cinta blanca de satén con una hebilla de diamantes.

—Siéntate en esa silla, y dame tus lindos pies.

Había aprendido ya lo bastante para saber que la obediencia debía ser inmediata. Extendí los pies hacia Helen, que apoyó en el suelo una rodilla e hizo descansar mis pies sobre la otra.

—Pero Helen, ¿qué he hecho yo? —pregunté.

—Esto no es un castigo, querida —contestó, mientras con sus manos enguantadas ataba mis delicados tobillos—. Pero es muy importante, importantísimo, que no haya ni la más leve señal en las suelas blancas de estas nuevas chinelas de tacón tan lindas cuando hables con la tía Priscilla.

¿De qué me asombraba? Ajustó la brillante cinta alrededor de los cruzados tobillos marfileños y los ató delicadamente pero muy apretados. ¡Oh, qué sensación deliciosa! Me ardía la cara.

—Y ahora esto, para que no te ensucies los guantes —y me ató igual las manos.

—Bueno, cariño, ahora ya podemos estar seguras de que no andarás por ahí ensuciándote los zapatos —dijo—. Sé muy obediente con la tía Priscilla.

Y me besó y Phoebe me cogió de nuevo en brazos. Los voluptuosos escalofríos que recorrían mis venas se redoblaron. Mis blancos hombros y mi blanco pecho brotando de aquel delicioso escote, en brazos de Phoebe como una maravillosa muñeca... salvo que mi pecho se agitaba un tanto espasmódicamente. Phoebe, para no arrugarme o rasgarme el vestido, me había alzado la falda, de modo que no sólo se veían mis pies con las hebillas de diamantes y mis atados y cruzados tobillos sino las piernas cubiertas de seda hasta más de la mitad de las pantorrillas. Me pude contemplar en un espejo.

—¡Oh, Helen! —murmuré, los ojos perdidos en lánguidos y vagos anhelos. Me asediaban deseos que no entendía. En un solo suspiro se expresó todo un mundo de ellos. Helen sonrió. Era su política y deseaba mantenerme aquella noche, más que nunca, estimulado por apasionados anhelos. Y los provocaba, los estimulaba. Acarició mis piernas con manos enguantadas, deslizando las manos sobre las suaves y relumbrantes medias por dentro del vestido, hasta las rodillas y las ligas.

—¿Las ligas son de satén blanco con lazos grandes y hebillas, querida? —preguntó.

—Sí, Helen —contesté, ruborizándome.

—Te sientes muy feliz esta noche, ¿eh Denise?

—Oh sí, Helen.

Phoebe me bajó al salón y me colocó en un sofá con cojines en la espalda y me bajó el vestido para que me tapara los tobillos.

—¡Ahora quédese ahí quieta! No ponga los pies en el suelo, señorita Denise —

dijo.

—No lo haré, Phoebe.

Me dejaron solo y al cabo de unos minutos entró Violet, que estaba muy guapa, con un vestido blanco de ninón de soie. Se inclinó sobre el sofá y me miró. Asomó a su rostro una cálida sonrisa, luego un leve rubor. Con su mano enguantada, acarició mis chinelas de satén.

—¿Sabes, Denise, que estoy enamorándome de ti?... No porque seas un joven caballero, ni mucho menos, sino porque no lo eres, porque eres una chica. Estoy enamorada de ti como se enamoran las chicas entre sí —y tras esta extraña confesión que me excitó y me halagó, gritó—: ¡Oh, tiene las manos y los pies atados! ¡Qué maravilla! Déjame ver.

Me alzó el vestido y me preguntó por qué. Se lo expliqué.

—¿Y qué querrá hacerte esta noche la señorita Priscilla? —dijo lentamente—. Siento celos de ella.

Y bajó la cabeza y me besó en los labios, un beso largo y apasionado. Luego lanzó un suspiro de placer y sonrió.

—Violet, eso fue encantador —dije.

Se inclinó de nuevo apasionadamente, alzó mis pies atados y sentí sus cálidos labios sobre mis empeines. Oh, qué delicioso espasmo de emoción me estremeció. Aletearon mis manos, que tenía atadas delante, en sus relucientes y suaves guantes blancos de cabritilla. ¡Ooooh, cómo excitó aquello mis pasiones! Entraron entonces Doris y la señorita Priscilla, que vestía un vestido de seda negra de cuello alto y zapatos lisos de puntera cuadrada. Netta vino a decir que la cena estaba servida. Phoebe me llevó al comedor, me puso en una silla, me desató las manos. Debajo de mis pies atados colocaron un escabel forrado de limpiísimo satén blanco, y empezamos la cena. Cómo disfruté aquella cena. Tenía al lado a Violet, cuyos besos aún parecían quemar y cosquillear mis pies y que a veces dejaba caer la servilleta y se agachaba para recogerla y aprovechaba para darme un afectuoso apretón en las piernas o en las chinelas. Hasta la expresión de la señorita Priscilla parecía cordial. Volvieron a llevarme al salón donde nos permitieron a Violet y a mí un cigarrillo con el café. La señorita Priscilla se levantó:

—Mandaré a Phoebe que te lleve a mi gabinete dentro de cinco minutos, Denise —dijo—. Voy a comprobar si todo está listo. Mientras tanto, ponte los guantes y abotónatelos con cuidado. Quizás Violet quiera ayudarte.

—Claro que sí —exclamó Violet. Y se arrodilló junto al sofá y con dedos acariciadores me colocó los largos, delicados y resplandecientes guantes y me los abrochó hasta los hombros, alisándolos sobre mis brazos, para que no quedara ninguna arruga. Apretó luego mis manos apasionadamente.

—Me encantaría atártelas, igual que los pies, sólo que mucho más fuerte.

Enrojecí.

—Puedes hacerlo si te gusta —dije ansioso.

—Ahora no hay tiempo. Lo haré un día que estemos solas.

—Pero Violet, dijiste que me amabas —indicué, con una sonrisa. Ella frunció el ceño, perpleja.

—Claro que te amo, Denise. Sin embargo, sabes lo que me encantaría hacer. Me gustaría verte vestida exactamente como estás ahora, con ese hermoso traje de noche, atada en una silla en el cuarto oscuro de la señora Pettigrew, con las chinelas de satén con hebillas y esos delicados tobillos encadenados, y las chicas de la lavandería alimentándote con pan y agua.

Me puse escarlata.

—Oh, Violet, eso sería terrible —exclamé, ¡y sin embargo, la imagen que evocaban sus palabras me fascinaba extrañamente!

Por fin vino Phoebe a buscarme y me llevó al gabinete de la señorita Priscilla. Estaba amueblado estilo imperio, con una elegancia que no correspondía a la apariencia puritana de la señorita Priscilla. Ardía alegremente un pequeño fuego y, para que no hiciese demasiado calor en la habitación, estaba abierta la ventana a la noche de verano.

—Desátale los pies a la señorita Denise.

Me colocó de pie bajo un chorro de luz en un cuadrado de cabritilla blanca, entre dos grandes espejos, de modo que pudiese verme por delante y por detrás. La señorita Priscilla acercó una silla y se sentó frente a mí, pero un poco desplazada para no tapar mi imagen en los espejos. Phoebe salió de la habitación.

Yo estaba muy emocionado. Y también un poco asustado. Miré tímidamente a la señorita Priscilla. Ésta cruzó las piernas, mostrándome sus feos zapatos bajos y sus medias con bordados en hilo de Escocia.

—¡Alza el vestido, Denise! ¡Las manos a los lados de la falda! Álzalo delicadamente por encima de los tobillos. Así. ¡Pon muy juntos los tacones y pon las punteras hacia fuera! Así, muy bien. Ahora observa tu imagen en el espejo, mientras te hablo, y sobre todo no pierdas nunca de vista las hebillas de las chinelas ni esos hermosos tacones.

Me ruboricé y sonreí.

—Está bien, señorita Priscilla.

—¡Ahora escúchame, Denise! —continuó—. Llegará un día en que se te permitirá prescindir de tus lindos vestidos. A mí me parece una lástima, Helen y yo estamos decididas, sin embargo, a no permitir que recaigas de nuevo en tu díscola y ofensiva conducta, en tus modales impropios y en su actitud irrespetuosa.

—Estoy curada ya de eso, señorita Priscilla —dije humildemente.

—Quizás —dijo con mucha parsimonia—. Pero queremos asegurarnos de que es así. Es decir, de que siempre estarás dispuesta a someterte al dominio y la autoridad de las mujeres.

—¿Siempre? —pregunté desolado.

—Siempre.

Vacilé.

—¡Señorita Priscilla!

—Sí.

—Me parece natural que se me mantenga sometido —dije tímidamente—. Mientras siga llevando corsés como las chicas y guantes largos y pendientes, y collares de perlas y vestidos descotados, y ropa interior femenina con volantes, lindas enaguas, medias de seda y chinelas de satén de tacón alto. No protesto de que me imponga su disciplina una dama si estoy vestido así.

—Eso está mejor. Progresas, Denise.

—Pero cuando vuelva a ponerme pantalones sería indigno estar sometido a la autoridad de una mujer, sobre todo de una mujer joven como Helen.

—Puedes eludir fácilmente la indignidad siguiendo con tus chinelas de satén.

—Ya lo sé —dije débilmente—. Pero debo ser un hombre. Tengo que hacer una carrera.

La señorita Priscilla se echó a reír.

—Pero mientras tanto, Denise, incluso vestida de chica, con tus chinelas de satén, no eres tan obediente como dices que quieres ser. Me miras de frente, a la cara, en vez de mirar el reflejo de tus hebillas de diamantes.

Mis ojos buscaron los pies en el espejo.

—Lo siento muchísimo. Se me olvidó —dije, con humildad.

—Eso no es ninguna excusa, Denise —dijo sosegadamente la señorita Priscilla—. Recógete ese lindo vestido, hasta que te quede bien prieto por atrás, e inclínate.

Se levantó. La obedecí, rojo de vergüenza.

—No puedo pegarte con un bastón, Denise, rompería ese vestido tan frágil. Pero esto será igual de eficaz.

Y sacó una porra corta y muy gruesa, de goma, forrada de satén blanco. Era como el tolete de un guardia, pero flexible.

—Agáchate bien. La falda más tirante. Recógela bien con esas manos enguantadas, querida.

Oh, cómo me avergonzaba que me castigasen de aquel modo humillante, como si fuera un niño, con aquella ropa maravillosa, y, sin embargo, sentía al mismo tiempo un estremecimiento de placer sensual.

La señorita Priscilla pasó tranquilamente la mano por mi trasero, mientras yo me mantenía doblada, tensando aún más la falda resplandeciente y haciéndome recogerla y sujetarla con mis manos embutidas en elegantes guantes blancos, hasta que no quedó ni una arruga ni un pliegue.

—Castigaremos primero el globito de la derecha —dijo—. Uno, dos, tres, cuatro —y a cada palabra, danzó en mi trasero dolorosamente la elástica porra.

—¡Oh, oh! Señorita Priscilla. Duele más que el bastón. ¡Oh!

—Lo sé. ¡Quieta! Cinco, seis.

Mantenia sujeto a un lado su vestido con la mano izquierda. Yo veía sus

zapatones bajos y sus medias baratas. Qué extraordinario y raro parecía el que aquella flaca solterona tan humildemente vestida azotase el trasero de una hermosa chica lujosamente ataviada que estiraba su lindo vestido con enguantadas manos para recibir el castigo. Me golpeó metódicamente hacia arriba desde la parte inferior de las caderas y luego hacia abajo, desde la espalda. El dolor era intenso. Se me llenaron los ojos de lágrimas que rodaron por mis mejillas. Empecé a sollozar.

—Estás moviendo las chinelas de satén, Denise —dijo ella; se agachó y me juntó los talones con las manos—. ¡Cuidado con las hebillas de diamantes! Cada vez que relumbren, añadiré tres golpes más.

—Oh, señorita Priscilla —gemí—. Entonces áteme los tobillos, por favor. No puedo evitar moverme, me duele tanto.

—No te ataré los tobillos, Denise —dijo ella—. Tienes que estar absolutamente quieta por tu propia voluntad, mientras te castigan. Ahora el globito izquierdo. Uno, dos —lancé un grito.

—Tres, cuatro... Sí, éste es el sistema, Denise, para hacer recuperar el juicio a las damitas a la moda de lindos vestidos —zas, zas, mi trasero bailaba y se agitaba—. Esto te enseñará a ser obediente, linda Señorita Chinelas de Satén.

Paf, paf. Y fue machacando mi carne por igual, de arriba abajo y luego de lado a lado, zas, zas, caía la gruesa porra elástica sobre la fina y delicada falda.

—Las damitas de tacón alto —paf, paf—... mejoran todas con una buena zurra en sus carnecitas engréidas e impúdicas —paf, paf, paf, paf.

—¿Tendrás cuidado ahora con las hebillas de las chinelas?

—Oh sí, señorita Priscilla, lo tendré, lo tendré —gemí.

—¡Bueno!, —zas, zas, y por fin dejó la porra a un lado—. Ahora levántate, Denise.

Contempló gozosa mi rostro cubierto de lágrimas, mi pecho tembloroso.

—Puedes aflojar ya el vestido, pero que no te tape los tobillos.

—Sí, señorita Priscilla —dije entre sollozos.

—Y no olvides que no puedes mover esas lindas chinelas de tacón con hebillas.

Me enjugó las lágrimas con su pañuelo y volvió a sentarse.

—Seguiremos donde lo dejamos. Tienes que convertirte en una esclava voluntaria sometida a la autoridad de las mujeres. El único método seguro para conseguir esto es lograr que ames tu esclavitud. Es evidente que, en gran medida, te gusta ya. No hay duda de que te gusta que te castiguen vestida con lindos trajes, aunque el castigo signifique dolor y lágrimas. Pero para que ese amor y esa afición se conviertan en la influencia predominante de tu vida, es necesario obligarte a asociar mentalmente el supremo placer con una imagen de ti misma vestida por enguantadas manos de mujeres, con corsés y vestidos de chica, lindos guantes largos y medias de seda, elegantes chinelas de tacón y luego la deliciosa sensación de una ropa interior exquisita, con volantes de encaje. Así pues, responde a esta pregunta: «¿Has amado alguna vez a una mujer?».

—No, señorita Priscilla.

Cabeceó, muy satisfecha.

—¿Has gozado alguna vez de una mujer?

Me puse rojo de desconcierto. Además, percibía que contestar la verdad, «no», sería darle en cierto modo un dominio sobre mí que resultaría peligroso.

—No debe usted hacerme esas preguntas —dije.

La señorita Priscilla se levantó, sin perder el control ni un instante.

—¡Vuelve a agacharte, Denise! Esta vez alzaremos esa linda falda y te zurraré sobre esos delicados pantalones.

—Oh no, señorita Priscilla, contestaré.

—Después de que te haya zurrado, Denise.

La señorita Priscilla era implacable. Apenas se me habían secado las lágrimas, aún me ardía la piel terriblemente, pero hube de agacharme y sufrir nuevo castigo, más duro aún. Me incliné. Plácidamente, la señorita Priscilla me alzó la falda y me la echó sobre los hombros, dejando al aire mi gran protuberancia femenil y los pantalones de batista.

—Ahora levanta el vestido por delante hasta que se vean los volantes de las rodillas.

Obedecí sollozando. Ella volvió a coger la porra elástica y se colocó detrás de mí.

—¡Estate quieta, querida! ¿Ves reflejados en el espejo los tacones detrás de ti?

—Sí, señorita Priscilla.

—Fija los ojos en tus elegantes chinelas de satén, que te voy a dar una buena zurra.

Zas, zas, zas, zas, zas, la gruesa porra de goma danzó y saltó sobre mis pantalones de batista. Lancé un chillido. La porra magullaba mi carne tierna. Sentía un dolor y un escozor insoportables.

—Los pies quietos, Denise —zas, zas—, si no tendré que castigarlos también —zas, zas—. Para los lindos traseros de las damitas que calzan chinelas de satén, no hay nada mejor que la porra —zas, paf, paf, paf—. Arriba y abajo —zas, zas—. Oh, estos globos de muchacha estarán bailando todo lo que tú quieras, querida mía —zas, zas—. Bailarán hasta que los zapatitos con hebilla de la chica se estén quietos.

Siguió zurrándome hasta que aullé de dolor, y lloré a mares y mi blanco pecho jadeó entrecortadamente. Entonces, la señorita Priscilla cesó y me arregló cuidadosamente el vestido.

—¡Levántate ya, Denise! Sujeta la falda como antes. ¡Así!

Me secó de nuevo las lágrimas.

—Ahora respóndeme, Denise. ¿Has disfrutado alguna vez de una mujer?

Contesté entre sollozos:

—¡Jamás!

La señorita Priscilla sonrió con despectiva satisfacción.

—Ya me parecía a mí que difícilmente resultaría aceptable alguien tan femenino

como tú. Pero quiero estar segura. Si hubieses conocido a una mujer, querida, a Helen y a mí nos habría resultado mucho más difícil manejarte. No habríamos podido moldearte, ni asentar tu sometimiento de modo indeleble en tu carácter, lo mismo que sobre una página en blanco.

La señorita Priscilla se acomodó en su asiento con una expresión satisfecha. Me sentía singularmente indefenso. Me daba cuenta de que respondiese lo que respondiese, sus preguntas eran tan sutiles, que no haría sino convertirme cada vez más en esclavo suyo. Sin embargo, si no respondía, me castigaría cruelmente hasta que lo hiciese.

—Voy a pasar a otro tema, Denise. ¿Cuando admiras a las mujeres, qué es lo que más admiras de ellas? ¿Cuando piensas en ellas, en qué parte de ellas piensas?

Esto me asustó. No podía contestarle.

—Si no contestas de inmediato, Denise, te pondré unas bruñidas espositas de acero en esas delicadas manos enguantadas.

Me dio un vuelco el corazón. Me puse rojo... de placer. Veía las manecitas enguantadas que tan delicadamente sostenían recogido mi elegante traje. ¡Oh, si la señorita Priscilla me las esposara! Me invadió un anhelo divino. Contemplé mis chinelas de satén, con sus hebillas. Oh, que me esposaran calzando aquellas maravillas de cuento de hadas.

Me abrumaban las sensaciones más extrañas.

—Pero si me esposa —dije tímidamente, sin contestar a su pregunta—, no podré seguir sujetando el vestido.

—Te demostraré que te equivocas, Denise —y alzó unas relumbrantes esposas, unas delgadas y anchas bandas de acero unidas por una cadenita muy corta. Iba a esposarme de verdad. ¡Oh, qué deliciosa perspectiva!

—Deja caer la falda. Ahora junta las manos por delante, con las palmas unidas.

Coloqué inmediatamente brazos y manos como me decía, mis brazos cubiertos desde las yemas de los dedos hasta los hombros por aquellos guantes ceñidos y lisos de immaculada y relumbrante cabritilla.

La señorita Priscilla me cogió las manos y ajustó las relumbrantes esposas a mis muñecas. ¡Qué imagen estimulante contemplaron mis ojos febriles en el espejo! Una solterona de afilados rasgos, vestida de negro, con el aspecto con que yo imaginaba a las guardianas de las cárceles, encadenando las manos exquisitamente enguantadas de su linda y joven prisionera engalanada con su vestido descotado y sus chinelas de baile de blanco satén. Clic, clic, chasquearon las esposas. Estaba indefenso. Luego, la señorita Priscilla cogió una larga cadena con un gancho de muelle a cada extremo. Introdujo uno de los extremos en un eslabón de la esposa izquierda. Luego, alzándome la falda todo alrededor, de modo que quedaran visibles los tobillos, tiró de la cadena con firmeza, haciendo un círculo por debajo del ensanchamiento de los muslos y fijó el otro extremo de la cadena a la esposa de la derecha. La cadena lograba así tres cosas: Mantener bajas mis manos esposadas, atarme los muslos y

mantener alzada la falda. Mi imagen en el espejo me hizo reír. Me sentía, y parecía, tan deliciosamente indefenso. La señorita Priscilla volvió a sentarse y me miró plácidamente.

—Ahora, Denise, quizás quisieras decirme lo que admiras en las mujeres.

—Los pies y los tobillos —contesté avergonzado.

En los ojos de la señorita Priscilla relampagueó un brillo triunfal.

—¿Y con qué calzado, Denise?

Bajé la cabeza. Pero ya le había dicho tanto, que seguí:

—Con unas lindas botitas de charol abotonadas que tengan la cañas de cabritilla satinada y tacones altos Luis XV. Con unos elegantes zapatos de charol con cintas de satén atadas en lazos grandes en el empeine. Con chinelitas de satén de hebilla y tacones altos.

La señorita Priscilla asintió muy satisfecha.

—Es decir, con el calzado que te ponemos a ti.

—Sí, señorita Priscilla.

—Eso suponía, Denise, he estado observándote. Tú eres una *fétichiste du pied*.

¡Así que eso significaba la frase! ¡Qué bien me conocía la señorita Priscilla! Me sentí horriblemente avergonzado.

—Pero eso no es suficiente, Denise. No muevas tus lindos dedos. Deja esas manos encadenadas descansar quietas sobre tu lindo vestido. No he terminado todavía. La simple visión de unos lindos pies femeninos con elegantes botitas te atrae, te fascina, pero no despierta tus pasiones como se despertaron anoche cuando estuviste castigada en un rincón de cara a la pared. ¿Verdad?

—Sí, sí, es verdad —dije en un susurro—. Pero, por favor, señorita Priscilla, no me haga más preguntas: siento una vergüenza tan horrible.

—He de preguntarte —contestó ella implacable—. Debes recordar que eres un caballerito afeminado de enorme riqueza, enorme poder y unas responsabilidades para las que no tienes la menor aptitud, y que Helen y yo somos responsables de ti. Si alguna vez obtuvieses tu libertad, abusarías de tu poder. Por eso nos vemos obligadas a mantenerte sometido y con ese fin he de conocer yo todos los detalles de tu carácter. Puesto que las botas en los pies de las damas por sí solas no te excitan ni te emocionan, ¿qué es lo que te excita y te emociona? Dímelo inmediatamente.

—No puedo, señorita Priscilla —gemí, desesperado.

Se levantó calmamente.

—¡Alza la cabeza!

Obedecí. Llevaba unos guantes largos y blancos de cabritilla que parecían el uniforme de la casa. Cogió la punta de mi barbilla con los dedos de la mano izquierda y la sujetó con firmeza. Y con la palma derecha me dio un bofetón en la mejilla con todas sus fuerzas.

—Así que no quieres contestar, ¿eh?, —paf—. Eres una chica desobediente —paf—, impertinente —paf—, descarada —paf—.

—¡Ay, ay, ay! Esos guantes de cabritilla me hacen muchísimo daño, señorita Priscilla.

Pugné en vano por liberar la barbilla de sus dedos.

—Son para castigar esta cara —paf— tan linda —paf— y tan estúpida —paf, paf—. Veo que estas delicadas mejillas —paf— quieren un buen castigo.

Paf, paf, paf, paf.

—Ahora pondremos la otra tan roja como ésta.

Y empezó a pegarme en la mejilla izquierda del mismo modo. Y yo tenía las manos encadenadas a las piernas. No podía oponerme. Rompí a llorar del dolor que estaba padeciendo.

—¡Ay, señorita Priscilla, qué cruel es usted!

—¿Y por qué no contestas tú a mis preguntas?, —zas, zas—. ¡Qué lástima que tenga que abofetear esta cara tan linda y estropear tan delicado cutis!, —paf, paf, paf—. Tus chinelas de satén se mueven, querida —paf—. Tendré que centrar mi atención en esos delicados piecitos blancos dentro de un momento. —Zas, zas, zas, zas, zas—. ¡Así está bien! ¡Estás colorada como una lechera, niña tonta!

Volvió a sentarse y me quedé allí, gimiendo desvalido.

—¿Qué es lo que más te gusta y te cautiva, Denise?

La pregunta otra vez. ¡Ay, entre lágrimas, tuve que contestarle! Tuve que revelar aquel mundo de sueños, vergonzoso y hechizante, por el que yo solía vagar.

—Que las damas me obliguen a ponerme corsés, guantes largos, vestidos de chica y zapatitos y botitas de tacón alto.

—¿Nada más?

—Y que me castiguen con esas prendas puestas.

—¿Entonces estás disfrutando ahora?

—¡Oh, señorita Priscilla!

—¡Contesta!

—Sí.

—¿La idea, el pensamiento de que te pongas zapatos de tacón y corsés de chica y te castiguen con ellos puestos, te excitaba antes de que llegasen a hacerlo?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que era niño.

—¿Cuándo fue la primera vez?

Aquel horrible interrogatorio que me obligaba a revelar todas mis fantasías ocultas estaba destrozándome los nervios.

—Ya sabía yo, claro, que te encantaba que las mujeres te vistiesen con ropa de chica —continuó calmamente la señorita Priscilla. Y estaba atónito.

—¿Lo sabía usted?

—Lo sospechaba por tu actitud. No es infrecuente en los jóvenes afeminados. Pero es importante que me entere de cómo se te ocurrió esa idea por primera vez.

—Oh, señorita Priscilla, no puedo decírselo. Es una pregunta injusta. No contestaré —grité con súbita pasión.

—En tal caso —dijo mirándome con malévola sonrisa mientras se levantaba de la silla—, en tal caso, Señorita Chinelas de Satén, debo volver a abofetear esa linda carita.

—¡Oh no, señorita Priscilla, no puedo soportarlo! No me abofetee —me puse a gritar y, antes de que alzase siquiera la mano para tocarme, rompí a llorar y me volví.

—Quieta, Señorita Chinelas de Satén —dijo implacable viniendo hacia mí.

—No, no lo diré —gemí arduosamente y pateé furioso en la medida en que la cadena que rodeaba mis muslos me lo permitía, e intenté escapar. Me agarró inmediatamente, yo tenía las manos esposadas, nada podía hacer para evitarlo.

—¿Cómo te atreves a moverte? —preguntó, con una voz tranquila y dura que me aterró—. ¿Crees acaso que te engalanamos con esas medias de seda finísimas hechas especialmente para ti a diez guineas el par y te hacemos esos zapatos tan elegantes, con esas hebillas de la más exquisita hechura, y con esos elegantes tacones, para que te pongas a patear con ellos?

Ante su tono sosegado, mi cólera se desvaneció. Y me inundó una nueva riada de lágrimas.

—Oh, señorita Priscilla, no pretendía ser impertinente con usted. —Y me puse a sollozar y, en un arrebató de penitencia, yo, la elegante Señorita Chinelas de Satén, como me llamaba ella, hundí mi rostro en su pecho. Me abrazó, y acarició con suavidad mis blancos hombros desnudos.

—¡Calma, calma, Denise! —dijo suavemente—. No te tires así de las esposas, querida; no podrás quitártelas y lo único que conseguirás será estropear esos lindos guantes. Ven que te seque las lágrimas.

Y me las secó con su pañuelo, sujetándome afectuosamente entre sus brazos.

—¿Me perdona usted entonces? —dije, implorante.

Movió la cabeza.

—Hay que curarte, por tu propio bien, Denise, de esos absurdos arrebatos de pasión. Has de reconocer que es necesario que castigue tus pies ahora, antes de abofetearte.

—¡Castigar mis pies! —exclamé; y un extraño escalofrío de placer me recorrió, aun en aquel momento, mientras los contemplaba—. ¿Con esos zapatos y esas medias puestos?

—Sí.

En un rincón, junto al fuego, con el respaldo hacia la pared, había una silla tapizada de satén blanco y oro, una silla recia y firme, con brazos. Tenía adosados un par de cepos para las piernas. Me colocó en la silla, me alzó la falda y abrió los cepos.

—Pon las piernas en los cepos.

Los cepos eran de lustrosa caoba, con los agujeros forrados y almohadillados con satén, de modo que pudiesen sujetar bien las piernas y no romper, sin embargo, ni las

más delicadas medias de seda. Metí las piernas en los cepos. Ella los cerró y ajustó la placa superior y arrastró frente a mí uno de los grandes espejos de tres cuerpos. Pude ver así cómo salían mis tobillos y mis pies de los cepos con la deslumbrante elegancia de los tacones altos y las hebillas de diamante y el encaje y el satén y la seda. No había ni una sola marca en las blancas y flamantes suelas. Eran las chinelas de la muchacha adinerada que va a hacer su presentación en sociedad, y a mí me castigaban con ellas puestas.

La señorita Priscilla se arrodilló y tomó mi pie derecho en su mano y en un instante brotaron de mis labios agudos chillidos que resonaron en la habitación. La señorita Priscilla dobló hacia abajo el empeine hasta que a mí me pareció que se rompían los huesos. Luego, lo dobló hacia la derecha, hasta que a mí me pareció que me rompía el tobillo. Luego a la izquierda.

—Ay, señorita Priscilla, por favor, esto es espantoso. ¡Es una tortura! ¡Ay, oh, ay mi pie! Me ha dejado cojo para toda la vida.

Pero la señorita Priscilla era médico. Sabía exactamente hasta donde podía castigarme sin romperme los huesos o dislocarme un tendón. Luego, agarró la pierna justo por encima del tobillo con ambas manos y empezó a pellizcar mi carne tierna arrancándome alaridos. Luego, me sacó delicadamente las chinelas y golpeó mis plantas con una barba de ballena hasta que aullé de nuevo en una cegadora tormenta de lágrimas. Luego volvió a ponerme las chinelas y aplicó el mismo tratamiento al pie izquierdo. Me soltó a continuación las piernas y dijo:

—Tus pies tardarán en olvidar esta lección, Denise. ¡Levántate!

—Ay, es que me duelen mucho los pies.

Me levantó ella. El roce con el suelo me torturaba.

—Vuelve a tu sitio. ¿Te estarás quieta mientras te abofeteo?

—Sí, señorita Priscilla.

Y volvió a abofetearme cruelmente hasta que se me pusieron rojas las mejillas y creí que los sollozos iba a asfixiarme.

—Ahora, volveremos a nuestro asunto, Denise.

Y se sentó pausadamente en su silla.

—¿Cuándo sentiste por primera vez que querías que las damas te vistiesen como a una niña y te pegasen?

—Una vez que mi institutriz me puso sobre sus rodillas. Yo tenía siete años. Mientras me zurraba, yo miraba hacia abajo y vi justo debajo de mí sus pies, que eran muy bonitos y llevaba puestas unas botas muy elegantes de charol con botones, de tacones altos.

La señorita Priscilla cabeceó satisfecha.

—Ya suponía que habría sido algo así. Comprenderás ya, Denise, me imagino, por qué te vestimos con ropa de chica y por qué te sometemos a esta disciplina. ¡Si la sola idea te arrastra, cuánto más te arrastrará el hecho real! ¡Cuánto mejor podría subyugarte y mantenerte sometida!

Sí, de pronto, se me revelaba toda la terrible conjura que habían tramado aquellas dos mujeres para convertirme en su prisionero voluntario. Sin embargo, yo parecía incapaz de oponerme. La señorita Priscilla se levantó, me cogió por la cintura, me acarició el pecho.

—No vas a causarnos ningún problema, Señorita Chinelas de Satén.

Y me quitó las esposas y la cadena.

—Quédate quieta en el rincón hasta que yo te diga. De cara a la pared, las manos a la espalda y esos lindos tacones juntos.

Obedecí. Oí que andaba moviendo los muebles.

Me sacó del rincón donde estaba entre los dos espejos. Vi entonces un taburete alto de sólida caoba. Tenía en el asiento un cojín de satén blanco y en el borde había blancas cintas de satén para atar las piernas por encima de las rodillas. En la parte delantera del sólido taburete, había una barrita de acero con una anilla al final que sobresalía tres o cuatro centímetros, justo donde estarían los tobillos si alguien se sentara en el taburete, y un respaldo liso almohadillado con blanco satén y unos brazos que se extendían como los de una cruz atrás. Y a los extremos de los brazos había fijadas pequeñas esposas para mantener sujetos los brazos extendidos.

—Creo que puedes estirar más tus medias, Denise.

Me alzó la falda y estiró y tensó cuidadosamente las frágiles medias aun más y apretó las ligas.

—Ahora súbete al taburete.

Puso junto a él, para ayudarme, un pequeño escabel dorado.

Así que me subí al taburete y me senté con las piernas colgando. Ella se llevó el escabel. Luego, me ató por la cintura con una cinta blanca de satén, bien fuerte, al respaldo del taburete y, extendiendo mis brazos enguantados, los fijó a la cruz con las esposas. Yo la observaba tímidamente.

—No tienes por qué asustarte, Denise. No voy a hacerte daño.

Y me acarició el pecho con sus manos enguantadas y hasta me besó con sus labios correosos. Yo estaba excitadísimo. Esperaba con una ansiedad extraordinaria. Entonces, ella me alzó la falda por delante y por detrás hasta que quedaron al aire mis ligas blancas con los grandes lazos y las hebillas y los volantes de encaje de mis pantalones. Ató luego mis muslos, juntos, al borde del asiento, justo por encima de las ligas, de modo que las rodillas, mostrando el rosa delicado a través de la tenue tela de las tirantes medias, se proyectasen un poco fuera del asiento y me colgasen los pies libres de la barrita de acero y el anillo.

—¿Puedes moverlos? ¡Prueba!

A la luz brillante que se reflejaba en el espejo, pude ver las piernas torneadas que iban achicándose cubiertas de seda resplandeciente hasta los lindos tobillitos de marfil y los delicados pies exquisitamente calzados. Intenté moverlos.

—Sólo puedo mover los empeines, señorita Priscilla —dije, sonriendo—. Puedo hacer chispear las hebillas de los zapatos. Nada más.

—Eso no me importa que lo hagas, querida. ¡Mira tus hermosas piernas y tus lindos pies!

Cogió mis lindos pies con las chinelas de satén y empezó a acariciarlos igual que había acariciado mis pechos. Oh, la sensación y la visión de su mano, con aquellos guantes blancos de cabritilla, jugueteando delicadamente con mis relumbrantes chinelas de satén, limpiando manchas imaginarias de las hebillas chispeantes, jugueteando con los tacones, qué escalofríos de voluptuoso placer me recorrían.

—¿No te parece ridículo, Denise —dijo, con una voz suave e insinuante—, querer volver a las botas pesadas de los hombres cuando puedes atraer la admiración de todos con el brillo de tus hebillas de diamantes hacia la hermosa forma de tus pies y tobillos y la elegancia de tus zapatos y tus medias?

Sonreí y me ruboricé.

—Quizás lo sea, señorita Priscilla —murmuré tímidamente.

—Estoy segura, querida —dijo.

Sus manos iban subiendo por mis empeines, acariciándolos y pellizcándolos, pasaron luego a los tobillos, fueron subiendo por las suaves medias caladas, me pellizaron afectuosamente las pantorrillas, llegaron a las rodillas. Yo temblaba de la cabeza a los pies. Contemplaba mis piernas y mis pies con gozosa ansiedad. Había un espejo inclinado debajo de ellos de tal modo que las flamantes suelas blancas y los tacones forrados de satén se reflejaban en el gran cristal y yo podía verlos. ¡Oh, aquellas piernas suaves y torneadas con la temblorosa tela de araña de aquellas maravillosas y tirantes medias de seda, y la cinta de satén blanco atándolas por los delicados tobillos! ¡Oh, los piecitos con sus adornos femeninos, las elegantes chinelas de satén resplandeciente como la cinta que me ataba las rodillas, aquellas chinelas ligeras, frágiles, maravillosas, de bella puntera, con que las damas me calzaban como castigo! ¡Oh, los arqueados empeines, los altos tacones, estrechos y curvados! Las damas me los habían puesto como castigo. ¡Ooooh, las resplandecientes hebillas de diamantes! Las damas habían ordenado que las pusieran en las chinelas por mí, las habían cosido a las delicadas chinelas como enseña de sometimiento, y para atraer todas las miradas hacia la delicadeza de mis pies.

La señorita Priscilla pareció leer mis pensamientos. Mientras me acariciaba las rodillas, dijo:

—¿Acaso no teníamos derecho a vestirme como había que vestir a la muchacha encantadora que eres, Denise? ¿Por qué habrían de tratar las damas con un torpe joven de feos pantalones, pudiendo tener una muchachita de largo pelo y lindo corsé que camina por el salón con crujientes y ajustados vestidos de satén y chinelitas de satén con hebillas y tacones que son una indudable alegría para su vista?

—¿No teníamos derecho?

—Oh, sí, señorita Priscilla —murmuré lánguidamente.

—¿Y no teníamos derecho, después de engalanarte y ponerte los guantes y el corsé, no teníamos derecho acaso a coger esas piernas enfundadas en las medias de

seda y cruzar las lindas chinelas y atar los tobillos con cintas de satén, y a esposar las manos enguantadas?

Contemplé la imagen del espejo, la hermosa muchacha toda ruborosa, con una sonrisa sensual en sus rojos labios y con las chinelas blancas de satén de tacón alto con hebillas de diamantes ajustando tan perfectamente, sobre las resplandecientes y blancas medias de seda, atada con cintas de satén y esposada, a merced de aquella vieja flaca y reseca vestida de negro.

—Oh, sí, claro que tenían derecho —murmuré lánguidamente. Sus manos acariciantes me arrancaron la aceptación.

—Reflexiona —dijo ella—. Piensa que ninguna dama te castigaría así si estuvieses vestido como un jovencito. Si se te somete a esta degradación deliciosa, es porque llevas corsé y tienes un pecho curvado, blanco, y esos bucles y llevas esas chinelas de satén con esos tacones. ¿No te gusta estar sometida?

—¡Oh, me gusta, me gusta!

Y era yo, Dennis Beryl, aquel joven de inmensa fortuna y grandes ambiciones quien hablaba. Pero sus enguantadas manos me acariciaban. No podía responder otra cosa. Cedí mi voluntad, les cedí mi vida a ella y a Helen. Me incliné lo que me permitían las esposas y las ataduras. Estaba en éxtasis. Vivir vestido con aquellas chinelas de satén y aquel corsé, con las manos enguantadas sujetas por las esposas y los tobillos atados y aquellos maravillosos vestidos escotados... sí, aquella noche, gracias a las manos de la señorita Priscilla, aprendí que ésta era la vida de suprema alegría reservada para mí.

—¡Quiero seguir atado, quiero seguir llevando estos lindos vestidos! ¡Oh, gracias, señorita Priscilla!, —y me hundí en mi asiento con la cabeza baja.

Y la señorita Priscilla se levantó con un grito de triunfo. Y me liberó de mis ataduras, me condujo a un sofá y me echó allí de espaldas.

—Voy a taparte la cara —dijo, y sacó un pañuelo grande. Contempló con absoluto desprecio mi cuerpo extendido.

—Todo se ha acabado para ti ya. ¿Recuerdas cómo me fastidiabas con tu ropa sucia y tus pesadas y ruidosas botas? Se acabaron las botas ruidosas, Denise... ¡para siempre! En el futuro, sólo habrá cositas delicadas de charol con altos y delgados tacones. Hemos acabado con Evelyn Beryl.

Yo volvía flotando ya al mundo normal de los hombres y mujeres. Me sentía avergonzado. Me agité inquieto.

—Estate quieta.

Me tapó la cara y me dejó. La oí mover de nuevo muebles. Me arrancó el pañuelo de la cara.

—¡Levántate, Denise!

Donde había estado el taburete había ahora una silla y en la silla una soga dorada con un sólido gancho en el extremo que colgaba de una anilla fijada del techo. La soga había estado hasta entonces enrollada en un resplandeciente candelabro que

quedaba al lado de la anilla.

Me levanté. La señorita Priscilla me desató rápidamente el vestido por detrás, liberó mis brazos de los tirantes del vestido y dejó caer éste en ondulante exquisitez a mis pies. Le siguió mi delicada enagua.

—Oh, ¿qué me va a hacer? —gemí, quejumbroso.

—Voy a asegurar ciertas cosas, Denise —dijo significativamente, pero con tono muy amable, de nuevo.

Allí quedé pues de pie, con mi corsé y mi pantalón de volantes. La señorita Priscilla cogió dos tiras fuertes de seda blanca que estaban almohadilladas en el centro, que era más grueso.

—Abre las piernas, Denise.

—¡Ohhh, señorita Priscilla!

Las abrí. Me pasó las cintas entre los muslos; dio una vuelta por fuera de cada cadera y unió los cuatro extremos que tenían presillas al final de mi espalda. Haciéndome sujetarlos allí, me alzó la enagua y el vestido y, pasando las cuatro presillas por fuera de éste, donde se ataba por atrás, volvió a vestirme y me colocó bien el vestido. Así pues, tenía una sólida cinta de seda por debajo del vestido fijada en cada cadera, los extremos me caían por fuera del vestido hacia la mitad de la espalda, y quedaban sujetos allí en los broches del vestido.

—¡Ahora esas manos enguantadas a la espalda!

Y me puso en las muñecas las bruñidas esposas de acero y a su contacto volvió a mí la vieja y deliciosa sensación de estar indefenso en manos de una mujer.

La señorita Priscilla intensificó la sensación, pues me dio vuelta como a una muñeca, me sonrió muy cordial y dijo: «Estás muy guapa y seductora, Denise», y me alisó la falda.

De nuevo se alzaron en mí vagos anhelos y vagos deseos.

—¡Móntate en la silla, Denise!

Miré hacia abajo, desvalido, contemplé las relumbrantes hebillas de mis lindas y delicadas chinelas.

—Lo haría si pudiese, señorita Priscilla. Pero con las manos esposadas en la espalda, los tacones son demasiado finos y altos. Y tengo las medias tan tirantes que las rompería.

Me dio unas palmaditas en las mejillas.

—Yo no te pido que hagas cosas imposibles, Denise. Vamos, te ayudaré.

Y colocó el escabel dorado y me ayudó a subir. Luego, deslizó las cuatro presillas de las tiras de seda que quedaban por fuera del vestido sobre el gancho del extremo de la sólida sogá dorada. En cuanto consiguió hacer esto, la sogá pasó a sostenerme allí de pie en la silla. La señorita Priscilla me alzó luego la falda hasta las rodillas y, con un delicioso rumor de satén y chifón, lo recogió bien tenso atrás, fijándolo con una cinta de satén y dejando al aire mis piernas cubiertas de seda de los dedos de los pies a las rodillas.

—Ahora ataremos esos lindos tobillos. Junta las chinelas de satén, querida, hebilla con hebilla y tacón con tacón.

Y ató mis marfileñas rodillas deliciosamente juntas, mientras las cintas almohadilladas me sustentaban, con la cinta blanca de satén que ya había usado antes. Luego, arrimó otra silla y, subiéndose en ella, me pasó una sólida tira de satén azul, que hacía juego con la túnica de mi vestido, alrededor del pecho, y la ató atrás, enlazando la sogá dorada.

—Ahora un detallito final, Denise —dijo. Yo temblaba de emoción y de miedo.

¿Qué iba a hacer ahora la señorita Priscilla? Tenía miedo... pero más fuerte que el miedo era el gozo que sentía en aquella condición ignominiosa, con la presión de aquellas ligaduras rodeando mis muñecas cubiertas por aquellos guantes femeninos y mis pies enchinelados. La señorita Priscilla cogió un guante de cabritilla largo y nuevo.

—Te ayudará a mantenerte sometida, querida, el que asocies tu placer no sólo a tus pies atados y calzados con chinelas de satén, sino a damas con guantes blancos de cabritilla satinada. Quiero que su perfume se grabe en tu olfato.

Y ató el guante sobre mis labios amordazándome delicadamente.

—Así —dijo, mientras bajaba de la silla—. Ahora estás lista, cosa linda, con esas hermosísimas chinelas.

Apartó la silla y luego retiró la otra, sobre la que yo estaba. Quedé colgando y balanceándome frente al espejo a un extremo de la sogá dorada, allí en el aire, con toda la encantadora elegancia y finura de una damita a la moda arreglada para ir a un baile. Oh, qué espectáculo delicioso y extraño. Ya no tenía miedo. Las cintas de mis muslos estaban apretadas; también la sogá, y el ancho cinturón de satén azul que llevaba bajo el pecho y que rodeaba la sogá me mantenía erguido. Tampoco sentía dolor, las cintas de seda estaban almohadilladas en la parte en que me apretaban.

—Ahora, cariño, estira tus lindos pies hacia abajo, esas punteras delicadamente puntiagudas. Así —y me cogió por los empeines con sus enguantadas manos y arqueó mis pies deliciosamente.

—Ahora, querida —dijo, mientras deslizaba sus manos piernas arriba, pellizcándome acariciadoramente—, voy a azotar esas suaves y delicadas pantorrillas con esas medias de seda tenues y resplandecientes, con una fusta.

—¡Oh, señorita Priscilla! —murmuré jadeante a través de la mordaza. Nunca, jamás me sentí tan deliciosamente indefenso y desvalido como en aquel instante en que al mirar al espejo me vi atado de pies y manos colgando al extremo de una sogá con mi lindo vestido y mis pobres piernas, con sus delicadas medias y sus delicadas chinelas al aire, y la señorita Priscilla blandiendo en el aire su fusta de barba de ballena. La sensación de no tener nada bajo los pies era maravillosa. El aroma del guante de cabritilla que me tapaba la boca, embriagante.

—No pierdas de vista las hebillas de tus chinelas, querida, mientras te castigo, y estira los pies bien hacia abajo. Te gusta estar ahí colgada a mi merced, ¿verdad?

—¡Oh sí! ¡Me gusta, me gusta!

Me estremecían los más extraños escalofríos de voluptuoso placer. Tensé las manos para sentir más palpablemente las esposas de acero. Moví las punteras de las chinelas haciendo centellear así las hebillas para captar más plenamente, más arrobadamente, las ataduras de los tobillos.

—¡Allá va!, —y zas, la fusta mordió malévolamente mis pantorrillas. Lancé un grito de dolor. La fusta cayó de nuevo. Alcé las rodillas hasta el mentón en un espasmo de angustia.

—Denise querida, quiero que asocies el máximo goce, no sólo a tus elegancias de muchacha sino al dolor soportado mientras estás vestida con tus mejores galas. ¡Tres!, —y la barba de ballena se curvó por tercera vez alrededor de las piernas, mordéndome y quemándome. Oh, cómo pateé. Las relumbrantes chinelas chispearon en el aire como plata, las hebillas como llamas coloradas, y, de nuevo, cayó la fusta una y otra vez, la cruel fusta de barba de ballena. Empecé a gritar, a chillar, a sollozar, me giré y di vueltas al extremo de la soga, intentando en vano eludir los mordiscos de aquella fusta. Y luego, mis sollozos fueron apagándose. De un modo extraño, dejé de percibir el dolor salvo como delicioso testimonio de sometimiento. Me vi con el vestido y las chinelas de baile de una delicada y elegante damita girando en el vacío, al extremo de una soga, con el delicado vestido atado por encima de las rodillas mientras una flaca solterona toscamente vestida azotaba mis torneadas piernas embutidas en elegantes medias y firmemente atadas. Lo extraño de la situación me abrumaba. Estiré las puntas de los pies, estiré las piernas para recibir los golpes. Estaba en un séptimo cielo; dolor y placer se mezclaban inextricablemente. Por fin, la señorita Priscilla dejó la fusta.

—Basta ya —dijo, contemplando con manifiesto desprecio mi maltrecha y desvalida figura, elegantemente ataviada—. Creo que tu educación se ha completado, Denise.

Me ayudó a bajar, me quitó las cintas de los muslos, liberó mis piernas y mis manos, me quitó el guante de la boca, y enjugó mi rostro calenturiento. Me dio una copa de champán y luego, con un desdeñoso cachete en el trasero, me dijo: «Ahora mueve esos lindos piecitos y vuelve al salón».

Hice una profunda inclinación, muy avergonzado, y salí de allí. Pero el veneno corría por mis venas. Mientras bajaba las escaleras, el rumor del vestido, la sensación de que colgaba delicadamente alrededor de mis tobillos, las hebillas chispeantes, la ligereza de las chinelas, la sensación de aquellos tacones altos y finos, todo aquello, me hechizaba. Sí, y deseé seguir sometido así, como una chica maravillosamente engalanada.

Entré en el salón. Allí estaba Violet, sola, leyendo una novela en un sillón. ¡Qué guapa estaba con su vestido de ninón de soie y sus chinelitas! Oh, el veneno estaba en mis venas. Sí, porque desde el momento en que la vi joven y linda y delicada, ansí verme castigado por ella. La señorita Priscilla había hecho bien su tarea.

—Has tardado mucho —dijo Violet, malhumorada—. He estado aquí sola y me he aburrido.

Estaba enojada. Sonreí y me ruboricé.

—¿Qué te ha dicho la señorita Priscilla?, —era mi oportunidad y la aproveché.

Me senté en una silla, crucé las piernas y empecé a balancear indolentemente uno de mis pies enfundado en una linda chinela de satén.

—Debes descubrirlo tú misma, cariño —dije.

Sus ojos chispearon peligrosamente.

—No seas impertinente, Denise. ¡Y descruza esas piernas ahora mismo! Pon los tacones juntos y las punteras separadas y contéstame.

Balanceé mi pie aún más violentamente.

—Te aviso, Denise —dijo.

Empecé a desabotonarme un guante con una sonrisa impertinente.

—Muy bien. Tú te lo has buscado, Denise. Ve y traeme un bastón.

Me incorporé asustado.

—¿Un bastón?

Estaba horrorizado. No me proponía inducirla a que me aplicase un castigo tan severo. Aún me dolían mucho las piernas. No quería que me azotaran más.

—Encontrarás uno en la sala de castigos. ¡Vete a por él y tráelo rápido!

Se me ensombreció la cara.

—¡Oh, Violet!

—Es demasiado tarde para pedir clemencia, rápido —me levanté de mala gana. Traje un bastón. Oh, qué tonto había sido al provocarla.

—Pon los brazos en cruz. Los pies bien colocados —y zas, zas, zas, zas, el bastón cayó alternativamente en una y otra de mis dos manos enguantadas extendidas.

—Ya te enseñaré yo a no ser impertinente, Denise —paf, paf... Violet estaba furiosa, su lindo rostro estaba crispado de cólera.

—Oh, Violet, basta ya.

—Ni mucho menos —zas, zas, rompí a llorar; Violet lanzó una carcajada triunfal—. Así que no quieres poner los tacones juntos cuando te lo digo —zas, zas—. Y no quieres separar las puntas de las chinelas cuando te lo ordeno —zas, zas.

—Ay, Violet, lo haré, lo haré —gemí.

—Claro que lo harás —zas—. No frotes las rodillas —zas, zas—. Estate quieta, Señorita Tacones Altos —zas, zas, zas.

Bajó por fin el bastón.

—Las manos a la espalda.

Sacó entonces dos finos cordones blancos de seda. Y con uno de ellos, mientras mis hombros desnudos se estremecían con los sollozos, mi linda amiga me ató las manos con salvaje crueldad.

—Ahora arrodíllate en el sofá.

Me alzó la falda para ayudarme. Me arrodillé.

—Ahora quizás quieras ya poner juntos esos lindos pies y esos tobillitos.

Me ató los tobillos, dejando tacones y empeines firmemente unidos. Luego dijo: «Apóyate en el respaldo del sofá».

—Oh, no me pegues otra vez con el bastón.

—No, Denise, no voy a pegarte con el bastón —dijo con dureza, mientras alzaba la falda del lindo vestido y me bajaba los pantalones hasta las rodillas—. Ahora voy a pegarte con una varita de abedul... ¿Entiendes, tontita mía? Voy a golpear esta tierna carne blanca con una férula —y me dio un buen pellizco—. Voy a cubrirla de marcas rojas y de ronchas.

—Oh, Violet.

—¡Silencio!

Entró rápidamente en el cuarto de castigo y salió de nuevo con una terrible férula atada con un lazo rosa.

—¡Oh, Violet, no puedes ser tan cruel!

Corrió ágilmente hacia mí con sus chinelas de satén. Oh, una chica tan linda y tan joven no podía querer castigarme tan severamente por una falta tan insignificante.

—Agáchate bien —y blandió la férula y la hizo silbar en el aire. Yo estaba indefenso.

—¡Oh Violet! Si has de pegarme, cierra primero la puerta, por favor, y amordázame. Sé que chillaré, y sería tan triste que me viesan atado de pies y manos con un vestido de noche, que viesan como me pega una chica más joven que yo — dije, quejumbrosamente.

—No te lo mereces, Denise —dijo—. Pero te quiero mucho, cariño, y te ahorraré una humillación innecesaria.

Cerró la puerta, me amordazó meticulosamente y luego me dio un tierno beso.

—Lo siento, Denise, pero debo darte una buena paliza —dijo, y se colocó en posición. ¡Qué frío era el aire sobre mi piel desnuda, qué vergonzosa mi situación!

—¡Uno, dos, tres, cuatro!, —la férula silbó en el aire y mordió mi carne tierna. Habría gritado al primer golpe, de no haber estado amordazado. Tenía ya el trasero tan castigado.

—¿Es la primera vez que te pegan con una férula, Denise?

Asentí con un gesto.

—¡Oh Dios mío! ¡Un trasero virgen!, —zas, zas—. Qué delicia poder castigarlo —paf, zas, zas; era como una joven furia—. Me gustaría violar ese trasero, cariño —zas, zas—. Una violación normal, sabes —exclamó alegremente, y de nuevo cayó sobre mi la férula.

Me retorcí, me debatí, mi trasero danzaba y se encogía, tenía la cara cubierta de lágrimas.

—Este gordo traserito tan lindo y suave está ya todo rojo, queridita —zas, zas—. Pero antes de que acabe contigo, estará todo púrpura —zas, zas; su fuerza parecía aumentar a cada golpe—. ¡Un trasero como una luna púrpura para enseñar a tus

amistades!, —zas, zas, zas, zas—. Aún hay aquí un pedacito blanco —zas—. Y aquí otro —zas.

Me azotaba delicada y meticulosamente, sin llegar nunca a quebrar la piel, pero haciéndola hincharse, cubriéndola de moratones y ronchas. Y luego, una vez más, súbitamente, empezaron a disminuir mis sollozos, dejé de sentir dolor.

Estaba apoyado en el sofá. ¡Oh, oh! ¡Me estaban castigando vestido así, con mis medias de seda y mis chinelas de satén! Éste era el pensamiento que apagaba el dolor...

Violet terminó.

—Ahora, para dejar zanjada la cuestión como es debido, te daré seis golpes con el bastón en las finas suelas de tus lindas chinelas. —Yo no podía protestar, pero me debatí y forcejeé en mis ataduras. Violet cogió el bastón.

—Uno, dos, Ohhhh, no te preocupes, no romperé las chinelas. ¡Te daré sólo en las suelas, vanidosa y linda criatura! ¡Tres, cuatro! Sé que tu vanidad tiembla al pensar que pudieran estropearse tus lindas chinelas. Cinco, seis.

Me desató los pies y me quitó la mordaza. Me llevó luego ante un espejo, levantándome el vestido, pero aún con las muñecas atadas a la espalda, y me enseñó mi trasero. Oh, en qué espantoso estado me hallaba. Unos minutos antes blanco y lindo, y ahora era algo feo y descolorido, con renegrones de sangre coagulada y fajas púrpura. Notaba además una espantosa pesadez y el dolor me torturaba.

—Oh Violet —exclamé quejumbroso—. ¡Cómo pudiste hacerme esto!

—Era lo que tenía que hacer, era lo mejor para ti —dijo.

Me colocó de nuevo los pantalones, me arregló el vestido y me rodeó la cintura con sus brazos. Ya se había desvanecido toda su cólera. Miraba con ojos suaves mi afligido rostro. Me secó los ojos afectuosamente.

—Bésame, Denise querida. —Nuestros labios se unieron apasionadamente largo rato.

—¡Quieta ahí!

Volvió a colocar en su sitio la férula y el bastón. Luego abrió la puerta.

—Phoebe lo sabrá, sin duda, cuando te acueste —dijo—. Pero no tiene por qué saberlo nadie más. ¡Ven aquí!

Estaba doblando un gran pañuelo blanco. Crucé el cuarto hacia ella, tímidamente.

—No irás a castigarme más...

—No, cariño, voy a ver si puedes poner ahora unidos los tacones con las punteras separadas cuando yo te lo diga. Voy a vendarte los ojos y a colocarte de pie encima de una silla de cara a la pared, aquí al lado del sillón donde yo estoy sentada.

Me ruboricé... pero de placer. Me bailaban los ojos, sonreían solos mis labios. Violet me vendó los ojos con el pañuelo. Luego, me dio la vuelta, aplaudió encantada y me besó ardorosamente en los labios. Me condujo a la silla. Guió mis chinelitas de satén para que subiera a ella. Me colocó en posición. Luego, se sentó a mi lado en el sillón y reanudó la lectura de su libro. Estuve allí quieto una hora, con los ojos

vendados y las manos atadas, sintiendo de cuando en cuando su linda manita penetrar furtiva por debajo de la falda, tocarme los pies para asegurarse de que no los había movido, acariciarme los tobillos, jugar con las hebillas y los tacones de mis chinelas. La señorita Priscilla había hecho su trabajo bien aquella noche. Aquella hora fue una hora de bendición y placer.

Mi vida... mi rebelión. Se va Denise, llega la Señorita Tacones Altos. Una velada de humillación. Una terrible paliza. Mi corsé escarlata. El triunfo de Helen. Desaparece Evelyn. Una última escena después de dos años. El regreso del Baile. El libro termina con castigos y besos.

Helen tenía por política el hacer que mi vida de chica me encantase. Los meses siguientes fueron meses de placer enturbiado por ataques de pesar y remordimiento. Pero estos ataques no duraron mucho. Estaba rodeado de lujos. Me mimaban. Tenía lindos vestidos, un caballo para pasear, a Violet para acompañarme, exquisitas tiranías que soportar, bastante libertad y emocionantes castigos. La señorita Priscilla era sumamente diestra en sus maniobras, que perseguían el objetivo de mezclar placer y dolor en una confusión indiferenciable dentro de mi mente, de modo que no pudiese creer posible un gran placer sin que el dolor lo acompañase. Tal era su designio. Pues una vez que este convencimiento quedase implantado en mí, siempre desearía estar sometido a mis lindas tiranas. Así, recuerdo que le solté una impertinencia en una fiesta. Inmediatamente me llevó al coche y volvió a casa conmigo. Vestía yo un traje largo de cola de crepé de China gris oscuro, de tono nebuloso, con un gran sombrero gris de satén a juego adornado con plumas grises de avestruz y un lazo verde. Llevaba medias de seda negras y unas botitas abotonadas de charol, de tacón alto, muy lindas y recién estrenadas. La señorita Priscilla me llevó al cuarto de castigo, donde había una máquina de coser. Me ató los pies, con aquellas lindas botas puestas, a los pedales, arrastró y colocó ante mí un gran espejo y dijo:

—¡Ahora a trabajar, Señorita Tacones Altos! —empecé a accionar la máquina.

—¡Más deprisa! ¡Más rápido!

Obedecí. Pude ver en el espejo aquellos piecitos, pude ver cómo resplandecían al subir y bajar aquellas lindas botas, sufriendo el castigo.

—¡Más deprisa!

Los muslos me rozaban uno con otro. Tenía la cara roja, pero no sólo del ejercicio, y, entonces, en un delirio de pasión, los pies aceleraron su movimiento y brilló en mis ojos y en mis labios una extraña sonrisa. La señorita Priscilla me hizo seguir trabajando con la máquina de coser, engalanado con aquel lindo vestido y

aquellas elegantes botas, durante el resto de la tarde.

Pero debo dejar a un lado los incidentes de aquel período, la venganza de la hija de Lady Hartley, que estaba celosa, y que se vengó deliberadamente en Violet y en mí. El castigo de la bolsa de terciopelo, la máscara, el vestido corto, la lección de baile, la mostaza y las cataplasmas. Si mis lectores quieren saber más de las penalidades que mis tiranas y su ingenio inventaron, sólo tienen que decirlo y les complaceré.

Entre tanto, quiero apresurarme y llegar al final.

En el otoño, Helen dio un baile en Beaumanoir. Vestía yo para la ocasión un traje largo de terciopelo blanco liso, de exquisita hechura, que se ajustaba a mi figura como un guante y caía hasta mis pies en suaves pliegues resplandecientes. Llevaba a la cintura un cinturón de satén blanco. Chispeaban en mi blanco cuello y en mis blancos hombros, perlas y diamantes, que brillaban también alrededor de mis muñecas, cubiertas de guantes blancos, y destellaban entre mis bucles. Las medias, eran, por supuesto, de la más fina seda, y resplandecían como gemas, mientras las punteras de mis chinelas blancas de satén, que aquella noche tenían más de once centímetros de altura, resplandecían cuajadas de diamantes y estaban rematadas por unos lazos de lo más lindo, también de diamantes. Cuando me asomaban los pies por la punta del vestido, se veían dos chispeantes escuditos de diamantes. Cuando fui a que me viera Helen antes del baile, ésta me advirtió:

—Vendrá mucha gente al baile, Denise, y es muy probable que con tanta gente, haga mucho calor en el salón. Así que muchos saldrán al jardín o a la terraza entre baile y baile. Tú no debes hacerlo. ¡Recuérdalo bien! En una noche como ésta, puede haber ladrones rondando la casa, y tú llevas miles de libras en joyas. Sólo tus lindas chinelitas valen una fortuna.

Supongo que no te gustaría que te raptasen y robasen, ¿verdad Denise?

—No —contesté, con un escalofrío—. ¡Claro que no!

Sin embargo, desobedecí a Helen. En mitad del baile, salí a la terraza y fumé con Violet un furtivo cigarrillo. Y, cuando cruzaba la puerta de cristal para entrar en el salón, vi a Helen. Peor, ella me vio a mí. Me indicó que me acercase. Me cogió de la mano y me dio la vuelta, poniéndome a su lado de cara a la pared.

—Los tacones juntos, Denise, ahora mismo, y las manos a la espalda —murmuró con crueldad, y a Violet le dijo—: Tú a la cama ahora mismo.

La señorita Priscilla, que llevaba un vestido de satén malva oscuro con una camisita de encaje se unió a ella. Esperaron a que los invitados volviesen al salón. Entonces, Helen corrió el panel del cuarto de castigo y me empujó a su interior con brusquedad. Priscilla la siguió y cerró.

—Siento haberte desobedecido, Helen —balbucí.

Helen estaba furiosa.

—Amordázala —dijo implacable a la señorita Priscilla. Inmediatamente, un pañuelo de encaje tapó mi boca. Me sujetaron los codos y me ataron las manos por

delante con cintas de satén. Yo estaba asustadísimo. Helen furiosa. Pálida de cólera.

—¡Quieta! ¡Pon las piernas muy juntas, bien apretadas, Denise, y también los pies!

Obedecí. Las dos mujeres se agacharon y mientras la señorita Priscilla me recogía por detrás de las piernas el lindo vestido de terciopelo, Helen, con una gran aguja me lo cosió desde las caderas hasta los tobillos, estropeando el vestido y trabando mis piernas en una prieta funda de resplandeciente terciopelo blanco, que marcaba sus contornos. ¡Oh, ya no habría baile para mí aquella noche, pese a mis resplandecientes chinelas de satén!

Luego, mientras la señorita Priscilla me sujetaba, Helen me ató por los tobillos, que quedaban al descubierto, ató con fuerza, utilizando una cinta de satén, e hizo un furioso nudo.

Ardía un vivo fuego. Me colocaron en una silla delante de él y luego Helen se sentó a mi lado en un taburete.

—Cuida de que la señorita Denise no se caiga de la silla, tía —dijo con acritud.

La señorita Priscilla me sujetó firme por los hombros. Oh, ¿qué iban a hacer conmigo? ¡Estaba indefenso! Helen se agachó, me alzó las piernas, rígidas y desvalidas con su linda envoltura de brillante terciopelo y arrimó los atados pies, con sus chinelas cubiertas de diamantes, al fuego.

—Voy a enseñarles a estas lindas chinelas a caminar por donde yo les diga —exclamó, y sujetó mis piernas firmemente mientras el calor de las llamas torturaba mis pies. Me debatí, forcejeé.

—¡Sí, retuércete Denise! —dijo con crueldad—. Vas a adelantar mucho con eso.

La frente se me cubrió de sudor. Tenía las chinelas chamuscadas, los dedos de los pies encogidos dentro de ellas, los lazos de diamantes y las chispeantes punteras resplandecían y espejeaban. Estaba indefenso. Ni siquiera podía gritar. Las llamas casi tocaban las suelas de mis zapatos. El dolor era terrible. Cuando ya estaba a punto de desmayarme, me apartaron del fuego y me tumbaron en un sofá y allí me tuvieron durante el resto de la semana. Tardé una semana en recuperar el pleno uso de mis pies.

Poco después, vino a nuestra zona a pronunciar un discurso un político joven y prometedor que se había abierto camino sin influencias ni amistades. Fui con Helen y Violet y me senté en el estrado. El orador fue muy bien recibido e hizo un majestuoso discurso. Los vítores y el entusiasmo de la reunión me torturaron. Si él, sin ayuda, podía elevarse tan pronto hasta tal posición, qué espléndida carrera podría ser la mía, con todas mis ventajas. Volví a casa triste e irritado. Seguí a Helen a su gabinete.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —pregunté.

—¿Cuánto tiempo vais a seguir teniéndome con ropas de chica y a robarme mi posición?

Helen me miró con toda calma.

—Sólo el tiempo que tú deseas, cariño —dijo—. Te libraremos de tus ropas de

chica ahora mismo.

Yo llevaba un vestido de terciopelo negro muy lindo, adornado con grandes botones de satén, zapatos de charol con hebillas de plata, un sombrero negro, grande, con cintas azules de satén, que se ataba a un lado bajo la barbilla y guantes de cabritilla blancos largos. Helen me desnudó allí mismo y me lo quitó todo salvo el sombrero, los tres guantes, las medias negras de seda y las ligas y los zapatos de tacón. Luego, me ató fuertemente las manos a la espalda.

—Ven, Denise —dijo, cogiéndome de un brazo y abriendo la puerta y empujándome al pasillo. Yo estaba horriblemente avergonzado. Intenté ocultarme detrás de ella. Le pedí perdón.

—Demasiado tarde —dijo.

Me metió en el saloncito y me puso de cara a la pared en un rincón hasta que llegó la hora de vestirse para la cena.

—Hoy tenemos invitados a cenar, querida —dijo con aire burlón—. Te presentarás en ella como Evelyn Beryl y espero que te guste.

Phoebe me vistió con camisilla y pantalones de chica con grandes volantes de encaje, me puso un corsé más apretado de lo que solía llevarlo, guantes de cabritilla blanca hasta los hombros, un corpiño muy descotado de satén blanco y encaje, braguitas muy ceñidas de terciopelo negro hasta medio muslo y ceñidas allí con hebillas de diamantes y grandes botones enjoyados, dejando al descubierto los volantes de los pantalones. Luego, medias negras transparentes sujetas, muy tirantes, al corsé, y adornadas con grandes ligas de lazo con muchos frunces, de satén azul, justo sobre las rodillas, que los volantes de mis calzones exponían constantemente, y resplandecientes chinelas de charol de chica con hebillas de diamantes y tacones escarlata Luis XV de más de doce centímetros. Una chaquetilla de manga corta de terciopelo negro ajustaba ceñida mi encorsetada cintura, una chaquetilla como las de los cuadros de Fragonard, forrada en satén blanco y con botones enjoyados. Abierta por delante, mostraba mi descotada blusa, el opulento pecho, mi cuello de chica. El pelo lo llevaba hacia atrás en largos y relucientes bucles, apartado de la cara con una cinta blanca de satén atada en un enorme lazo. Llevaba también un cinturón blanco de satén con un gran lazo y una hebilla de diamantes sobre la cadera izquierda, un sombrero grande de chica, de satén azul, pendientes, collares y brazaletes. Y lo hacía todo más humillante un horrible adorno que llevaba delante de las prietas braguitas. Un gran lazo de satén negro pasaba a través de una gran hebilla oval de rubíes que resplandecía como fuego sobre el suave brillo del terciopelo negro.

Phoebe y Netta me arrastraron entre carcajadas con aquel humillante atuendo por los pasillos de mi propia casa, hasta la habitación de Helen.

Lloraba y lloraba. Helen me encadenó las manos a la espalda, fijó unos pequeños grilletes negros de bruñido acero en mis tobillos. Iba deliciosamente vestida, de satén rosa.

—Date la vuelta, Señorita Tacones Altos —dijo, con dureza.

—Éste será tu nombre en el futuro: Señorita Evelyn Tacones Altos; y sólo se te conocerá por ese nombre. Date la vuelta y déjame ver si están derechas las costuras de tus lindas medias.

Me mostró mi imagen en los espejos. Parecía una chica bastante crecida ya, vestida para algún fantástico baile de máscaras.

—¡Oh, Helen! —gemí—. No puedes presentarme ante la gente vestido así. Prometiste vestirme de chico.

—Desde luego, Evelyn, no estás vestida como una damita, ya lo sé —dijo, con una carcajada—. Las damitas no enseñan los volantes de los pantalones, ni tanta linda media. Ni llevan unos tacones de color escarlata tan chillones y altos como los tuyos. Sólo las mujeres que no son como es debido y los caballeritos afeminados que sufren castigo llevan tacones de más de doce centímetros en sus lindos zapatos.

—Pero esta hebilla aquí delante... oh, es horrible.

—Llevarás eso, querida, como símbolo de tu sometimiento a mi sexo, como símbolo de que el sexo de la mujer se ha impuesto sobre tu sexo.

Esposado y con grilletes, y ataviado con aquella indumentaria, me bajaron, en brazos de Phoebe, al salón y allí me presentaron a mis vecinos, reunidos para la cena. Casi me muero de vergüenza. Llovieron las felicitaciones sobre Helen.

—¡Qué triunfo! —exclamó la señora Dawson, la esposa del vicario—. Se parece muchísimo a Denise.

—Sí, ojalá pudiera haber estado aquí Denise —dijo Helen—, para compararles. Pero esta tarde se ha ido a casa de su tía, donde me temo que no lo pasa muy bien.

Las damas se apiñaron a mi alrededor, los hombres soltaban despectivas risotadas.

—Me parece que los grilletes y las esposas son un complemento perfecto del traje —dijo Lady Hartley.

El viejo general *détraqué* se agachó y me tanteó los pies.

—Es un calzado precioso —dijo—. Los zapatos de tacón alto, de chica, son algo excelente para los jovencitos caprichosos y desobedientes.

—Desde luego, nunca ha estado tan lindo —dijo Guy Repton con una risilla—. Sin duda debería estar muy agradecido a su joven hermanastra por el cuidado con que le ha vestido y ha moldeado su figura.

Y así hablaban de mí. Y yo seguía allí, rojo de vergüenza. Durante la cena, me hicieron colocarme de pie en el centro de la mesa, delante de todos, con los tacones juntos y sólo me permitieron comer cuando tomaban los postres. Después de la cena, fui, torpe y tambaleante debido a los grilletes, al salón, con las damas. Helen me colocó en una silla con los pies apoyados en un escabel de satén y me dio un bordado para que trabajara con mis manos enguantadas y me dijo que no abriese la boca y trabajase duro.

A las diez, me quitó el bordado.

—No debes estropear esos lindos ojos, cariño —dijo—. No debes leer ningún

libro, porque ensuciarías esos lindos guantes blancos de cabritilla con la cubierta, y no debes bailar, porque tus tacones escarlata son demasiado altos. Lo mejor será que vengas conmigo. ¿Vienes tú también, Violet?

Helen corrió el panel del cuarto de castigo y me hizo tumbarme boca abajo en una turca de satén blanco. Me colocó bajo el pecho un cojín blanco de satén, para levantármelo.

—Mantén la cabeza en alto, Evelyn Tacones Altos. Así.

Y sacó una tirilla de charol y me ató con firmeza las enguantadas manos a la espalda. Luego, alzó cuidadosamente los volantes de encaje y me ató las piernas juntas por encima de las rodillas. Con una tercera tirilla de charol, me ató los tobillos. Por último, con una cuarta tira, me ató los pies por atrás a las manos del modo más doloroso.

—Violet, tú has de procurar que la Señorita Tacones Altos mantenga la cara alzada y no se mueva.

Violet cogió un libro y se sentó en un cómodo sillón junto a la turca.

Yo estaba en posición tan forzada y humillante que no podía estarme quieto, y mantener la cabeza así hacia atrás, y la cara alzada, me destrozaba el cuello. Sin embargo, si me movía, Violet me pellizcaba implacable en las pantorrillas, y si bajaba la cara para aliviar el cuello, me tiraba de las orejas hasta que me zumbaba la cabeza.

—Creí que me querías, Violet —dije.

—A quien yo quiero es a una amiguita muy linda que tengo, que se llama Denise —replicó con frialdad—. ¿Te gusta ser un hombre, Señorita Tacones Altos? ¡Esas chinelitas quietas! ¿Verdad que no es tan gozoso lo de ser un hombre? Habrías hecho mejor siguiendo de chica. Estás guapísimo con tus braguitas de terciopelo, pero eso es porque tienes tipo de chica, y cara, manos y pies de chica.

Al cabo de una hora, volvieron Helen y la señorita Priscilla, mandaron a la cama a Violet y me bajaron las bragas.

—¡Empezarás tu nueva carrera como caballero de tacones altos con una buena zurra! —dijo Helen.

Me tumbaron boca abajo en una turca, hicieron correr la rueda a lo largo del pecho hasta que la sogá quedó colgando sobre mis pies. Sustituyeron la cinta de charol por otra de seda que me ataba con fuerza los tobillos. Luego, fijaron esta cinta al gancho del extremo de la sogá y, accionando una palanca en la pared, la sogá fue subiendo hasta que quedé colgado cabeza abajo en el aire. En esa postura, Helen me azotó con la férula hasta que creí que me iba a estallar la cabeza. Por fin me bajaron, me quitaron las bragas y me tumbaron de nuevo boca abajo en la turca. Me doblaron las piernas por atrás y me ataron el pie derecho al enguantado codo derecho, el izquierdo al izquierdo, las manos, por supuesto, aún atadas a la espalda. Luego, me apartaron los muslos y los fijaron en esa posición. Helen cogió entonces una nueva férula. Estaba maravillosa con su exquisito vestido de satén rosa, sus chinelitas de satén asomando inquietas bajo la falda, la cara roja y radiante de gozo. Se colocó a mi

lado de espaldas a mi cabeza. Y cogiendo delicadamente mi pie izquierdo atado atrás con su mano izquierda, me golpeó entre los muslos.

Grité pidiendo clemencia.

—Es mejor que recibas una buena paliza esta noche —dijo—. El recuerdo le ahorrará a mi linda Señorita Tacones Altos muchas zurras en el futuro.

La férula me mordía una y otra vez entre los muslos, sus mordeduras iban subiendo hacia el vientre por debajo y torturando angustiosamente las zonas más tiernas de mi cuerpo.

Luego, me liberó.

—Ponte otra vez las bragas, Evelyn.

Retorciéndome de dolor, me quité las chinelas.

No podría haberme puesto aquellas bragas tan ceñidas con los tacones altos, me puse pues las bragas y los pantalones y la señorita Priscilla me los colocó y me los abrochó en los muslos. Luego, me quitó el corsé y la camisilla, dejándome desnudo de cintura para arriba. Había en las paredes algunos paneles de espejo. Qué extraño parecía reflejado en ellos, las chinelas con hebillas, las medias de seda, los volantes, las lindas braguitas de terciopelo negro de enjoyados botones y brotando de ellas blanco pecho y hombros de chica.

Me tumbaron en la turca que tenía en un extremo un par de cepos. Me pusieron boca abajo, y me colocaron los tobillos en los cepos y me ataron las manos a las patas de la turca.

—Ahora te toca a ti, tía —dijo Helen a la señorita Priscilla.

Yo sollozaba como si fuese a rompérseme el corazón.

Me ardían los muslos.

—Oh, basta ya, por favor.

Helen se sentó frente a mí y acarició mi rostro cubierto de lágrimas con dedos juguetones.

—Vas a ponerte un corsé escarlata que te irá estupendamente con tus lindas braguitas de terciopelo negro, verás. Será un corsé descotado y muy ceñido y te lo va a hacer la propia tía Priscilla con la férula, no estoy segura de que no fuese mejor que el corsé te llegase hasta el cuello, en fin, ya veremos. Adelante, tía.

La señorita Priscilla cogió una férula nueva, larga y flexible y espantosa. La blandió en el aire y luego empezó a machacarme la espalda de izquierda a derecha y después de derecha a izquierda, evitando cuidadosamente la piel de los hombros que quedaría al aire con un vestido de noche.

Forcejeé y aullé y gemí.

—¡Ay, es espantoso! ¡Es intolerable! ¡Oh, podéis llevaros toda mi fortuna, convertirme en un mendigo! ¡Pero no me torturéis! ¡Oh, ooooh! ¡Aaaah! ¡Aaaaaaah!

Helen se reía. De pronto, alzó su encantadora chinelita rosa de satén hasta mi boca.

—¡Bésame el pie, cariño!

Obedecí. El contacto de su cálido y lindo pie en mis labios hizo que casi olvidara el dolor.

—Esto ya está —dijo la señorita Priscilla. Me soltó las manos y me las ató a la espalda. No podía oponerme. Temblaba y jadeaba y me estremecía entre sollozos. Pero no tenían piedad de mí. Me pusieron de espaldas y entonces la señorita Priscilla empezó a pegarme en el vientre. Fue un espantoso calvario. Cuando me soltó, yo temblaba de pies a cabeza, me castañeteaban los dientes, estaba al borde del desmayo.

—No hagas ninguna tontería, Señorita Tacones Altos —dijo Helen con dureza.

—Ponte bien derecha ahí con tus lindas chinelas y tus braguitas de terciopelo.

Me dio un poco de champán y coñac. Luego, cogió una pequeña fusta.

—¡Oooh, no, más no!

—Te enseñaremos a obedecer, querida —zas—. Toma, ahí va otro —zas, zas—. Te dejaremos como un guante. Toda tu fortuna —zas, zas—. Todas tus joyas —zas, zas—. Todas tus lindas ropas y tus zapatitos de tacón no te salvarán —zas, zas.

Y siguió dándome vueltas, buscando en mi cuerpo zonas blancas, sin golpear. Cuando encontraba una, la machacaba hasta ponerla a tono con el resto.

—Ya tienes tu lindo corsé escarlata —dijo besándome despectivamente. Llamaron a Phoebe, que me llevó al piso de arriba gimiendo amargamente, semidesnudo como estaba, y me acostó.

Estuve en la cama diez días pensando... pensando mucho. Al undécimo día, pude ya llevar de nuevo corsé. Me permitieron levantarme. Era de noche, después de la cena. Vestía un maravilloso traje de satén azul clarísimo, corpiño descotado, un cinturón con largas tiras ribeteadas de oro, que me llegaban hasta los tacones de los zapatos, y un gran lazo a la espalda, braguitas cortas de satén con una hebilla de rubíes delante y broches de diamante en los muslos, con los volantes de los pantalones (que eran también cortos y no me tapaban las rodillas) flotando, medias de seda caladas y chinelas de satén cubiertas de diamantes y con lazos de diamantes además, y tacones de más de doce centímetros; y, por supuesto, largos guantes blancos de cabritilla.

Me llevaron a presencia de Helen. Me besó afectuosamente. Esto me animó a decir:

—¡Helen, por favor, no me vistas así!

—Pero si me gustas mucho así —dijo, llevándome ante un gran espejo—. Estate quieta aquí, con tus lindas chinelitas juntas. Estás elegantísima, cariño, con esos rizos hasta la cintura y esa figura distinguida ceñida de satén azul.

—Pero no puedo salir así vestido.

—Es un traje de noche, cariño. Puedes salir con tus braguitas de terciopelo, tus botitas abotonadas de charol.

—Pero todos se reirían de mí.

—Creo que descubrirías que, así vestida, te querrían mucho más, cariño —

contestó Helen con una sonrisa.

—Pero ¿cuándo podré volver a llevar pantalones de caballero?

—Nunca —dijo con firmeza Helen. Se sentó. La miré sobrecogido.

—¿Nunca?

—Claro que no. ¿Cómo vas a llevar pantalones de caballero con esas caderas y esa cintura, y ese lindo trasero?

—Pero es el corsé lo que aumenta su aspecto femenino —dije, ruborizándome profundamente.

—Sin duda, pero nunca podrás librarte de tu corsé, querida. Recuerda que tienes pechos de muchacha. Tienes que sostenerlos, si no se te estropearía el tipo en seguida. Sería ridículo dejarte llevar pantalones. Así estás preciosa. Con pantalones, parecerías absurda y además, cariño, sería algo impropio.

Enrojecí confuso.

—Sí —continuó Helen—. Yo soy responsables de tu buen nombre. No podrá ser. Nunca.

Comprendí que era inútil insistir. Además, aceptaba que había cierta verdad en sus comentarios. Entre ella y la señorita Priscilla, se habían tomado su venganza. Yo había heredado la fortuna de mi padre y, a cambio, ellas me habían convertido irremediabilmente en chica.

Caí de rodillas ante Helen, tal como ella misma me había profetizado que haría.

—Entonces, Helen... he estado pensando. Es mejor que Evelyn Beryl desaparezca para siempre.

Vi en su mirada un destello de triunfo.

—¡Que muera! Tú te convertirás en la señora de la casa. Que Denise vuelva contigo. Nunca me casaré. Nunca llevaré pantalones. Nunca asumiré el control. Pero concededme libertad, la libertad de una chica.

Helen me besó apasionadamente. Ella me había conducido a aquello.

—Te haré muy feliz, Denise —dijo—. Verás lo bien vestida que te llevaré siempre. Tendrás a Violet, tendrás tus amistades, tus diversiones.

Así quedó acordado. Con la ayuda de Guy Repton y del abogado de Helen, y también de mi enorme fortuna, se arregló todo fácilmente. Me llevaron vestido de chica, al cargo de la señorita Priscilla, a una casita solitaria de la costa. Helen comunicó que me había trasladado a una universidad alemana a completar mis estudios. Se pagó a un estudiante que estaba muriéndose de tuberculosis, de familia muy pobre (y a sus padres también) para que asumiese mi nombre. Murió y fue incinerado como Dennis Evelyn Beryl. Podéis ver mi tumba, si lo deseáis, en un pequeño cementerio de Bonn.

Helen fue a Alemania al funeral. Nadie planteó ningún problema ni sospechó el engaño. El abogado de Helen fue convenientemente compensado. En mis fincas, los campesinos estaban encantados de que ella fuese la verdadera propietaria y el ama. A su regreso, comunicó que iba a instalar en su casa a Denise Beryl en memoria del

pobre Evelyn. Denise se había hecho popular. Fue bien recibida. Volví como chica. Violet estaba encantada. ¿Y yo? Que sirva de respuesta una escena final.

Han pasado dos años.

Un magnífico baile en una gran casa en plena temporada londinense. Un invernadero protegido con palmas e iluminado por una tenue luz. Llegan por la puerta los lánguidos tonos de un vals. En el interior, hay dos asientos muy juntos. En uno, una chica vestida con un elegante traje de terciopelo blanco, rosas en el corpiño y en el pelo, joyas en el blanco cuello y en las enguantadas muñecas. Sus rojos labios sonríen. Sus ojos luminosos chispean, su lindo rostro brilla de placer. A su lado, inclinado hacia ella, está un apuesto joven cuyo rostro irradia fuerza; es el joven que hiciera aquel brillante discurso en Hampshire y que ahora es ministro del Gabinete. El joven habla:

—Denise, debo llamarte Denise. Eres adorable, desde los rizos a la puntera de tus chinelitas de satén.

Denise se ríe, se ruboriza, y coloca juntas, coquetuelamente, sus resplandecientes chinelitas blancas de tacón.

—Mi corazón se rinde ante ellas —dice el joven—. ¿Cómo puedo demostrarlo?

Denise vuelve los chispeantes ojos hacia su compañero.

—Ponte de rodillas y bésalas —le dice. Están solos, o eso creen: el joven cae de hinojos y besa reverentemente los piececitos de la muchacha. Denise se levanta entre risas.

—He de irme. Tengo compañero para este baile.

—¿Me darás tu mano?, —implora el joven.

—Pides demasiado —dice Denise, con una sonrisa—. Ya te he dado los pies.

Y corre ligera hacia el salón de baile. Ha perdido su posición, su fortuna, su autoridad como hombre, pero ha ganado, como chica, un poder que pocos hombres han tenido.

Está, sin embargo, sometida a otras personas. Una joven, morena y muy linda, que viste un traje de brocado en oro, chinelas doradas y medias doradas también, sale de detrás de una palmera y se dirige tranquilamente al salón de baile. Toca a Denise delicadamente con el abanico en sus lindos hombros blancos.

—Estuve en el invernadero —dice.

Denise parece alarmada.

—Helen —murmura, implorante.

—Te oí, Denise. No puedo permitir esa vanidad y esos modales. Da las buenas noches a tu anfitriona.

Denise cruza el salón y se despide. Esperaba disfrutar de otra hora de baile. Vuelve adonde está Helen con ansiedad en la mirada.

—Recógete la cola del vestido, Denise, y sígueme.

Helen conoce bien la casa. La anfitriona es amiga suya. Cruza tranquilamente los pasillos. Denise la sigue tímidamente sujetando la cola de su vestido de terciopelo.

Las hebillas de diamantes de sus lindas chinelitas de satén destellan y tiemblan mientras mueve los pies temerosa, siguiendo a Helen. Helen llega por fin a un pasillo desierto tenuemente iluminado, abre una puerta y enciende una luz eléctrica. Están en una biblioteca. Helen cierra la puerta. Lleva en la muñeca una bolsa dorada. Saca de ella una cinta blanca de seda.

—Las manos.

Gimiendo, pero sin protestar, la linda muchacha da la blanca espalda a Helen y junta obediente las manos. En un instante, quedan atadas por la cinta que aprieta con fuerza la delicada piel de cabritilla de los guantes.

—¡Abre la boca!

E introduce en ella un pañuelo de encaje. Inmediatamente, Denise queda tendida boca abajo, con su traje de baile, sobre el regazo de Helen, la falda alzada, los pantalones de batista de volantes apenas tapando el blanco trasero al aire, y la enguantada mano de Helen cae doce veces en restallantes azotes sobre el trasero al descubierto que se estremece a cada golpe. Luego, Helen vuelve a poner a Denise de pie, le desata las muñecas, le arregla el vestido. Denise solloza. Helen le quita la mordaza y la lleva hasta un rincón del cuarto.

—El coche tardará aún una hora en llegar. Estarás aquí hasta que te avise. No vendrá nadie y cerraré la puerta y me llevaré la llave —dice Helen.

Luego se agacha, saca un trozo de tiza de su bolsito dorado. Alza los lindos pies de su prisionera y pinta de tiza las suelas de las resplandecientes chinelas de satén. Luego coloca los pies cuidadosamente, con los tacones altos juntos.

—Si te mueves, lo sabré, Denise.

Luego apaga la luz, sale, cierra la puerta y se guarda la llave. Y vuelve tranquilamente al salón de baile. Denise, con las manos atadas a la espalda, se queda allí quieta en el rincón, gimiendo silenciosamente, sin atreverse a mover las chinelas de baile de satén.

Al cabo de una hora vuelve Helen con la capa puesta, lista ya para irse, y con otra capa blanca de satén al brazo. Abre la puerta y entra, enciende la luz. Alza el resplandeciente vestido de terciopelo blanco para ver si se han movido las lindas chinelas de su prisionera. No se han atrevido a hacerlo. Limpia las suelas y luego le pone la capa a Denise.

—Seguirás con las manos atadas, Denise —y Denise, avergonzada y temerosa de que alguna de las otras chicas, o alguno de los hombres, puedan haberse dado cuenta de su castigo, sigue a Helen hasta la puerta de la calle. Hay una alfombra hasta el carruaje. Helen ayuda a Denise a subir al lujoso automóvil. Entra después, se sienta junto a Denise y desliza de los hombros de la chica y de los suyos propios las capas de satén. Se cierra la puerta. Una lámpara eléctrica ilumina el automóvil. En plena marcha, Helen se agacha con un fino cordón de seda blanco en las manos.

Siguen de inmediato súplicas y promesas de Denise, una deliciosa conmoción de su falda de terciopelo, un delicioso roce de su enagua de encaje, un lindo chispeo de

agitadas hebillas de chinelas en las profundidades del vehículo sobre los blancos piecitos calzados de satén.

—No, no, no quiero —dice obstinadamente Denise. Helen no dice palabra, pero en las profundidades del automóvil, un par de manitas resueltas, firmemente enguantadas, se lanzan a inmovilizar un par de amotinados y lindos tobillos, enfundados en medias de tenue seda blanca.

Las manos delicadamente enguantadas van poco a poco logrando la victoria.

Al fin, se cruzan las resplandecientes chinelas de tacón alto. Los dedos nerviosos enrollan el cordón de seda dos veces en los inquietos tobillos, los fijan, los inmovilizan, los unen. Hay todavía un débil aleteo de lindos dedos, pero en unos instantes, cesa incluso esto. Los piecitos, con sus chinelas de cuento de hadas, se someten a regañadientes a la degradación del cordón. El cordón queda firmemente anudado alrededor de los tobillos. Helen se incorpora de nuevo, alzando en sus brazos las piernas enfundadas en terciopelo ahora rígidas y desvalidas de su prisionera, y coloca los lindos pies calzados de satén, sobre el asiento opuesto. Luego se inclina sobre Denise.

—Te resististe, cariño. Tres días en el cuarto oscuro a pan y agua —murmura.

Y coge entre sus brazos a la temblorosa muchacha. Tras más o menos un minuto, con un dulce rumor de suave encaje, Denise vuelve de costado su esbelto cuerpo cubierto de terciopelo y hunde su ruboroso rostro en el blanco pecho de su dueña.

—Oh Helen —murmura.

Las enguantadas y atadas manos se agitan espasmódicamente allí en su espalda, los pies calzados de satén y firmemente atados se tensan y se arquean con deliciosa tensión, y de sus labios perfumados brotan suspiros de lánguida emoción.

—Tres días a pan y agua en el cuarto oscuro, Denise —dice Helen.

—Tres años, querida, si tú quieres —suspira Denise, y las dos tiernas bocas se funden en ardientes besos.